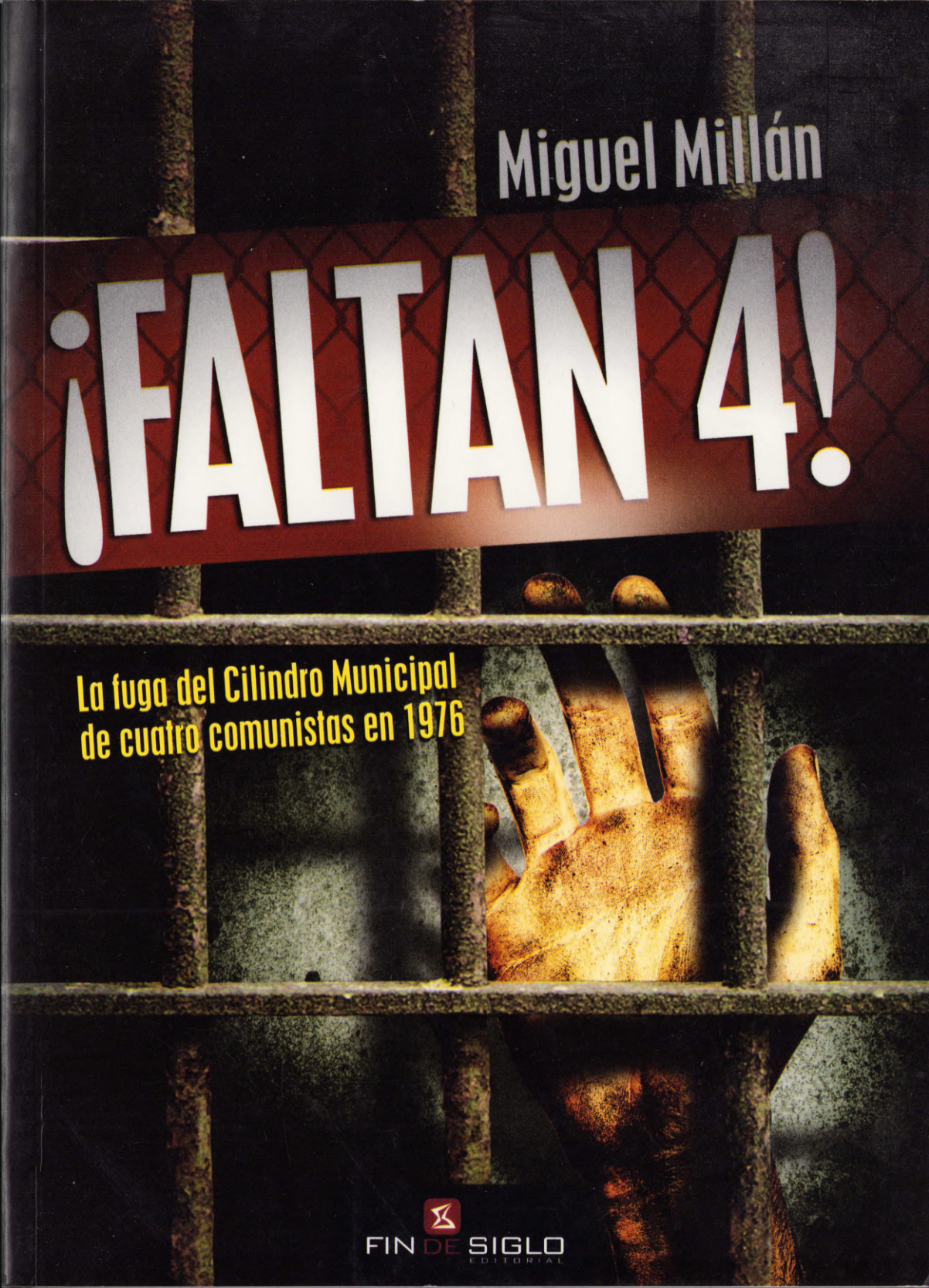
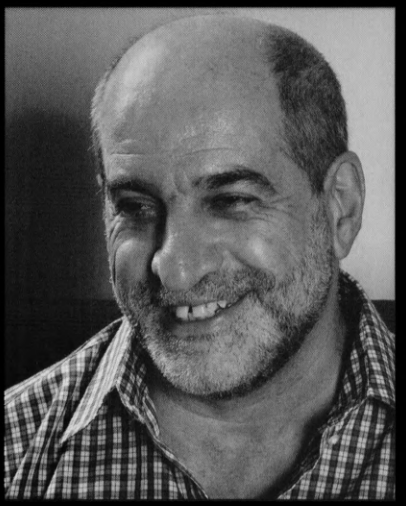
Miguel Millán

¡FALTAN 4!

La fuga del Cilindro Municipal de cuatro comunistas en 1976



FIN DE SIGLO
EDITORIAL



Miguel Millán Sequeira

Nació en 1957 en Mercedes. Allí fue dirigente estudiantil y de la Juventud Comunista hasta los 17 años cuando pasó a la clandestinidad en Montevideo.

Preso político en dos oportunidades, abril y setiembre de 1975, fue uno de los cuatro fugados del Cilindro el 3 de junio de 1976. Luego, asilado en la Embajada de Venezuela y exiliado en Cuba hasta 1985.

Es licenciado en Letras por la Universidad de La Habana. Desde el retorno al Uruguay ejerce la docencia en Enseñanza Secundaria. En los últimos cuatro años, además, imparte clases en contextos de encierro.

Fue edil departamental en Soriano por el F.A. en dos períodos: 1990-1995; 2005-2010.

También fue orientador técnico de fútbol infantil en el club Nacional de Mercedes entre los años 1997 a 2004.

Según se define él: "Narrador oral de esta y otras historias a quien quisiera escuchar, desde siempre. Los primeros en conocerlas, mis tres hijos y quedan escritas aquí para los nietos."

Miguel Millán

¡FALTAN 4!

La fuga del Cilindro Municipal de cuatro comunistas en 1976

FIN DE SIGLO
EDITORIAL

ISBN: 978 - 9974 - 49 - 587 - 6

© Editorial Fin de Siglo
Convención 1537 - Tel/fax: 2908 8781
e-mail: editorial@findesiglo.com.uy
web - www.findesiglo.com.uy

Queda hecho el depósito que ordena la ley
Impreso en Uruguay - 2013

Primera edición - marzo 2013 - 750 ejemplares

diseño de portada: ALEJANDRO MUNTZ
diagramación y armado de interior: ELENA BOTELLA

INDICE

Cayó la noche 7
Una previa 11

Nosotros cuatro 15

Correcaminos 17
Manini 35
«Uno que se fugó con el Gordo» 49
El olor de la creolina 57
«¿Qué te pasa Miguelito?» 67

Algunos de los que se quedaron 83

«¡Qué lástima!... se nos pudrió todo» 85
Los hermanos Alsina 95
Aníbal 99
Selva 101
Carlos Clavijo Quirque 105
Ofelia 109
Puga y los sargentos 113

Los clandestinos 123

Jaime y un piolín 125
De acuerdo con el informe 137

Un festejo con milanesas 149

Anexo documental 165

CAYÓ LA NOCHE

Una llovizna delicada nublaba la primera noche de aquel jueves 3 de junio de 1976. Montevideo parecía una ciudad fantasma a las diecinueve y diez minutos de ese día. Como todos los junios del hemisferio sur, hacía frío y había oscurecido muy temprano.

La borrasca infinita dificultaba la visión, chicoteaba en el rostro y las manos, las únicas partes del cuerpo descubiertas. Parecía una película de misterio. Casi nadie caminaba por las calles, apenas se divisaban sombras lejanas. Ningún rostro reconocible: la cerrazón y la noche lo hacían imposible.

Aquella inclemencia del tiempo sería la cobertura perfecta para que nos fugáramos del Cilindro los cuatro jóvenes comunistas. En los testimonios de varios aparece la llovizna. Sin embargo, tres de los cuatro fugados no la recordamos. Quienes más insisten son los que quedaron adentro, como si solo sobre ellos se hubiera descolgado el peso del anochecer invernal.

Los relatos fueron llegando por distintas vías. Algunos de los participantes accedieron gustosa y voluntariamente, y enviaron sus colaboraciones por escrito. Otros aceptaron que grabara su voz. Y otros, los más reticentes, fueron sometidos a mi persecución implacable hasta que logré extraerles algunos de sus recuerdos, con tirabuzón. Otros más, vía oral, me habían entregado buena parte de sus recuerdos cuando nos reencontramos luego de la dictadura, en los primeros meses de la democracia recuperada, allá hacia fines de 1985. En aquel entonces recordaban muchas más cosas que ahora, cuando me decidí a pasar por escrito esta leyenda oral. «Leyenda», por otra parte, para un círculo muy cerrado.

Una pregunta retorna insistentemente: ¿por qué escribir ahora, treinta y seis años después, recién ahora y no antes? Varias son las respuestas. Para que no se pierda la memoria colectiva, cotidiana, gris y pequeña, todo eso a la vez. Como una especie de reivindicación de una parte de la historia, de los hechos tal cual sucedieron, que corre el peligro de quedar sepultada por la andanada de justificaciones y reinterpretaciones. Ahora y no antes, porque sobre todos estos testimonios –y otros muchos que faltan– se ejerció la censura y la autocensura. La represión del terrorismo de estado que detentó el poder real y luego quedó instalado en los miedos y el imaginario colectivo. La autocensura de quienes se acostumbraron a la compartimentación de la clandestinidad. Porque, también, pensaban, y quizás siguen pensando, que sus historias son grises, intrascendentes.

Cuando decidí recoger la mayor cantidad de testimonios posibles sobre «nuestra fuga», comencé por marcar los límites. Cada uno debía contar lo que vivió subjetivamente. «Cada cual cuenta de la feria según le fue en ella». O como dicen los practicantes penitentes: «Cada uno vio a la Virgen, dependiendo del lugar que ocupó en la procesión». No importarían los detalles y datos contradictorios. Ahí estaría, y está, la riqueza de la memoria colectiva: en la expresión libre de las subjetividades, en la suma y la multiplicación de miradas y recuerdos sobre un mismo hecho.

Los testimonios –los antecedentes inmediatos, el contexto nacional en junio de 1976, en el Río de la Plata y en América Latina– poseen una marca intrínseca: los diferentes grados de sensibilidad, la experiencia vital anterior y posterior, tan variada, los juegos de la memoria contribuyen todos a presentar un cuadro policromático, un coro polifónico. Unos se acuerdan de unos detalles, otros, de otros. En algunos puntos nos contradecimos. Hay quienes insisten en recordar fenómenos atmosféricos difíciles de constatar. Así es la memoria humana. Yo no recuerdo haberme mojado con la llovizna esa que tan detalladamente describen unos cuantos.

Las marcas del tiempo y la coyuntura, esas permanecen intactas allá lejos pero pesando sobre las nuevas generaciones; por eso fue inevitable que surgieran de una manera u otra como parte del escenario en el que se produjo «nuestra fuga del Cilindro».

Mi misión consistió en recibir todos los testimonios y respetar escrupulosamente cada punto y cada coma. Aunque ellos digan que el 3 de junio de 1976 a las 19 y 10 horas llovía sobre Montevideo y yo no recuerde el efecto del agua sobre mi buzo marrón –«tricota», decían mis abuelas– de lana tejido a mano, mientras caminaba por el costado del Cilindro y, luego, por el camino vecinal de tierra junto al Museo Aeronáutico.

UNA PREVIA

Cuando se cayó el techo del Cilindro el 21 de octubre de 2010, agarramos una cámara y fuimos a darle los pésames al monstruo de cemento. Al final de cuentas, de lo bailado por mí entre aquellas paredes tendría que dar testimonio escrito algún día de estos...

La mayoría de los medios periodísticos y la mayoría de los uruguayos lamentan el derrumbe del techo del Cilindro porque corre serio riesgo de quedar inhabilitado para siempre el estadio de básquetbol. Es como si se destruyera el estadio Centenario, para la memoria futbolera y para la realización de espectáculos deportivos masivos.

Nadie me puede quitar lo «bailado» allí adentro de esa mole de cemento. Porque también fue cárcel política durante la dictadura cívico-militar. Fue cárcel desde los días de la huelga general, en particular a raíz de la manifestación del 9 de julio de 1973, hasta el 3 de junio de 1976 y días subsiguientes, cuando la vaciaron de presos.

El día que fui a sacarme unas fotos y a rescatar unos pedazos de cemento, encontré a algunos pocos curiosos. Uno de ellos, un hombre de unos cincuenta años, asombrado, me preguntó: «¿Aquí hubo presos?».

Estuve allí preso desde el 11 de noviembre de 1975. El capitán José Sande Lima lo sabe muy bien, lo debe recordar ahora en Domingo Arena, condenado por violaciones a los derechos humanos.

Compartí prisión con cientos de militantes estudiantiles y sindicales; otros, simples opositores a la dictadura.

Cuando llegué al Cilindro, detenido en el marco de las Medidas Prontas de Seguridad, venía derivado de los vagones de la policía de Canelones. Había permanecido allí, junto al estadio municipal, desde el 18 de setiembre. En aquellos días yo era un adolescente de 18 años, un canario de Mercedes que no conocía Montevideo.

Al principio, en julio de 1973 y hasta mediados de 1975, la guardia la hacía la policía de azul, las comisarías de la zona, luego se hizo cargo la policía militarizada, la Metropolitana y la Republicana. Según las versiones comentadas por otros presos más *antiguos*, en los días posteriores a la huelga general hubo unos dos mil presos distribuidos por todas las tribunas.

Durante los siete meses de mi estadía allí, nunca los presos pasamos de cuarenta. La guardia era más dura que la de los policías azules; eran famosos en la represión de las manifestaciones los de la Metro con sus *roperos*, sus *chanchitas*, sus *guanacos* (como se les llamaba, de acuerdo a sus características, a los vehículos que usaban) y la Republicana, con sus caballos y el sable en mano de los jinetes uniformados.

La población carcelaria iba rotando casi semanalmente, pero nunca fuimos menos de veinte. En los siete meses que estuve allí, pasaron militantes del regional uno y del cinco de la Juventud Comunista, del seccional Cordón y Sur, militantes de enseñanza secundaria, del liceo Zorrilla, del IAVA, del Joaquín Suárez, del Bauzá; el núcleo de base del sindicato de trabajadores del Frigorífico Artigas; gente de las cooperativas de viviendas. Y militantes sueltos, *orejanos*, como el veterano del 50, que cayó haciendo pintadas contra la dictadura con un primus convertido por él en un soplete, o el cura Miguel Ángel, al que metieron preso por decir misa en homenaje a Michelini y Gutiérrez Ruiz; o los paraguayos residentes en Montevideo, que fueron llevados allí una semana, mientras duraba la visita del dictador guaraní, el general Stroessner. Por allí pasó, mientras estuve preso, entre noviembre de 1975 y junio de 1976, bastante gente de la cultura.

En el Cilindro hice mi segunda escuela de vida. Fui feliz, inconscientemente feliz. Conocí gente con otras costumbres, otras tradiciones... a pesar de que pertenecíamos al mismo país. También sufrí la

inmensa soledad –paradójicamente– de no tener prácticamente nunca visitas, de enfrentarme por vez primera, solo y sin más bagaje que mis 18 años, a un mundo desconocido, cargado de amenazas. Sufrí la separación de mi familia, de la primera noviecita –la que también me fue a visitar de vez en cuando–; y, sobre todo, la incertidumbre del día después.

En febrero de 1976 la guardia se endureció aún más, pues llegó un grupo de trece *liberados* desde el penal de Libertad y luego otros cinco desde el de Punta Carretas. Para empeorar la situación, en marzo ingresaron nueve integrantes de la Dirección nacional de la Juventud Comunista. Todos eran considerados peligrosos por la jefatura del establecimiento carcelario.

Así, en esas condiciones fue que se organizó, planificó y ejecutó la fuga del 3 de junio.

La fuga hubiera sido imposible sin la ayuda desde el exterior de la cárcel, y ese papel lo jugaron algunos compañeros, como tarea del aparato clandestino del Partido Comunista.

De acuerdo al orden que elegí, primero aparecen los testimonios de quienes vivieron la fuga, de los cuatro que nos escapamos; después, de algunos de los que se quedaron presos; y por fin, de varios de los que participaron desde la clandestinidad. A continuación, el reencuentro, y otros aportes al relato. A eso le sigue un anexo documental.

Nosotros cuatro

EL CORRECAMINOS

¡Blam!,¡blam!... sonó seca la lámina de la puerta y me hizo pensar que hasta ahí llegaba todo, justo cuando recién empezaba. Yo era el tercero, seguramente ya había salido Miguel y no cabía duda de que el golpazo lo había provocado la corpulencia del Gordo al momento de saltar. El corazón se detuvo y por un instante no respiramos. Aguzamos el oído a su mayor capacidad. La guardia tiene que haber escuchado, la distancia entre la puerta y el puesto exterior de vigilancia de la Metropolitana es muy corta, pensé. Detrás de mí, Manini, imagino que también con los sentidos tensos a plenitud. Los dos como gateando por encima de los *lockers* que se alineaban en hilera en la sección contigua a la de donde nosotros estábamos, y a la cual se podía acceder de esta forma –trepando por arriba de un muro de separación– sin que nadie nos viera, o por la tribuna baja que daba a la cancha de básquetbol a plena vista de los guardias del interior.

Después del golpe, el instante fue muy largo, el silencio, absoluto, al parecer nadie se había percatado... señal para continuar. Saqué el cuerpo por el espacio que se abría de la pequeña ventana ya sin barrotes (¿cómo pudo pasar el Gordo?) y salté sin mayor dificultad. Con veintipocos años y tal vez 60 kilos de peso era bastante más fácil; creo que a la puerta ni la toqué al hacer contacto con el piso.

El aviso de la fuga me lo había dado el Gordo. Una mañana cualquiera, al momento del recreo, me invitó a hacer un *trille* de esos que se hacían alrededor de la cancha. Ahí me dijo que se estaba trabajando esa posibilidad y si quería participar; lo dijo en la forma del Gordo, con esa manera de hablar pausada y sin nervio; con esa actitud tranquila y el paso cansino, como si el estrés nunca lo tuviera instalado en la piel.

«Sí, sí, por supuesto, ¡le entro!». Esa noche no dormí, excitado, pensando en la posible libertad.

Lo mío cuadraba en lo *liviano*: tipificaban asistencia a la asociación subversiva. De 2 a 6 años y con suerte «sale con la mitad de la mínima», les dijo a mis viejos un abogado amigo, con intenciones de buena voluntad pero total desconocimiento de lo que se había instaurado en el Uruguay y del tipo de *justicia* que prevalecía en los años de la dictadura cívico-militar.

La perspectiva de una cana prolongada, los habituales *flautcos* [traslados compulsivos de un lugar a otro de detención] llevados a cabo por los aparatos de inteligencia que significaban volver a iniciar la espiral del terror, pero –por sobre todas las cosas– el ansia de ser libre, determinaron una decisión.

Llevaríamos quizá poco más de dos meses en el Cilindro Municipal. Los del contingente de la UJC, mayoritariamente, proveníamos de la detención en los Departamentos 5 y 6 de Inteligencia y Enlace, y nos habían depositado allí en espera del procesamiento y posterior traslado al penal de Libertad. Yo había caído preso por mi militancia estudiantil en la Facultad de Medicina; cursaba el tercer año, ya con plena intervención universitaria.

La fuga estaba prevista de tiempo atrás, pero no se había podido consumar. Tiempo de nervios; tiempo de ansiosa espera y de incertidumbres. Uno de esos días, sucedió precisamente lo que no queríamos: se presentó un oficial y con voz de mando dio a conocer una lista de nombres...no recuerdo bien a todos, pero debe haber sido más o menos así: Gustavo Alsina, Enrique Baroni, Juan Errandonea, Federico Falkner, Álvaro Faedo, Alberto Grille, Jorge Manfredi, Roberto Markarian, Miguel Millán, Álvaro Puga, Américo Roballo...y ordenó secamente, «¡Rápido, a formación con todas sus cosas!»

Nos sacaban del Cilindro, todos estábamos ya procesados; eso era indicio indiscutible del traslado al penal; el tiempo nos había alcanzado y se esfumaban los sueños de libertad. De ese momento, guardo el recuerdo siempre presente del abrazo apretado, fraternal y solidario, con aquellos compañeros que por diversas razones iban a permanecer ahí. Eran unos cuantos más. Tupas que venían de salida con preliberación, gente llegada de Punta Carretas, estudiantes, anarquistas del OPR, bancarios, obreros de la carne, algunos de la cultura. Me

cuesta precisar el número, pero tiro algunos nombres o motes: Aníbal Toledo; Cantinflas, el Ajo Clavijo, Tachuela, Nikitín, Rojas, el Mono Miraglia, Fufurufu; de los frigoríficos, el Fito –que gustaba pasar recomendaciones de la vida de los gambusas y le faltaba el lóbulo de la oreja izquierda, perdido en una gresca allá en el Holanda («Holanda» era un club bailable muy famoso en el barrio del Cerro de Montevideo)–, King Kong, Fabián; de la cultura, Moisés Lasca; gente de El Galpón, Yáñez, Ribeiro. A veces confundo, porque un año antes (1975) también me había tocado estar ahí después de aquella razia previa al 1.º de Mayo y éramos un montón.

Destino, providencia, casualidad o mera suerte, pero hubo un factor indeterminado que jugó su papel y nos devolvió la ilusión. El traslado se dio hacia Inteligencia y Enlace: plantón, espera, nuevamente el temor y las dudas. Posteriormente hacia Cárcel Central, unas vueltas por el estacionamiento en el subsuelo y finalmente lo que no podíamos creer: nos regresaron de nuevo al Cilindro. Por supuesto sin explicación; hasta el día de hoy desconozco la razón de esa vuelta. Alguien especuló con cierto desencuentro administrativo de los propios milicos. El requerimiento de pasar previamente por Cárcel Central antes de ser destinados al penal y la irrupción de lo increíble: Cárcel Central llena, sin disponibilidad de espacios. A los pocos días nos fugamos del Cilindro.

El día señalado, 3 de junio de 1976, lo viví intensamente pero con total autocontrol para no despertar suspicacia alguna. Esa tarde me preparé, con lo más adecuado de vestimenta que tenía a la mano, para soportar las condiciones de un invierno ya incipiente y pensando en una eventualidad no esperada de pasar la noche a la intemperie: camiseta gruesa, camisa de franela, buzo de lana, campera de cuero y calzoncillos largos abajo del pantalón. Prendas que de a poco y al descuido había ido pidiendo a mi familia en los paquetes de visita. El momento de salida estaba previsto para la tarde-noche, ya oscureciendo, lo que nos daba la posibilidad de movernos por una o dos horas (no recuerdo bien) antes del siguiente llamado a formación y revista por parte de la guardia en turno. El día estaba feo, frío, medio lluvioso; especial para partir. Esa tardecita, ya preparado mentalmente, seguí la rutina de otras. En el marco de lo permisible, cada uno buscaba diferentes actividades a lo largo del día y dentro de ello se

había conformado un grupo de compañeros que nos adentrábamos en el estudio de conceptos básicos de electrónica vinculados con la radio. Cuáles eran los principios y las partes, cómo funcionaba y se podía armar un aparato de radio. Algo que en la cárcel o fuera de ella podía ser de utilidad en cualquier momento. El *profesor*: un compañero del OPR 33 que ya contaba con sentencia de liberación después de varios años de prisión política. Lo recuerdo bien por su afabilidad y calidad humana, amén de su inmensa creatividad para las artesanías manuales. Su término preferido cuando venía el apriete era que la cosa estaba «brígida», vaya a saber por qué. Nunca supe más nada de él. Es probable que la memoria no sea exacta, pero entre los alumnos ubico –además de mí– al Muñeco Errandonea y a Mico Roballo. Esa tarde, poquito antes de salir y con la mente puesta en ello, tomé la *clase* como si nada distinto fuese a suceder.

La primera bocanada de aire fresco la tengo todavía grabada en algún sitio de mi conciencia, como si en ella se resumiera la anhelada libertad. Ya de camino, a paso rápido, nos emparejamos con Baroni en dirección a Centenario, cruzando la parte trasera y lateral derecha del establecimiento, mientras me rondaba en la cabeza algo que no cerraba: el lugar en que pararíamos hasta que clareara la situación que indefectiblemente desencadenaría nuestra fuga. Era un barrio en el que me conocían bien y que yo no sentía seguro para un *enterramiento* temporal. Era solamente un pálpito, tenía que decidir. Fueron unos pocos minutos, lo exterioricé con Enrique y le propuse ir derecho al Consulado de Suiza, pensando en mis antecedentes familiares, conocidos dentro de esa legación diplomática. Aquello fue sin embargo un craso error de evaluación que más tarde comprendería. Antes de llegar a la avenida ya coincidimos con el taxi en un empalme de tiempos casi perfecto. Abordamos y dije: «Vamos a la plaza Gomensoro, entre la rambla y Benito Blanco». No recuerdo el verso que llevábamos, fuimos charlando pavadas, pero con los nervios tensos y actitud de alerta. Bajamos rápido y nos encaminamos hacia el edificio en cuyo segundo o tercer piso estaba la oficina consular. Yo pensaba que allí era también la residencia del embajador; ignorancia total. Timbre y timbre desde el *interfono*... nada, sin respuesta. Boludo y medio, ya no era horario de oficinas. Pero yo había tomado una decisión y fui perseverante en el error. A esas alturas, de boludo y medio pasé a la categoría

siguiente: boludo al cuadrado. Nos separamos con Baroni; un abrazo y el mutuo deseo de suerte.

Todavía había tiempo prudencial para moverse sin conocimiento de nuestra ausencia. En la esquina de la plaza busqué un teléfono e hice un par de llamadas rápidas. Una a mi compañera –Pelusa– con la que aun hoy comparto mi vida y que me ha dado una hermosa familia: tres hijos y la descendencia de una preciosa nietita de escasos cuatro meses. No atendió ella, pero en pocas palabras le dije a mi interlocutor que estaba libre y le pedí que le dijera a Pelusa que saliera de la casa y se instalara por un tiempo en un lugar seguro hasta nuevo aviso. Del otro lado del tubo, ya casi colgando, alcancé a escuchar una efusiva felicitación porque me «habían dado la libertad anticipada». La otra llamada, a un queridísimo allegado suizo –hoy ya fallecido–, para que me dijera dónde carajo quedaba la Embajada, la residencia del embajador. A partir de ahí, empezó mi periplo internacional.

Tomé nuevamente un taxi, este era al azar, para dirigirme a la plaza de los Olímpicos o de la Armada [sic], allá en Punta Gorda por la subida a Coimbra, donde se situaba la amplia casa de la Embajada suiza (creo permanece allí hasta la fecha). Convencido de la cálida recepción que le iban a deparar a un auténtico descendiente de sangre helvética (tercera generación por lado paterno), apreté con firmeza el timbre del *interfono*. Ahora sí, del otro lado alguien respondió e inquirió por el motivo de mi presencia. Pregunté por el embajador, me dijeron que no estaba y otra vez...el motivo de mi presencia. Dudé en responder por esa vía, pero no tenía muchas alternativas. Hurgando en mis mejores recursos de solemnidad dije: «Mi nombre es [...] y vengo a pedir asilo político; permítame pasar y espero al embajador para explicarle mejor». La respuesta fue seca, lacónica: «Usted no puede pasar y tampoco esperar al embajador allí afuera, se debe retirar de inmediato». En ese momento comprendí haber alcanzado la graduación de boludo completo. La noche ya estaba entrada, el tiempo se agotaba y el riesgo de andar en la calle crecía. Tenía que decidir con prontitud e inteligencia. Tomé otro taxi, otra vez al azar, en dirección al Parque Posadas.

En las condiciones de persecución y terror del Uruguay dictatorial, era difícil recibir a un fugado. Pero Enrique era, y es aún hoy, un

amigo del alma. Compañero de militancia de épocas anteriores; hombre de convicciones firmes y actuar consecuente, casado en ese momento con otra amiga (Carmen) con quien también habíamos compartido militancia regional, en tiendas del socialismo, por los rumbos de la Unión, Camino Maldonado, Piedras Blancas y Punta del Manga.

Enrique Canon, el *Negro*, para mí un hermano y mi eterno agradecimiento. Hoy, a muchos años de distancia de aquellos sucesos, después de haber vivido posteriormente también la experiencia del exilio, aporta sus conocimientos y principios en el gobierno frenteamplista.

Caí en seco, sin anestesia, a ese apartamento pequeño donde experimenté con calidez una seguridad inmediata y pude planear, con su invaluable ayuda, los pasos a cumplir al día siguiente. No quería comprometer más de la cuenta y consideré prudente salir lo antes posible con un plan definido.

Hace muy poco compartí un rato, acá en México, con la hija mayor de ambos, Alejandra, quien vino temporalmente a cubrir una actividad académica de su vida profesional. En junio del 76 estaba recién nacida, la conocí en la cuna. Poco más de 34 años después, me confesó algo que me dio conciencia plena del momento vivido también por ellos: «ese día fue mi destete, contó mi madre». La situación de nervios cortó de cuajo la leche materna de Carmen. Con retroactividad a tres décadas me sentí culpable.

Ahí mismo, en Parque Posadas, me recogió un taxi. Este no era al azar, lo conducía un compañero bancario. El destino: la Embajada de Venezuela, en Bulevar Artigas y –creo– Palmar o Charrúa [sic]. El mismo lugar en el que veinte y pocos días después [28/06] secuestrarían brutalmente en el propio jardín a la maestra Elena Quinteros (desaparecida hasta el día de hoy), atropellando la territorialidad venezolana y provocando la posterior ruptura de relaciones con ese país. Bajé a pocos metros y entré con actitud decidida, pasando por delante del agente policial de vigilancia apostado en la puerta de la sede. Ni pelota. Ya en el espacio de la recepción me acerco a un señor de figura formal y de maneras discretas, y le suelto que vengo fugado y quiero pedir asilo. En un esfuerzo por mantener el recato, pero sin disimular

su sorpresa y trasuntando cierto nerviosismo, me pide pasar a una oficina contigua, y habiendo ya retomado la serenidad y la postura protocolar de un funcionario diplomático, aunque con un dejo de amabilidad que me transmitía cierta confianza, me explica que no estaba en él tomar esa decisión. Pido para hablar directamente con el embajador... y allí empieza la negociación, el tire y afloje que finalmente me lleva a salir de esa Embajada para continuar el periplo que a la postre me derivaría a la sede mexicana.

Se dirige supuestamente a hablar con el embajador, regresa y me dice que no va a poder recibirme, pero me comunica así mismo la determinación del principal: debía abandonar las oficinas o me haría retirar con personal de seguridad. Uno entendía muy poco, mejor dicho nada, de la institución del asilo, de la Convención de Caracas, del derecho internacional y los tratados en la materia. No era precisamente tema de nuestra agenda militante; el embajador nunca hubiera podido hacer eso si yo me hubiera propuesto mantenerme en el lugar, como días después lo hicieron Alberto Grille y familia, Miguel Millán y Enrique Baroni. Volví a retomar la iniciativa y le dije que en ese caso pusieran a mi disposición un automóvil diplomático, con un funcionario de la Cancillería encima y me trasladaran al consulado de otro país y pedí un par de direcciones. Los intermedios entre ida y venida parecían eternos. Volvió a consultar y regresó con respuesta: accedía a proporcionar un auto con chapa diplomática... pero sin diplomático encima, solamente un chofer. Había que decidir y elegí esa opción; no era la ideal, pero se abría otra ruta de salida.

¿Quién era el funcionario que me atendió, con quien negocié esos momentos? Nunca tuve clara certeza, pero por ciertas suposiciones y algunos comentarios posteriores de gente que lo conoció, concluyo que se trató de Carlos Baptista, consejero de esa representación diplomática. Hombre de carrera y con voluntad de ayudar, eso es lo que creo; pero por estructura natural supeditado al mandato del embajador, Julio Ramos. Fue de los que intentó defender, aunque de manera infructuosa, a Elena Quinteros cuando la arrancaron con violencia en su intento desesperado por asilarse. ¿Y quién era Julio Ramos? Seguramente el Gordo, Miguel y Manini podrán aportar mejor y con mayor autoridad a la descripción del perfil de este personaje. Me dicen que era un hombre ya veterano, entiendo que su carrera no había sido

la diplomacia, pero el mismo presidente Carlos Andrés Pérez lo había asignado a esa responsabilidad como muestra de gratitud: había sido su profesor en épocas de universidad. Hombre de ideas conservadoras, pretendía recorrer con tranquilidad y sin sobresaltos su gestión en Uruguay, mas la situación del país no le dejó espacios de movimiento, le explotó en la cara y lo obligó a ser protagonista –seguramente sin quererlo– del escándalo diplomático y la abrupta ruptura de relaciones que recién se restablecería con el advenimiento de la democracia. Sin embargo, antes de eso se vio obligado a dar asilos, y negociar con la Cancillería uruguaya –encabezada por el hoy procesado Juan Carlos Blanco–, en una sucesión de hechos siempre rasposos que no le permitieron nunca alcanzar el pretendido sosiego.

Subirse a un auto diplomático solo con un chofer de embajada significaba asumir riesgos. Según corrían versiones, era una actividad desarrollada en ciertos casos por informantes de la policía. Yo iba con la adrenalina al tope; alerta, pegado a la puerta y agarrado de la manija con la decidida intención de tirarme del *carro* [lo dice a la manera mexicana que se le ha pegado después de 36 años de vivir allí] no bien percibiera una situación desfavorable o dudosa. No recuerdo su fisonomía, pero convencido estoy de que volví a juntarme con la suerte. Era casi mediodía de una jornada fría pero soleada, con ese cielo de un celeste inigualable, patrimonio preciado de nuestro país. «¿A dónde quiere ir?», interrogó con tono servicial. «Vamos a la Embajada de México, en Carrasco –dije con seguridad–; ¿conoce?» Mi intención no era dialogar, pero me sorprendió su respuesta inmediata, que consideré atinada: «... la Embajada mexicana está rodeada por personal militar, le sugiero el Consulado, en el centro»... Me hice el conocedor aunque no tenía precisa idea de la ubicación; enfilamos entonces por Bulevar hacia la rambla, doblamos por Giribaldi en el sentido del Parque Rodó, y no sé por qué me asaltó por un instante la posibilidad de que encarara hacia Inteligencia y Enlace. Iba en tensión absoluta y con todos mis sentidos puestos al servicio del momento, pero al pasar frente al club de bochas, antes de atravesar Julio Herrera y Reissig, nos cruzamos, del otro lado del cantero que divide la avenida, con un *camello* del ejército. En mi casa, cerca de allí, habían instalado una ratonera; también en la de mi compañera, a pocas cuadras de la mía.

Ahí comprobé que el chofer era un buen tipo. Notó mi nerviosismo y me tranquilizó: «No tenga cuidado, baje si quiere la visera para el sol». De todas maneras contaba con una ventaja, los vidrios del coche eran semipolarizados y seguramente se dificultaba la visión desde afuera. Llegamos a la Plaza Independencia; el Consulado se ubicaba en el tercer o cuarto piso (no lo recuerdo con exactitud) del edificio Ciudadela. Ya con mayor confianza le pedí al chofer dar un par de vueltas por la plaza, quería controlarme, hacer un rápido relevamiento del lugar, avizorar cualquier movimiento que me pareciera extraño o la presencia de tiras. A mi entender, todo parecía normal, el centro se movía con su rutina acostumbrada. Decidí bajar, no sin antes agradecer el apoyo; me deseó suerte. De nuevo la iba a necesitar, ya no podía errarle, el círculo se me cerraba.

Crucé como paseando y me introduje por la puerta principal del edificio. No conocía el lugar y en la planta baja percibí una especie de galería, busqué el ascensor, pero en fracciones de segundo pensé que era mejor la escalera, dejaba tal vez mayor amplitud de movimiento en cualquier caso. Andar mosqueando sonaría sospechoso, cualquier desorientado llamaría la atención, tenía que ubicar rápido la escalera. La vi y me dirigí hacia allí como si fuera un oficinista habitual de ese entorno. Según creo recordar, subí nada más que un piso... y a la mierda, se *garcó* la piola, me tranqué en un *mezzanine* o entrepiso y no encontré un tramo de escalera que continuara hacia arriba. La gran siete, ¡había que bajar e ir al ascensor! Parecía la única opción, no sé si en realidad lo era, no había tiempo para discernir. ¡Qué bueno!, nadie en el ascensor, subí solo.

Al bajar en el piso y dar un paso hacia el estrecho corredor, comprendí de inmediato que la mano venía fulera. Tres tipos vestidos de civil caminaron hacia mí con marcada intención de prenderme y ahí se inició el escándalo. Empecé a dar gritos de asilo político; para mis adentros tenía el temor de que quien escuchara pensara que estaban agarrando a un chorro o algo similar. Forcejeamos, me tiraron al piso; uno me agarró de los huevos, otro del cogote y a la vez quería tapar mi boca; en la trifulca imagino haber visto un bufoso apuntando, seguí gritando como pude, me arrastraron para sacarme escaleras abajo (ah... sí, llegaba una escalera entonces), trabé una pierna en un recodo del palié (la fuerza de mi resistencia no sé de donde salió, el flujo de adre-

nalina bombeando a cada célula del cuerpo o la respuesta innata del animal acorralado). De repente, un grito fuerte, autoritario, de alguien que se integraba a la escena, se elevó marcadamente por encima del zafarrancho; lo sentí como de un gigante a pesar de comprobar posteriormente su mediana estatura «...qué pasa acá, esto es territorio mexicano!!!...» Era Gustavo Maza, primer secretario del Consulado, para mí hasta el día de hoy un verdadero gigante. Los milicos dudaron y soltaron, él se acercó y me protegió con sus brazos abiertos (me parecieron inmensos) interponiéndose entre los tiras y yo que, en el piso, medio incorporado, a gatas, en cuatro patas, me metí en la primera puerta que noté abierta.

No registra mi memoria el tiempo que duró el incidente, seguramente transcurrió a mayor velocidad que el relato. Para mí significó volver a nacer y alcanzar la libertad...así de grande fue para mí.

Hoy, a la distancia, pienso que la policía llevaba instrucción de prudencia en su accionar. Estando en el umbral de la oficina consular, sin quererlo, podía generarse una situación grave entre ambos países. Las relaciones de la dictadura con la diplomacia mexicana venían tensas desde tiempo atrás, desde aquel evento de celebración de la fecha patria de México, el 16 de setiembre de 1975 en el Parque Hotel, a cuya recepción el embajador Vicente Muñiz tuvo la *osadía* de participar como invitado de honor al Gral. Líber Seregni, haciendo que los comandantes de la Junta militar –también presentes– se levantaran de inmediato retirándose en pleno del lugar. Fue un hecho sonado de valentía y ejercicio soberano del embajador.

Luego posiblemente aprendieron. Elena no tuvo la misma fortuna al entrar en el jardín de Venezuela; ahí no soltaron, cerraron las fauces y se la llevaron para siempre.

Gustavo Maza, actualmente retirado de la actividad, era un profesional de carrera. Contaba con una larga trayectoria en el servicio exterior, había estado entre otros lugares en Cuba, Argentina y Paraguay. Siempre mantenía un porte impecable. Después de esos hechos el gobierno lo declaró persona no grata y lo conminó a salir del país. Fue acosado por la dictadura y tuvo que vivir dentro de la Embajada hasta que pudo trasladar a su familia; su destino fue la misión mexi-

cana en Guatemala. Algunos años más tarde, cuando se acabó el franquismo, fue el primer funcionario mexicano en retomar oficialmente las relaciones diplomáticas con España, rotas desde la caída de la República a finales de los años 30, a la cual México, con una política internacional consecuente, nunca dejó de reconocer ni apoyar.

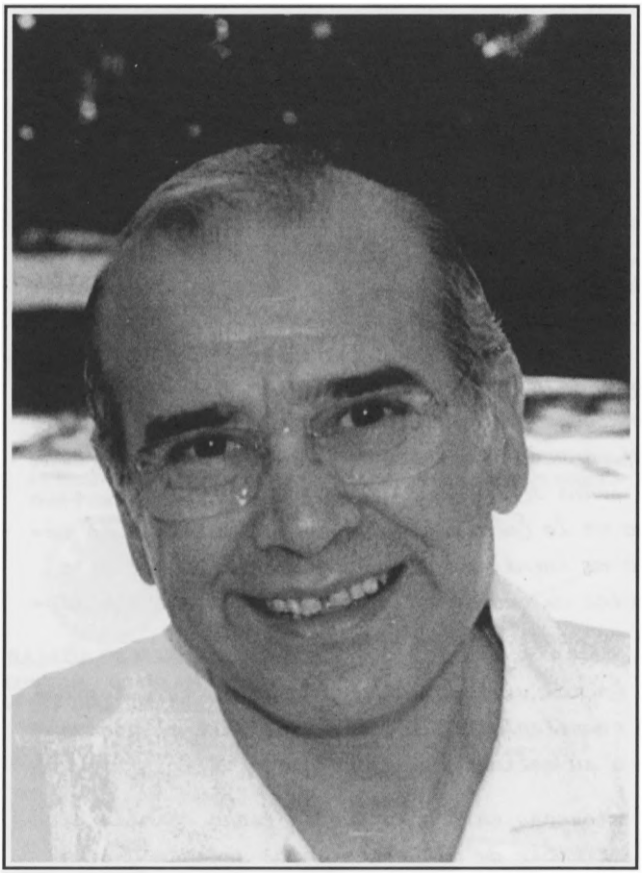
Irrumpí de esa forma intempestiva y como pude por esa puerta que vi abierta. En realidad era la oficina de la representación mexicana ante ALALC (Asociación Latinoamericana de Comercio, que operaba en el continente por esas épocas). Ya con los tiras desorientados y a cierta distancia, me pasaron, protegido, a una puerta que estaba frente por frente a la de ALALC, a metro y medio o dos de distancia. Era el Consulado.

El embajador no estaba en esos momentos, pero supuse le habían avisado del incidente. Me condujeron a una oficina amplia, me ofrecieron un vaso de agua. Yo tenía la boca seca, estaba agotado y experimentaba una mezcla de sensaciones entre la tensión, el temor y la desconfianza. Pero una cosa sí sabía con claridad: de ahí no me iba a mover, mi periplo internacional había terminado, aunque me dijeran otra cosa. Como a los 20 minutos llegó el embajador Vicente Muñiz, me extendió la mano y se presentó. Por la cabeza me pasaron como *flashes* las experiencias fallidas de Suiza y Venezuela y lo primero que le dije fue precisamente eso, que de ahí no me movía. Creo que aún conservaba algo del sentir de acorralamiento y el instinto me hacía desconfiar todavía; por supuesto no conocía a Vicente y su inmensa calidad humana. Eso lo supe después. No había visto a nadie al entrar, no se activó mi visión periférica del lugar, no estaba en las prioridades, solo presté atención a Maza, a algún otro funcionario que me acompañó, y posteriormente a Muñiz. De inmediato me tranquilizó su respuesta, a partir de allí fue otra historia...no recuerdo exactamente las palabras pero sonaron algo así como esto: «No te preocupes, estás ahora en suelo de México y mi país te está concediendo asilo político...». Don Vicente era un hombre informado, perspicaz y conocedor profundo de la realidad política del Uruguay, no concedía asilos en automático, por norma investigaba antes con sus propios medios a cada persona. Sabedor de los mecanismos utilizados por la dictadura, siempre estuvo atento a cualquier provocación que le pudieran montar. En nuestro caso, seguramente ya estaba perfectamente enterado

de las circunstancias, y que cualquiera de los cuatro –hipotéticamente– podíamos llegar. De ahí la inmediatez en la concesión del asilo, ese derecho inalienable del perseguido político al que tantas embajadas de diferentes países se negaron a respetar o dieron vuelta la cara, a pesar del terror y la brutalidad sufridos por miles de uruguayos.

Al cabo de un rato me pasaron a un pequeño despacho y me ofrecieron de comer. No quise, estaba literalmente fundido, me había bajado la tensión y me acercaron un colchón por si quería descansar. Me recosté y sin darme cuenta quedé frito. Dormí casi 20 horas, hasta el otro día en la mañana, cuando al abrir el ojo vi enfrente de la mía una cara conocida, la de Luis Senatore. Ahí empecé recién a enterarme de lo que sucedía muros adentro de la residencia y el Consulado mexicanos. No tenía la más remota idea de que hubiera más asilados, decenas de compañeros/ras que habían evitado la cárcel, la tortura (aunque algunos otros ya habían pasado por ello) o salvado sus propias vidas, apelando al recurso del asilo. La residencia del embajador en Carrasco, me contaban, estaba repleta de hombres y mujeres de militancia, luchadores sociales o simples opositores a la dictadura; muchas familias completas, adultos, jóvenes y niños. Esa historia hoy se conoce bien.

En el Consulado, ahí en el edificio Ciudadela (creo que tercer piso) donde nos encontrábamos, había alrededor de 20 ó 25, entre ellos 5 militares democráticos y progresistas (recuerdo a Jerónimo Cardoso, Walter Martínez, y a Villamil), Juanjo Montano, el petiso Marrero, Washington Rodríguez. Julio Rochón, el Burro Iroldi, Paco García; después Carlos Chazale, el gallego Aurelio González, el chileno Jorge Venegas, Dionisio Quintán y un montón más. Más tarde supe que todos estuvieron pendientes de mi escandalosa entrada y también que desde ese momento ya no era precisamente Freddy Falkner sino el Correcaminos, sobrenombre adquirido por la enorme capacidad de observación y síntesis de un compañero de la Juventud de gran simpatía, morocho él, llamado José Luis Silva (el *Zorrillo*), que con su creatividad bautizó a todo el mundo. Hasta el día de hoy, que soy abuelo, de pelo blanco escaso y porto gafas (tipo culo de botella) y me asumo como un hombre respetable, algunos sin el más mínimo tacto me siguen llamando así: «Correcaminos». ¡Qué voy a hacerle!



Freddy actualmente



Freddy Falkner en 1975



Freddy Falkner en el primer documento mexicano (1976)

Ministerio de Relaciones Exteriores

SALVOCONDUCTO

El Ministerio de Relaciones Exteriores, de conformidad con las estipulaciones de la Convención sobre Asilo Diplomático de Caracas, del año 1954, concede el presente salvoconducto en favor del señor FEDERICO ENRIQUE FALKNER DUFOURQ, asilado en la Embajada de México, titular de la cédula de identidad uruguaya número 1.161.184, a efectos de que pueda hacer abandono del territorio nacional.

En tal virtud, se hace saber a las autoridades competentes, que deben prestarle el concurso que a su calidad corresponde.

Otorgado en Montevideo en fecha veintisiete de setiembre de mil novecientos setenta y seis.

DR. GUIDO MICHELIN SALOMON
MINISTRO INTERINO
DE RELACIONES EXTERIORES

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Salvoconducto de Freddy Falkner

SERVICIO EXTERIOR MEXICANO.

Visa Ordinaria Núm. 227 Derechos: $M.N. —

Calidad migratoria Asilada Política Art. 42 fracción V de la Ley General de Población vigente

Válida para internarse en México y permanecer en el país por —

— a partir de la fecha de entrada.

Montevideo, 30 de septiembre 1976.
Lugar y fecha

NOTA: Esta visa NO ES SUFICIENTE para ser admitido en México.- El titular deberá sujetarse al exámen de las autoridades de migración y de Sanidad, las que resolverán en definitiva.

EMBAJADA DE MEXICO
SECCION CONSULAR
MONTEVIDEO, URUGUAY

Lic. VICENTE MUÑIZ ARROYO
EMBAJADOR DE MEXICO

30 SET. 1976

Visa de Freddy Falkner para ingresar a México

De las vivencias y anécdotas en la Embajada de México hay muchísimo para contar. Hay cosas que hoy se saben simplemente porque existe gente con rigor académico preocupada por rescatar la memoria e imprimirla en papel. Eso es plausible, la memoria se debe materializar para transformarla en historia. No solo la gran épica es merecedora de esa distinción. En el Uruguay dictatorial hubo miles de seres –mujeres y hombres– comunes y corrientes que, sin saberlo, fueron construyendo una épica diaria, cotidiana, sufrida y de anónima heroicidad. Fueron, con su acumulación de esfuerzos, los protagonistas verdaderos del regreso a la democracia.

Dentro del Consulado estuve cuatro meses, la Cancillería uruguaya se negaba a extenderme el salvoconducto para salir del país. De esa prolongada estancia rescato un sinnúmero de cosas; por supuesto la convivencia fraternal con muchísimos compañeros que durante ese lapso fueron pasando y me dejaron sus conocimientos; fue un enorme aprendizaje. Pero por encima de todo, haber tratado a ese ser humano íntegro, comprometido con sus valores, que supo implementar la línea de pensamiento en política exterior de su gobierno, llevando esa responsabilidad mucho más allá de los límites de sus obligaciones y ayudando de manera sencilla y valiente a decenas de compatriotas que a través de su accionar pudieron encontrar un puente hacia la libertad. Ese fue don Vicente Muñiz Arroyo.

Yo vivo en México desde el primer día de octubre de 1976, cuando en un vuelo de Panam aterricé en el aeropuerto internacional Benito Juárez. Estoy arraigado a este querido país al que también siento como propio, pero –aunque suene contradictorio, quizá lo sea, es parte de la dialéctica– soy a la vez profundamente uruguayo, y de múltiples maneras sigo ligado al Uruguay y a los uruguayos, y a su actual proceso progresista. Soy una pequeña parte de la Patria peregrina.

El Correcaminos, o Freddy, *se llama en realidad Federico Falkner. Se quedó viviendo en México junto a su familia y vuelve esporádicamente de paseo a Uruguay. Tenía 24 años cuando cayó preso y fue procesado por «asociación para delinquir» por pertenecer a la* UJC. *Nos conocimos allí en el Cilindro cuando él llegó en marzo de 1976.*

Después de la fuga no nos volvimos a ver hasta el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, en La Habana, en julio de 1978. Allí compartimos 15 días en los cuales, siempre a las apuradas, interrumpidos por las múltiples actividades que debíamos realizar, pudimos intercambiar algunas anécdotas de lo que había sido nuestra principal aventura en común. Recuerdo que aquella vez Freddy me contó que con Enrique Manini *se abrazaban a cada rato para festejar que todo iba saliendo bien. Se abrazaron cuando vieron el hueco en la ventana por donde habíamos salido el Gordo y yo, luego se abrazaron arriba del taxi. Todo nos lo contábamos a las apuradas. Él había tomado un camino distinto. Nosotros habíamos ido muy organizadamente a la Embajada de Venezuela y él se había largado por cuenta propia y había conseguido asilo en el Consulado de México.*

Otro recuerdo que tengo, de esos días en La Habana con Freddy, fue cuando coincidimos en un momento de descanso con Alfredo Zitarrosa, que venía desde México con los uruguayos que estaban asilados allí y, al parecer, con el cual Freddy había trabado cierto conocimiento. Lo cierto es que mi amigo le comenzó a decir: «Este es Miguel, se escapó también conmigo del Cilindro». Yo estaba muy interesado en que el cantor-ídolo respondiera, para conversar aunque fuera algunas palabras y tener luego una anécdota más para contarles a mis nietos. Pero resultaron en vano los intentos reiterados de Freddy: permaneció distraído en sus musarañas creativas, sufriendo el exilio, como es ampliamente conocido que le sucedió.

Cuando le envié un correo electrónico proponiéndole que contara todo lo que recordara sobre la fuga y después, su respuesta fue inmediata: «Dame un poco de tiempo y el próximo fin de semana comienzo a tirar del hilo».

carta

Nro.63
JUNIO 1976
N$ 0,20

EA, PUES, COMPAISANOS MIOS, LEVANTAD EL SAGRADO GRITO DE LA LIBER-
TAD, DESTRUIR LA TIRANIA" José Gervasio Artigas

¡¡Yo acuso!!

Carta de Zolmer Michelini a Roberto García (Redactor responsable de "La Opinión") Fue publicada en dicho diario el 23-5-76 y, como no podía ser de otra manera, prohibida su difusión en nuestro país.:

"Bs.Aires 5-5-76 ——— En estos días he recibido amenazas telefónicas anunciandome un posible atentado y, además mi traslado por la fuerza y contra mi voluntad a Montevideo. Me llega asimismo la información que el Ministro uruguayo Blanco plantearía ante las autoridades Argentinas la necesidad de que se me aleje de este país.
No se cual puede ser el curso futuro de los acontecimientos, pero en previsión de que, efectivamente, un "comando" uruguayo me saque del país, [illegible] para que Vd. sepa que no tengo, ni he tenido intención de abandonar Argentina y que si el gobierno uruguayo documenta mi presencia en algún lugar del territorio uruguayo, es porque he sido llevado allí en forma arbitraria, inconsulta y forzada.
No sería la primera vez que se intenta hacer aparecer como voluntario lo que es una actitud impuesta por la prepotencia y el salvajismo.
Disculpe esta molestia y le agradezco desde ya, el uso que Vd. haga, si es necesario, de esta confidencia. Su amigo

ZELMAN MICHELINI

OTRA VICTIMA DEL FASCISMO

[illegible] JOSE TORRES también asesinado p/las fuerzas retrógradas. Como Michelini y Gutierrez Ruiz, otra victima de la CIA y sus adláteres en el doloroso proceso latinoamericano.
Banzer, hipócritamente o no, decreta duelo nacional en Bolivia.Qué distinta la actitud del gorila local, que no sólo ignora el hecho sino que escupe sobre los cadáveres orientales. De más está decir que no se da un sólo paso para aclarar las implicancias que a estas alturas resultan obvias para el mundo entero.

2.43.49 (1-4)

Primera página de la Carta *de junio de 1976, con una carta de Michelini al diario* La Opinión, de Buenos Aires, *del 5 de mayo de 1976 en publicación exclusiva y la denuncia de su asesinato y el de Gutiérrez Ruiz y Juan José Torres*

MANINI

Enrique tenía 25 años el 3 de junio de 1976, cuando se fugó del Cilindro. Hoy, 36 años después, continúa viviendo en Venezuela, adonde fue a parar con un salvoconducto firmado por el canciller de la dictadura Juan Carlos Blanco en setiembre de aquel año.

Vía correo electrónico tomé contacto con él y le solicité que escribiera su testimonio de aquella fuga, desde las tripas, todo lo humano que le saliera. Luego pasaríamos a los relatos de otros compañeros para cotejar, comparar, comentar, nunca para enmendarle la plana a nadie, pues, y así se lo hice saber: «cada uno cuenta de la feria...».

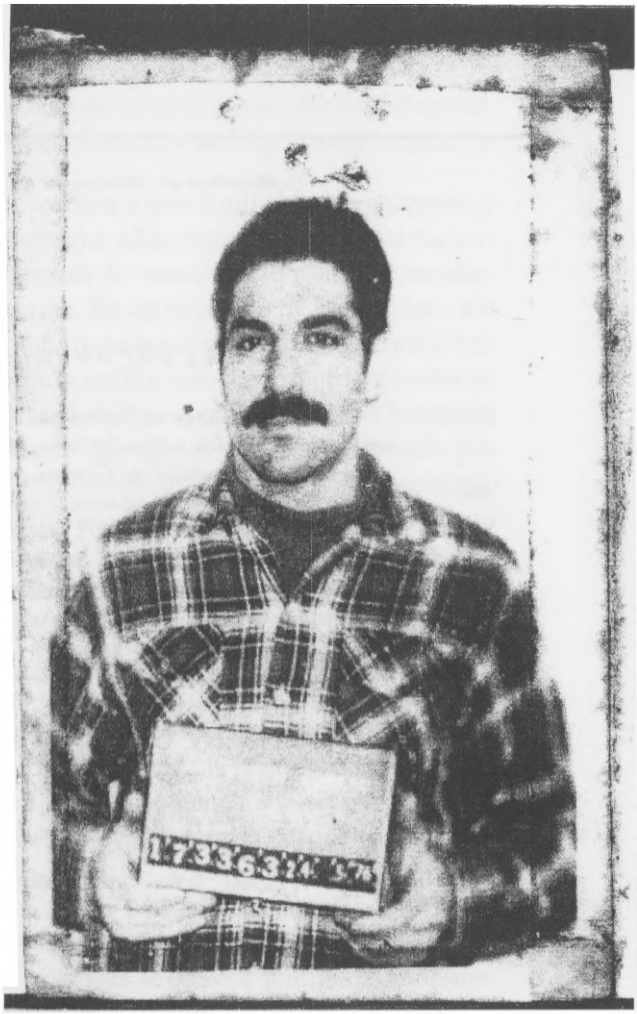
José Enrique Baroni Maceda, alias Manini *era, al momento de caer preso en la Unión en octubre de 1975, secretario nacional de organización de la Juventud Comunista. Semejante y tamaña responsabilidad la ejercía sin saber absolutamente nada –me lo confesó en uno de los correos cruzados recientemente– de la Operación Morgan, la guerra relámpago contra el Partido Comunista llevada adelante por las fuerzas represivas del Estado –que integraban la tenebrosa* OCOA *(Órgano de Conducción de Operaciones Antisubersivas) y el* SID *(Servicio de Información de Defensa de las* FFAA *uruguayas)– por la cual fueron a parar a los infiernos de la tortura –cuarteles, casas clandestinas, Dirección de Inteligencia de la policía, Fusileros Navales (el* FUSNA*)– cientos y miles de comunistas, a partir de ese mismo octubre y hasta mediados de 1976.*

Enrique comienza a recordar.

Fui armando una versión de los hechos de acuerdo a como sucedió. Lo primero que me planteé fue fugarme. Un día hablé con el *Ajo* Carlos Clavijo Quirque (así nos nombraban a uno por uno cuando nos contaban hasta tres veces por día), con el que había entablado cierta amistad por afinidades de fútbol y picardías, además de ser presos de la dictadura, y me contó sus experiencias del penal de Libertad. Me horrorizaba saber lo que les hacían y lo que nos iban a hacer, así que le dije: «Ajo, eso no lo aguanto, yo de aquí me escapo como

sea». Él me respondió de inmediato: «Yo te ayudo, eso sí, no te acompaño porque estoy por salir». Estaba él con la libertad firmada pero preso ahí, en el Cilindro, como depositado por el régimen de Medidas Prontas de Seguridad. Me ayudó a elegir por dónde, examinamos el lugar. Después estudiamos el exterior. Cuando nos sacaban a tomar el sol podíamos tener una visión clarita de afuera, cambios de guardias, distancias entre avenidas, pasajes alrededor del Cilindro; era normal que gente de las viviendas pasara a toda hora cerca de las instalaciones. Todo eso unido a lo que podíamos investigar de los sectores internos durante las fajinas. Nos hacían lavar los baños, barrer todo el piso, y nosotros, con otros ojitos, analizábamos todo. Así decidimos que la puerta número 4 [sic] era la ideal, el problema era romper el vidrio para poder comenzar a cortar las varillas. Aprovechamos los ruidos al lavar los platos, al limpiar los tanques de la comida, al trasladar cosas. Ni bien escuché la tonada de un tango silbada por el Ajo, comencé a hacer ruido con los platos y en ese momento él le da un golpe al vidrio y este se raja y los pedazos caen sobre la manta que había puesto debajo para evitar más ruido. Rápidamente los juntamos y nos incorporamos a las labores de limpieza, el momento de la fajina. Así quedó un hueco y se pudo comenzar a limar una varilla de media pulgada por donde me escaparía. Seguíamos atentos a todos los movimientos internos. La ventana rota no llamaba la atención pues la mayoría de los vidrios de las otras ventanas estaban igual. Todos los días colgábamos ropa en ese corredor, y era normal que unos y otros pasáramos por ese sector. Lo bueno era que al lado había una habitación, depósito de camas y trastos viejos. Simulábamos que entrábamos a colgar ropa y yo podía usar todos los días una sierrita para ir cortando de a poco la varilla e ir rellenando con dulce de membrillo para que no se viera el corte. Así, hasta llegar a quedar un hilito por cortar y listo para retirar halando la varilla y salir por ahí. La sierrita salió del trabajo manual que hacíamos entre los presos. Teníamos comités para pedir cosas a los milicos encargados, para cada vez tener más opciones de mejor vida interna. Así teníamos la cocina, la fajina, los deportes y las manualidades, cosas que en otras cárceles eran imposibles de imaginar. Allí era como el depósito de presos: estábamos para, después de un juicio, saber qué paradero tendríamos. A otros los venían a buscar para seguir los interrogatorios y todos los días llegaban presos de todos lados y por diferentes motivos.

Enrique Manini *Baroni. Esta foto, la del prontuario, le fue obsequiada por el policía de custodia de la Embajada de Venezuela cuando partía rumbo al exilio.*





Enrique Manini *Baroni en la actualidad.*

Ministerio de Relaciones Exteriores

SALVOCONDUCTO

El Ministerio de Relaciones Exteriores, de conformidad con las estipulaciones de la Convención sobre Asilo Diplomático de Caracas, del año 1954, concede el presente salvoconducto en favor del señor JOSE ENRIQUE BARONI MASEDA, asilado en la Embajada de Colombia, titular de la cédula de identidad uruguaya número 1.206.969, a efectos de que pueda hacer abandono del territorio nacional.

En tal virtud, se hace saber a las autoridades competentes, que deben prestarle el concurso que a su calidad corresponde.

Otorgado en Montevideo en fecha trece de setiembre de mil novecientos setenta y seis.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Juan Carlos Blanco

15 DIC. 1976

VALIDA

S. S. V. C. V. C. N. V.

26

Salvoconducto de Enrique Manini Baroni

Le pido que cuente cómo era posible que tuvieran una sierrita, una herramienta tan útil para otros tipos de trabajos distintos a los de las inocentes artesanías.

Los presos del frigorífico pedían a sus familiares las guampas y huesos para hacer manualidades con ellos. Pero para cortarlos necesitábamos de sierritas y así después de varias gestiones nos concedieron el permiso para que entraran. En un descuido de un artesano me la guardé y la ubiqué en la ventana de la puerta 4. Comencé, cada vez que podía, el trabajo de cortar la varilla. Ese compañero artesano en un momento se puso a buscar la sierrita perdida y estaba haciendo mucha bulla. Me le acerqué y le dije que si había desaparecido por algo era, que no buscara más y que no preguntara más (cosa que hizo). Todo el día buscaba unos segundos para entrar a esa pieza y darle un poquito, no había más tiempo, además nadie sabía. Estaba solo. Recién cuando casi terminé de cortar la varilla y le puse dulce de membrillo en la canal (por recomendación del Ajo) para que no se viera esa ranura, le dije al Gordo Grille. Él tenía contacto por medio de sus familiares en las visitas con los compañeros de la dirección [hace referencia a la dirección de la UJC y del PC en clandestinidad] y decidimos que preguntara si estaban de acuerdo con una fuga. De ser afirmativa la respuesta, que nos dijeran también quiénes podían participar. A los días viene la respuesta; yo saltaba de la alegría porque sí se podía y además ya había tomado la decisión que, si se negaban, yo me escapaba solo. El tema se complicó con la lista, porque figuraba el Gordo Grille. Así que tuve que proceder a cortar una segunda varilla, pues por ahí el Gordo no pasaba. Mientras se cortaba milímetro a milímetro, día a día, pasaron muchas cosas.

Un día atraviesa desde la entrada por toda la cancha una comitiva de oficiales derechito al lugar donde estaba cortando la varilla. Me quedé helado, a los minutos salieron y al rato nos enteramos que habían ido a ver la cantidad de camas porque estaban trasladando tropas desde el interior. Pasaba mayo y se acercaba el frío invernal, pedíamos leña para calentarnos en una estufa grande y un día entraron un camión de troncos de árboles y sierras para maderas y nos pusieron por turnos a cortar esa leña. Esas horas las aproveché con mi sierrita y, cuando en el patio estaban trozando los troncos con ese ruido enorme, mi sierrita iba al compás cortando la otra varilla para que el

Gordo pasara. Aquel ruido tapaba el mío, me bajaba, miraba, me volvía a subir y a cortar. Así hasta quedar pronta la segunda.

Grille había arreglado todo para que nos recogieran afuera. El día que íbamos a fugarnos nos trasladan hasta la Jefatura porque teníamos nuevo destino, pero como todo estaba lleno de presos, en la noche, tarde, nos regresan al Cilindro. Busco a Toledo, a quien le había dicho lo que estábamos preparando para que otros se fugaran, y le devolví su pinza, pues me la había prestado para que dispusiera. Así fijamos el primero de junio; y al llegar la hora el primer grupo debía llegar al cuarto y aflojar las varillas y salir, y a los quince minutos, el segundo grupo salir también. El primer grupo, Grille y Miguel, salieron y a los minutos regresan y Grille me dice: «No pude aflojar la varilla». Se abortó hasta el día siguiente, cuando pude cortar un poco más para que fuese más fácil sacarla. Puteaba por dentro, porque desde los quince años trabajé en talleres y no podía entender cómo el Gordo no sabía manejar la pinza. Quedamos para el día 3 de junio y ahora sí todo listo. Salió el primer grupo, el Gordo Grille y Miguel.

Pasaron los quince minutos y estábamos listos Federico *Palito* Falkner y yo. Cuando entro al cuarto y veo la ventana, tenía a la luna más grande que había visto invitándome a salir. Subimos por un tablón, que por su forma hacía de escalera, y pasamos una pierna y luego la otra para, de a uno, caer contra una columna que nos cubría y nos daba unos segundos, de modo de, cuando bajara el otro compañero, salir caminando como si viniéramos de las viviendas y fuéramos a la calle Corrales. Así salimos con Palito, apretando el culo y frenando las patas que querían volar. «Tranquilo, Palito, disimulá, ya vamos a llegar a la avenida y ahí conseguiremos un taxi», le dije. Así miramos hacia atrás y vimos desde afuera lo que observábamos desde adentro: que al hacer el cambio de guardia se quedaban media hora hablando y haciendo cuentos entre los que tenían que relevar a quienes debían cuidar la parte de atrás del Cilindro.

Llegó un taxi libre, solito, todito para nosotros; allí ordenamos el camino, una dirección para Federico y otra para mí. Me bajé antes y me tomé un ómnibus, andaba por Pocitos, con mucho temor de ser visto por un excompañero, Ariel Ricci se llama o se llamaba, que sabía que vivía cerca y era parte de los torturadores. Me habían dicho,

los que nos apoyaban desde afuera, a qué lugares llegar. En mi caso, donde me albergaba antes de caer detenido. Al recibirme, el compañero me preguntó si venía solo; «Claro», le dije. «Pasá, te estaba esperando». Ese día mi hija cumplía un año y mi familia estaba en mi casa de la Curva de Maroñas cortándole una torta y cantándole su cumple feliz, ese día fue el 3 de junio de 1976.

Cuando mi madre me visitó, a los años, me contó que el *Pato* Abrines, Ruben, le dijo que un vecino de él era el policía que esa noche de la fuga estaba de guardia en la caseta. Esa que yo miraba todas las noches por entre las puertas y veía un guardia que por suerte fumaba y le podía seguir los movimientos. Pues la noche de la fuga y a esa hora no debía estar, pero estaba y le contó a Abrines que él se fue hasta su superior y pidió para que lo asistieran, que se sentía mal, dejando su garita por más de una hora. Otro colaborador anónimo que encontramos, uno más en nuestra lucha contra la dictadura.

Fuimos cuatro jóvenes comunistas que esa noche le dimos una bofetada a la dictadura. Adentro, tras la puerta 4 estaba el fogón, y comenzaban los fríos, las heladas, había noches de cerrazón... eran las ideales para que no nos distinguieran. Nos tenían con ropa de calle, eso nos ayudó muchísimo, además; no nos tenían como en el penal de Libertad, con uniformes y pelados. Pude ver cómo a cada cambio de guardia pasaba lo mismo que en los turnos de la fábrica. Llegaban 15 o 20 minutos antes para conversar con los relevos y a la hora de ingresar entraban 15 o 20 minutos más tarde porque les costaba desprenderse y empezar las 8 horas.

Sabíamos que teníamos media hora para salir hasta la calle y media hora más hasta que nos llamaban a formar en el medio de la cancha y pasaban la lista como en la escuela. Esa noche, cuatro no asistimos.

Le pregunto por el artesano dueño de la sierrita... porque ya tengo el testimonio de Gustavo Alsina, alias el Manija, *que lo recordó con mucho cariño.*

En efecto era el Manija, siempre queriendo hacer las cosas bien y de quien me traje esa noche una campera que le pedí prestada. Hasta hoy lamento no haberlo sacado esa noche, como lamento por todos

los que vivieron esa horrible experiencia de la tortura, las privaciones elementales en el cautiverio. Espero que los responsables paguen por tanto daño que ocasionaron a tanta gente por el solo hecho de pensar diferente.

Pasada la fuga, relata las horas siguientes luego de recuperar la libertad, en las calles de Montevideo de los días finales del otoño y los primeros de junio de 1976.

Al llegar del Cilindro esa noche a la casa de Pocitos, y una vez adentro, pasé 12 días hasta que se me instruyó a dónde dirigirme; solo se me dijo que dependía de mí, tenía que entrar en la Embajada de Venezuela, exigir mis derechos políticos, convencer que se me diera el asilo. Antes hice entrega de unas pertenencias que usaba en la clandestinidad y que se las hice llegar a León Lev por medio del contacto que me instruía sobre cómo y cuándo salir hacia la embajada. Llegó el día. Salí caminando por las sosegadas calles cercanas a Bulevar Artigas hasta las inmediaciones de la embajada. Cuando la vi, lo que más me sorprendió fue que en la puerta no había vigilancia policial, así que como perico por su casa ingresé. La secretaria me preguntó qué trámite quería hacer, le respondí que quería hablar con el embajador, «¿Para qué?", preguntó. Le dije: «Para pedirle asilo político". Salió hacia algún lugar y entonces pasa por mi espalda el policía que tenía que estar en la puerta y que entró a hacer alguna gestión. Tuve la suerte de llegar en ese momento, pues no sé qué iba a hacer si ese policía hubiera estado en la puerta. Después nos contó este policía que hasta el día anterior andaban los tiras del Departamento 5 (policías de particular de la Dirección Nacional de Inteligencia de la Jefatura de Policía de Montevideo) turnándose, por si los fugados del Cilindro querían asilarse –también tuve la suerte de llegar ese día–. Después de un rato salió la secretaria y me dijo con una sonrisa amable que ya me iban a atender. A los minutos paso y espero al señor embajador Julio Ramos, quien me interroga por mis pretensiones y a quien le cuento mi historia de la fuga y sentencia, y le remarco que nos estaban buscando para devolvernos a prisión. Después de preguntarme varias veces lo mismo me mira a los ojos y me dice: «Le otorgaremos protección diplomática en primera instancia, seguiremos su caso hasta que

le den el asilo político y pueda viajar a Venezuela». La última vez que me repitió las mismas preguntas le dije que lo hacía responsable si algo me pasaba al salir de la sede diplomática en caso de no concederme el asilo. Me confesó que esas frases le sirvieron para saber que estaba ante un luchador clandestino y que me repetía lo mismo para cerciorarse de que no le estaba mintiendo. Me hicieron pasar y me atendió el secretario de la embajada, el señor Becerra; también estaba el señor Baptista. En esos momentos ellos me dijeron que también se encontraban ya en las mismas condiciones el señor Millán y el señor Grille. Pasamos unos días de mucha angustia, porque recibíamos mucha información de cómo estaba la calle en esos días, el contacto con los familiares, las visitas de estos en la embajada, qué iría a pasar con nosotros.

El policía de la entrada estuvo tres días en el calabozo por no evitar que otro preso fugado se asilara. Cuando volvió conversábamos y así nos enteramos, un día antes del secuestro de Elena Quinteros, que este iba a suceder, sin saber que era ella; pero él me contó que les habían dado órdenes desde Jefatura de Policía que no intervinieran en la mañana siguiente. Esa mañana estaba yo en la parte de arriba de la casa y sentí los gritos de una mujer pidiendo asilo a los gritos, «Asilo, embajador, asilo, embajador». Quería saber qué pasaba, me acerqué a la ventana que da a la entrada de Bulevar Artigas y vi a los mismos que nos torturaron en el Departamento 5 de Inteligencia saltando el muro. Le pegaron al funcionario Becerra que halaba a esa mujer. Y vi al Cacho Broncini llevarla a un Volswagen que estaba estacionado a contramano y a otro milico con la puerta abierta hasta que la empujaron al asiento trasero y arrancaron. La funcionaria de la embajada que estaba arriba conmigo no me dejó bajar y me quedé mirando por esa ventana lo que en segundos sucedió. Pude identificar al Cacho Broncini y a los otros, un tal Coronel, otras dos caras conocidas que estaban al mando del comisario Benítez del Departamento 5. Los nombres de los milicos se quedaron grabados mientras teníamos las caras vendadas y alguna que otra vez los podíamos ver, ya sea en los interrogatorios o en esos silencios antes de las distintas suertes de torturas que se nos aplicaban. Con los días se hicieron más familiares los rostros, cuando nos trasladaron al Cilindro y al juzgado para el procesamiento. Hoy solo queda el recuerdo imborrable y el deseo fer-

viente de que nunca más pase algo así, uruguayos torturando, asesinando, a otros uruguayos.

El recuerdo de las visitas, las suyas...

Juanita era mi madre y, como en la canción de Zitarrosa, «era dulce Juanita». Nunca faltó a la visita. Muchas veces estábamos tomando el sol al aire libre cuando nos sacaban en la mañana los milicos. Ella llegaba desde Centenario cargando debajo de un brazo a mi hija Cecilia, de meses. Cuando nos allanaron el departamento y yo me escapé, se la dieron a mis padres. Ella creció con sus abuelos y Juanita la cargaba en un brazo y, en el otro, las bolsas de comida que todos los familiares arrimaban a la cocina de los presos del Cilindro. Veía entrar a mi madre y a Ceci cargadita. Un día en la visita le dije la idea que tenía de fugarme y ella se asustó mucho; inmediatamente le aseguré que era una broma, los dos respiramos. Cecilia aprendió a caminar con sus abuelos. Juanita se la entregó a la mamá en el aeropuerto, cuando salió exiliada hacia México; se despidieron por casi diez años.

A esta altura del relato de Enrique Manini, me asalta una serie de preguntas para cotejar y cruzar con otros testimonios sobre los mismos acontecimientos. Decido enviárselos por primera vez.

Estaba leyendo los testimonios de los demás compañeros y se me hinchaba el corazón [comienza diciendo un Enrique a quien imagino sorprendido y admirado]. Tantas cosas que no sabía, que no me imaginaba o que las sabía a medias. De quién organizó la fuga desde afuera; siempre creí que era el contacto del Gordo Grille con León Lev, y que era la dirección de la UJC. Sobre quién dio cobertura tampoco, y mucho menos de la operación llamada Morgan. Ignoraba eso. ¿Quién me llevó?; mirá, me acuerdo de una compañera que creo era familiar de Grille y que vino en varias oportunidades a preparar la entrada a la embajada y me advertía cómo actuar, pero no recuerdo si me acompañó, porque yo sí recuerdo que fui caminando por calles aledañas y luego subí por Bulevar hasta llegar a la sede diplomática. Sobre la plata para pagar los taxis, frágil mi memoria, no me acordaba de que era la que teníamos para comprar la leche del desayuno; al mencionarlo así

como dices tengo una laguna, espero en algún momento recuperar esos recuerdos. El informe del PCU no lo conozco y no sabía que había una valoración. Me gustaría leerlo algún día y también la versión del Gordo Grille, ya que me llegaron informaciones de su versión que me cuesta creer. Cuando mi madre me visitó aquí en Venezuela, también me trajo una información desde la Marina en la aduana. Allí estaba detenido un amigo de la infancia y estaba en una celda con otros compañeros y se enteraron de la fuga. Cuando su madre lo visitó y le contó que Manini era uno de los fugados, me mandó a decir que ellos pensaban todos los días en esa posibilidad pero que les era imposible hacer algo similar, y que la noticia los llenó de alegría.

Le devuelvo reescrito su propio testimonio, armado luego del cruce de varios correos electrónicos...

Muy buen trabajo, Miguel. Me quedo sorprendido de todo lo que hay detrás de un hombre, cuántos miles de colaboradores tendrían que arrimar sus historias y sentirnos todos con el derecho a sonreír sobre estos tiempos que provocaron con sus acciones. Del relato reflexiono en la parte del efecto que se le daría a la fuga. Mirá, pensamos en fugarnos porque se podía, no elegimos el primero de mayo o cosa así. Teníamos planeado salir un día, antes de que nos trasladaron para ver a donde nos iban a dejar, y después, cuando regresamos, en la primera oportunidad íbamos a salir. Ese día que debería haber sido no fue, porque le faltaba cortar un poquito más la varilla que el Gordo debería haber terminado de doblar y que creo fue por impericia más que por falta de corte. Tuve que seguir cortando un poco más para que se pudiera aflojar mejor. El día fue el 3 como pudo ser el 4. Además, por respeto a todos los que estuvieron presos, creo que el Gordo fue demasiado pedante con sus apreciaciones y tenemos que destacar las facilidades que tuvimos, por ese análisis que tú haces de las relaciones establecidas entre ellos y nosotros. Porque la idea de todo preso es escaparse, pero no todos corrieron con la suerte que tuvimos nosotros. Creo que tenés que revisar mejor algunas informaciones. Bueno, esperaré por las declaraciones del Gordo y seguiremos escarbando en los recuerdos, un abrazo.

pág.4 Editorial

¡ BASTA DE MUERTES ! ¡ UNIDAD PARA CERRARLE EL PASO AL FASCISMO !

Una noticia escalofriante ha estremecido de horror a nuestro pueblo. En la noche del viernes 21 de mayo, en un automóvil en las afueras de la ciudad de Bs.Aires, aparecieron dos de los tres exiliados uruguayos que habían sido violentamente secuestrados, los ex-parlamentarios ZELMAR MICHELINI Y HECTOR GUTIERREZ RUIZ (sin saberse el destino del DR.M.LIBEROFF) acribillados a balazos, al igual que otros dos jóvenes uruguayos Rosario Barredo y W.Whitelaw.

¿ QUIENES SON LOS AUTORES MATERIALES DE ESTE MULTIPLE ASESINATO ?

Aún no han sido identificados pero, lo que no resulta difícil es encontrar sus autores morales.

A QUIEN FAVORECE ESTE CRIMEN ? A quienes quieren precipitar el proceso argentino en un abismo fascista que lo homogeinice con los regímenes de Chile y Uruguay; y a la dictadura uruguaya, incapaz de frenar el proceso de unidad antidictatorial. Nuestro pueblo recuerda nítidamente la sucia prédica del pasquín "Azul y Blanco", cuyos redactores están hoy incrustados en el aparato represivo y propagandístico del régimen bordaberriano, quien reiteradamente incluía una lista de personalidades democráticas (que comprendía en destacado lugar a Michelini y Gutiérrez Ruiz) sobretituladas con el macabro epígrafe "Marcarlos y a Tablada", que hoy reza como cruel epitafio.

En un torpe intento confusionista, parte de una técnica reiterada de acompañar los crímenes con la provocación, aparecen extraños volantes, para imputar a sectores de izquierda una típica acción de comandos ultraderechistas. Todo esto con el clásico método nazi, de la CIA.

Pero este hecho no es aislado. Integra un cuadro de conmoción que vive nuestro pueblo. Miles de presos. Cientos de desaparecidos. La tortura como método permanente de las fuerzas represivas. Allanamientos con saqueo, a diario. Clausuras y persecuciones. Destituciones masivas, despidos de obreros, sueldos de hambre y una miseria popular creciente. ¡ La dictadura fascista de Bordaberry y los jefes militares de derecha están desangrando la nación !

En esta realidad desgarrante, la aparición en nuestras costas de casi una veintena de cadáveres, cruelmente mutilados, en distintos parajes, lógicamente ha conmovido la opinión pública internacional generando profundas interrogantes.

En la misma noche que nuestro pueblo es sacudido por el asesinato de ambos ex-legisladores, las FFCC, en lugar de una respuesta seria y esclarecedora, con datos que permitan arrojar luz, sobre dicha matanza colectiva; responde con un triste comunicado, canallesco de un

Editorial sobre los crímenes de la dictadura que apareció en las páginas 4 y 5 de la Carta *de junio de 1976*

soez ataque contra el"comunismo internacional y sus organismos de fachada"(11-mense Comisión Internacional de Juristas ! y otros).
En el mismo orden de cosas podríamos preguntar: ¿ Dónde están J.Pérez,Maserra,Altesor,Cuestas,Pietrarroia, Mazzarovich,Touron,Bleier,Mondiondo,Esc.Miranda y tantos otros; porqué no los pueden ver sus familiares ni sus abogados defensores ?
La respuesta la da el propio comunicado cuando plantea que: "las autoridades nacionales, en uso de potestades y por decisión unilateral, no limitada ni condicionada por ningún factor..."
Bajo el terror imperante no hay limites constitucionales, ni condicionantes de los principios universalmente admitidos en derecho. ¡La arbitrariedad y el pleno desconocimiento de las libertades es su signo !
Pero alcanza niveles de cinismo, cuando el comunicado afirma "el Uruguay mantiene su tradicional respeto por los Derechos Humanos"(?!)
Eso, cuando NINGUNO DE LOS MILES DE PRESOS SE LIBRO DE LA TORTURA Y LOS VEJAMENES; cuando presos recluídos en cuarteles o dependencias policiales son asesinados por los servicios de inteligencia de las FFCC, bajo martirios, sin que se abra ninguna investigación para castigar a los responsables.

¡ Llamamos a TODOS LOS ORIENTALES PATRIOTAS Y HONRADOS a unir esfuerzos para clausurar el actual ciclo de sangre y desastre económico-social. A restablecer la unidad de una nación descuartizada entre el exilio, las cárceles y las cámaras

de torturas y un pueblo encadenado por los grilletes de una dictadura siniestra !
¡ A mantener firme la voluntad de un pueblo entero,su decisión de combate, su ideario Artiguista, por el rescate de su tradicional estilo de vida, humano,respetuoso de las ideas, con alto nivel cultural y del carácter de nuestra gente -franco,sincero y leal- con el cual se conoce a los uruguayos en el mundo entero

¡ No hay tarea más impostergable para todos los patriotas,independientemente de su credo,ideología o divisa,que cerrar filas para detener el paso al fascismo

¡ Qué la sangre de Orientales derramada dentro de fronteras o en el exilio no sea en vano y, se transforme en levadura que fermente la UNIDAD democrática de la Clase Obrera y las capas medias, de la ciudad y el campo;de blancos, colorados y frenteamplistas de creyentes y ateos;de civiles y militares !

¡ UNION Y LUCHA DE TODO EL PUEBLO PARA RESTABLECER LA LIBERTAD Y SALVAR LA PATRIA !

Lea y difunda C A R T A
Ud.también puede luchar contra la dictadura.
Alcance este ejemplar a familiares,vecinos,amigos.

(continuación)

En el siguiente correo le pido que especifique cuáles son las informaciones que debo revisar mejor... y responde:

Bien, lo escrito no se puede borrar, pero a mí me pega en las pelotas que el Gordo alardee de cosas que no fueron así, como que se estaba preparando la fuga para el primero de mayo. Además, que no es sincero cuando no reconoce que quien le solicitó que pidiera autorización para fugarnos fui yo. Y quien le dio las coordenadas también. Porque ¡sin trabajo manual no hubiese habido fuga! Yo en esos días estaba muy bajoneado por las cosas que pasaron en la tortura y di un paso al costado, pero no puedo ver las cosas como no fueron, porque te repito que todo nació en la conversa con el Ajo, y continuaron como te narré. ¡Un abrazo grande, como el Cilindro!

Le vuelvo a insistir con el necesario relevamiento de testimonios de todos los que de una manera o de otra participaron de aquella fuga, hace 36 años, pues fue una fuga exitosa gracias al apoyo, desde afuera de la cárcel, de los compañeros clandestinos. Que es hora de reivindicar el papel de los comunistas en la lucha contra la dictadura y que si nos censuramos entre nosotros nadie se va a animar a contar lo que vivió...como ha sucedido en los hechos hasta ahora.

¡Sí! ¡De acuerdo! Me encanta que alguien trabaje por la historia verdadera y todo lo que modestamente pueda aportar lo haré. Me considero justo por encima de todo y esa visión que tienes encaja con mi experiencia como luchador desde mis 17 años, que comencé gracias al *Negro* Francisco Toledo, que me recibió en la mesa zonal 11 de la CNT (Convención Nacional de Trabajadores) que funcionaba en el COT (Congreso Obrero Textil) en Maroñas, un día en el que entré solito a preguntar por las reivindicaciones de la curtiembre donde trabajaba. Eso fue en el año 1967. Y de aquella época viene el apodo de «Manini», por mis manos grandes y rojas de tanto trabajo manual desde tan chico.

«UNO QUE SE FUGÓ CON EL GORDO»

Cuando le pedí a Alberto Grille Motta su testimonio le aclaré: «Mirá que han escrito todos los involucrados y faltás vos, nada más». Me contestó con muy pocas ganas: «Lo mío está todo dicho en el capítulo que publicó Samuel Blixen». (Se refería a Fugas. Historia de hombres libres en cautiverio. *158 páginas, Ediciones Trilce, año 2004. El capítulo «El Gordo» está en las páginas 105 a 115.)*

Después de pensarlo bastante, contraataqué pidiéndole tres referencias muy concretas, como para que no se escapara fácilmente. Eso creí.

Le pedí primero que me escribiera sobre la campera de cuero que le había pedido prestada a Álvaro Faedo para salir del Cilindro aquella noche del 3 de junio de 1976. «No me acuerdo», fue toda su respuesta.

En segundo lugar, que me contara sobre el plano que le había hecho llegar Paco Laurenzo. La respuesta fue: «Tampoco me acuerdo. En todo caso, si hubo un plano, lo hice yo».

La tercera –la vencida según la creencia popular– correspondía a la carta que él mismo le dejó escrita al coronel Camps, el juez militar que los acababa de procesar, y en su caso le había tirado con todo el código: de ocho a veinticuatro años. «Sobre esa sí te puedo escribir algo porque me acuerdo muy bien».

La espera se hizo eterna, la verdad, aunque lo veía casi a diario en los pasillos del Palacio Salvo. Cada uno anda en sus tareas. Él dirige la revista Caras y Caretas *y* CX 30, *Radio Nacional, yo era un columnista voluntario de «Clásicos de la literatura».*

Está nombrado en todos los testimonios. Creo que cada uno formó parte indivisible de un todo, y si falta alguno no está completa la historia de la fuga del Cilindro.

Ante tamaña perentoriedad, esta fue su respuesta:

En lugar de enojarte porque no me acuerdo, deberías tener cierta consideración por mis años. Es normal. A veces nos resulta difícil comprender que la biología es implacable también con los seres que queremos.

De la campera no me acuerdo, es más, juraría que no me escapé en cueros.

No se acuerda. En cambio el doctor Álvaro Faedo Martino sí. Él era uno de los veteranos. *Tenía 29 años, esposa y una hija. Le faltaban tres materias para obtener el título universitario de abogado en aquel entonces.*

Con Álvaro nos encontramos con frecuencia. Varias veces me ha relatado la historia de la campera. Lo vuelvo a llamar. La voz al teléfono es la de Blanca. Comienzo el preámbulo y enseguida interviene:

–Sos Miguel Arcángel Millán Sequeira.

Escuchar mis dos nombres y dos apellidos me desarma toda argumentación. Cuando se pone al teléfono, Álvaro se explica:

–Los nombres completos de ustedes los recuerdo siempre. El día de la fuga, cuando llegó la hora del pase de lista para irnos a dormir y la guardia se percató de que faltaban ustedes cuatro, comenzaron a decir los nombres a los gritos.

Le pregunto por enésima vez lo de la campera. Con Blanca pegadita haciendo de ayuda memoria, vuelve a los primeros días de junio del año 1976.

–Era de noche, y a eso de las ocho estábamos en los vestuarios prontos para acostarnos. Yo estaba sentado en mi cama y viene el Gordo y se sienta en la cama de enfrente, que tal vez era la de Aníbal Toledo. Yo tenía la campera colgada allí. El Gordo vino y se la puso, se subió el cierre hasta arriba y me preguntó: «¿Me queda bien?» «Sí», le dije. Pero sin sospechar nada.

La campera era de cuero marrón y tenía puños tejidos por mi madre. Y también la cintura se ajustaba con un dobladillo de lana tejido.

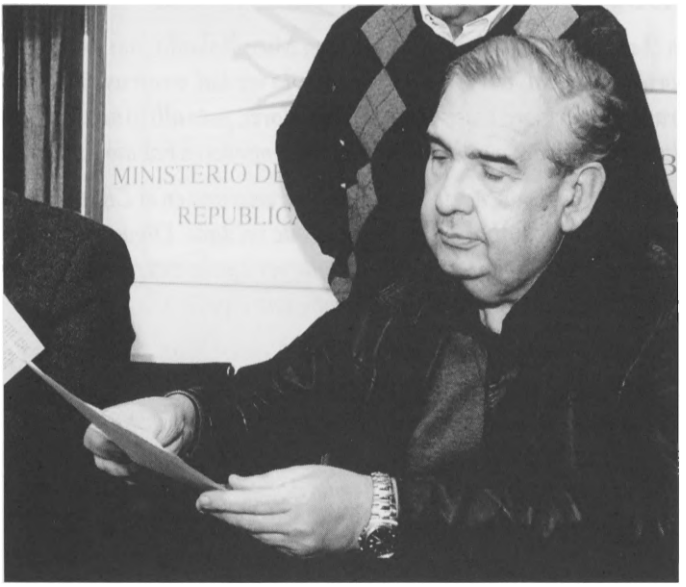
Traté de que recordara el día exacto. «Supongo –le aclaré– ese debe haber sido el día previo a la fuga, lo digo por la hora, el día de la fuga a las ocho de la noche ya estábamos lejos del Cilindro».

Así de caprichosa es la memoria. En definitiva, yo tampoco recuerdo que esa noche del 3 de junio de 1976 lloviera como parecen recordar varios de los que prestaron su testimonio para reconstruir esta historia.

Ahora sigue Alberto.

Sobre el plano, lo hice yo. Era muy elemental, algunos redondeles y otras líneas rectas. Es posible que Paco me señalara algunos puntos en donde estaban guardias vigilando, particularmente una torreta frente a la Guardia Republicana que parecía estar muy cerca de la pared del Cilindro. Pero, según el recorrido que hiciera Alba [se refiere a Alba Coronel, la madre de sus cinco hijos varones], desde esta no se veía la puerta 8 [sic], que era la que habíamos elegido para la huida [la puerta es la 5, al menos en la numeración con la que quedó cuando se produjo el derrumbe del techo en octubre de 2010].

Sobre la carta sí me acuerdo, era una tomadura de pelo, una alharaca un poco soberbia de alguien que venía perdiendo y hallaba una oportunidad de hacer un gol. De cualquier manera tampoco era muy importante; el juez militar se habrá calentado un rato y yo y vos nos habremos reído un poco, que por otro lado nos hacía falta. De lo que decía tampoco me acuerdo mucho. Recuerdo sí aquella tarde en que nos bañábamos en las playas de Naiguatá en Caracas y nos acordábamos del imbécil del juez Camps quemándose las cejas con sus increíbles expedientes, mientras disfrutábamos de las aguas del Caribe.



Alberto Grille en la actualidad

Eso no es todo. Él y yo lo sabemos. Prácticamente todos los testimonios que he logrado recoger nombran al Gordo casi invariablemente. Es cierto que algunos lo nombran para contradecirlo y hasta se manifiestan enojados con él.

Fue el veterano de la fuga. Tenía 30 años, mientras Freddy y Enrique tenían 24 y 25 y yo era un bebé de 18.

¿Cómo pudo saltar sin problemas desde los dos metros de altura? Es cierto que hubo que cortar dos barrotes para que él pudiera pasar. Con un barrote cortado solamente, podíamos pasar los otros tres jóvenes atléticos y esbeltos, pero él no.

La verdad, nos conocimos en el Cilindro. Él diría después que tenía información precisa sobre mí. Supe que me habían evaluado como «un diamante en bruto» pues conocían mi latiguillo frente a los interrogadores-torturadores y ante el juez militar: «No tengo nada que decir».

Pero todo eso lo maduré mucho más tarde. Allí el resultado de mis siete meses encerrado fue una escuela de subversión, una fiesta del compañerismo. Los recreos con sus certámenes deportivos eran la principal materia de aquella escuela, según mi particular manera de percibir esos hechos.

Hubo un campeonato de fútbol-sala. Los equipos eran de tres integrantes cada uno. Jugábamos en la cancha de básquet. Los arcos eran unas vallas de atletismo. No se permitía el uso de arqueros, pues había que hacer los goles dentro de un área y el arco era un pequeño cuadrado de ochenta centímetros.

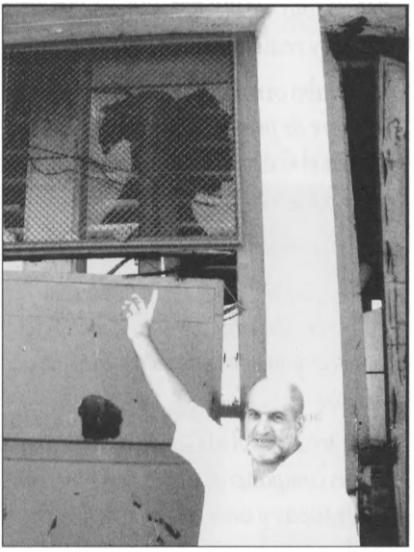
En el cuadro que yo integraba estaban Mico Roballo –un joven brioso, muy meritorio en aquellos días– y el Gordo, que, la verdad, en otras circunstancias no hubiera servido ni para traer agua a los jugadores, pero allí lo necesitábamos para cumplir el reglamento que todos los presos-compañeros habíamos acordado.

Yo era el típico «dueño de la pelota», por veterano en el Cilindro y por la aureola de jugador de fútbol en las «canchas de verdad». Digamos que tal vez por todo eso, o por otras causas que tienen que ver con la experiencia en picados de barrio, hacía trampa, ponía al Gordo como una especie de arquero.

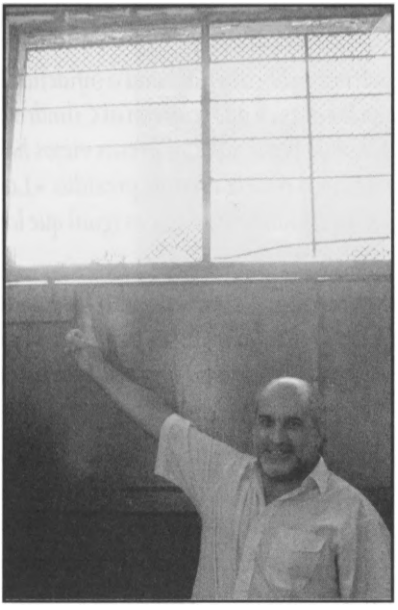
Los contrarios se enojaban muchísimo. Protestaban. Paraban los partidos. Nosotros, con cara de «yo no fui» respondíamos: «El Gordo no juega de arquero». El resultado era que lo mataban a pelotazos, con pelotas de fútbol-sala, pequeñas y duras. El Gordo recibía en pleno pecho los puntazos, pateados con mucha rabia. Sobre todo recuerdo las broncas y los puntazos del Ajo Macho. El pecho del Gordo quedaba rojo en la misma medida en que el cuadro iba ganando partidos.



Miguel Millán señala el lugar (puerta 5 del Cilindro) por donde fugaron.



Exterior de la abertura que usaron para saltar.



Interior de la abertura.

Un día, cuando se acercaba la hora de un nuevo partido de aquellos de rompe y raja, partidos de hacha y tiza como únicamente vi jugar allí, entre hombres privados de libertad, el Gordo, muy compungido, nos dijo a Mico y a mí:

–No juego más.

–¡Justo ahora nos vas a dejar en banda! –le respondimos a dúo.

–Miren cómo me quedan la panza y el pecho–. Se levantó la ropa y nos mostró su humanidad enrojecida.

–Dale, jugá igual. Ponete unos cuadernos debajo de la ropa como escudo.

Así lo hizo y pudimos terminar aquel campeonato del cual estábamos pendientes no solo nosotros, los presos, sino también los guardias, que se divertían mirándonos y realizaban sus apuestas contantes y sonantes.

Hubo otras enseñanzas para mí en esa etapa de mi vida. El Gordo siempre fue hombre de pronunciamientos como sentencias. Otro día de aquellos eternos, pudo ser en el Cilindro o en la embajada, ante mi duda sobre algún tema de política internacional, el Gordo me dictó una cátedra inolvidable:

«Cuando tengas dudas, mirá primero qué posición asumen en Moscú».

Aquella fue una enseñanza que no cayó en terreno baldío. Algunas veces yo también actuaba con la misma lógica o, al menos, en la misma dirección. Siempre aparecía un compañero aliado que decía «Rusia» y yo lo reconvenía: «Unión Soviética».

Otra vez vi al Gordo envuelto en una polémica sobre la fidelidad o infidelidad de las compañeras libres de los presos. Fue en los días en que trajeron al Cilindro a trece tupas y anarcos liberados desde el penal de Libertad. Los presos viejos hablaban con la voz de la experiencia luego de cinco o siete años de presidio. «Las compañeras son seres humanos. Ellas tienen necesidades fisiológicas igual que los hombres. Y cuando pasan tantos años...».

La verdad, no recuerdo si estas opiniones del Gordo eran francas o formaban parte de su perenne decir en solfa. Pero sí recuerdo nítidamente sus palabras. «Las compañeras de los comunistas se mantienen fieles», y largaba una risa que hacía enojar a los tupas y a los anarcos.

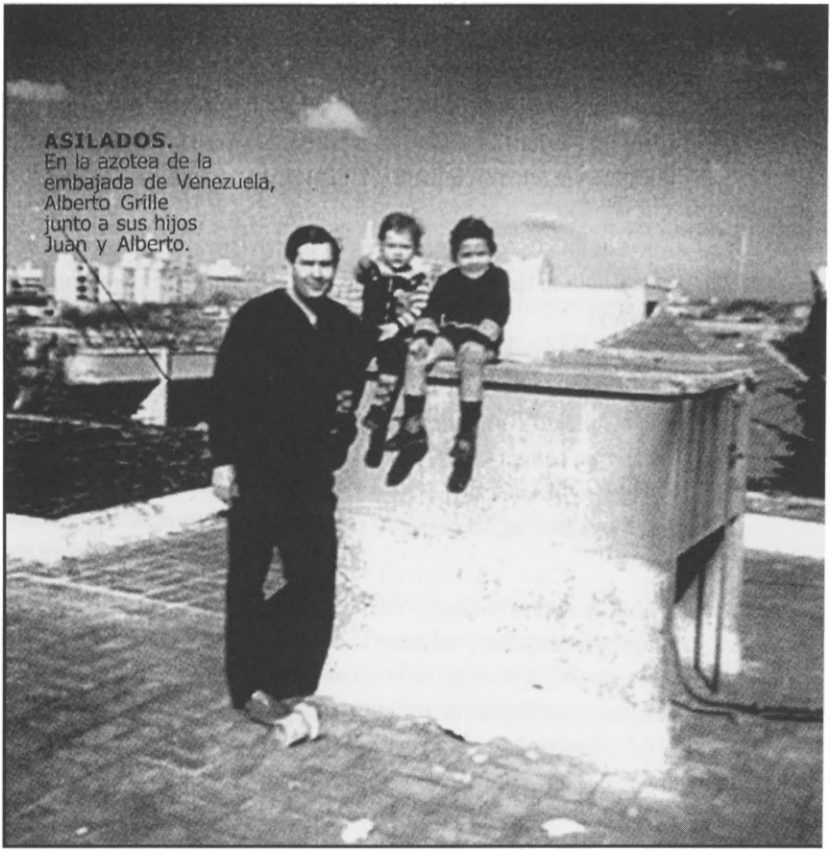
Un detalle muy relevante de sus siete días en las profundidades de la clandestinidad, ese intervalo entre la fuga y el ingreso a la embajada, ocurrió durante la segunda noche, cuando nos dispersaron para preservar la organización y para que no fuéramos a caer todos juntos. La pasó en un comercio precario de otro gordo,

Julmer Arce (¡el primo de Líber!), que tenía un puesto de venta de frutas y verduras y allí estuvo esa segunda noche. Después nos contaba cómo había sido:

«No pude dormir por el frío. Era tanto que al final decidí empezar a temblar. Chocaban los dientes y las rodillas todo el tiempo».

Cuando salimos al exilio en Caracas, lo vi enseguida desplegar todas sus virtudes y sus artes de hacer política en grande. Nos vinculamos con las organizaciones y personalidades de todo el arco de la izquierda venezolana. Con los comunistas –el doctor Eduardo Gallegos Mancera, un héroe de la resistencia a la dictadura de Pérez Jiménez– y con los que se habían ido del partido como Pompeyo Márquez; con escritores y periodistas. Dimos entrevistas de prensa denunciando la situación de los presos políticos en el Uruguay.

Alberto Grille con sus dos hijos.
Foto tomada por Miguel Millán en la Embajada de Venezuela en agosto de 1976.



Grille comenzó a reunir a los exiliados y estableció los primeros vínculos con todos los sectores contrarios a la dictadura. Así fue que antes de los tres meses que duró nuestro exilio en Caracas, previo al viaje a Cuba –en mi caso por los siguientes ocho años y medio–, organizamos todos juntos el primero de los actos masivos para denunciar la dictadura.

En aquel acto hablaron dos uruguayos que nos representaban a todos: el último rector de la Universidad de la República antes de la intervención militar, el ingeniero Oscar Maggiolo, y el senador de la República Wilson Ferreira Aldunate. Allí le escuché a Wilson la frase que repetiría hasta el cansancio: «A mis compatriotas les digo, no deshagan las valijas, manténganlas prontas para volver a la Patria». El acto fue cerrado por la música del grupo Camerata Punta del Este (entonces todos sus integrantes estaban exiliados en Venezuela, menos Moisés Lasca que se había asilado en México, donde terminaron todos unos meses más tarde).

Después, cuando volvimos del exilio, yo me recluí en mi ciudad de origen, en donde desplegué toda mi actividad, y él se concentró en los medios de prensa dejando de lado su profesión médica. Cierto día del año dos mil, cuando el presidente Jorge Batlle creó la Comisión para la Paz, desde mi atalaya del litoral oeste se me encendió la lamparita. Me dije: «Fuimos testigos del secuestro de Elena Quinteros, algo tenemos para aportar a esta Comisión». Lo llamé al Gordo y me dijo algo que fue toda una revelación: «A mí nunca nadie me ha preguntado por esto».

¡Los únicos testigos directos de un secuestro desde adentro de una embajada nunca habían sido escuchados por nadie! ¡A nadie le interesaba lo que pudiéramos aportar!

Con semejante autorización y autoridad, me lancé a testimoniar ante aquella honorable Comisión. Apenas comencé a hablar ante ellos, vi y escuché cómo el abogado Gonzalo Fernández le decía al doctor Carlos Ramela: «Este es de los que se escaparon con el Gordo Grille».

EL OLOR DE LA CREOLINA

Estas fueron las últimas palabras de Alberto Grille, después de muchas vueltas, idas y venidas, cuando aceptó que le pusiera un grabador delante. «El olor de la creolina no se me olvida más».

Como todas las veces que tuve que conseguir un testimonio sobre esta, nuestra fuga, repetí la misma cantinela: «Cada uno cuenta sobre la feria según cómo le fue en ella».

«Me llevaron preso porque era dirigente de la Juventud Comunista, dirigente de la FEUU. Nos llevaron presos a Ofelia y a mí. Está todo en el testimonio», dice y extiende una fotocopia de los obrados del Comité de Derechos Humanos, creado en virtud del artículo 28 del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. Presentación hecha con su testimonio –y el mío también en fojas separadas– el 25 de abril de 1977.

En aquel testimonio, escrito enseguida de salir del Uruguay al exilio, dejaba constancia de los «50 días en Maldonado y Paraguay, en el Departamento 5 de la Dirección Nacional de Inteligencia de la Jefatura de Policía de Montevideo [en donde él y todo el grupo que cayó en esos días, jóvenes militantes políticos, fueron] sometidos a graves torturas [y las enumera]». Nombra allí a varios torturadores. Las fechas claves que menciona son: el 7 de febrero, la caída; el 20 de mayo, la segunda comparecencia ante el juez militar que les confirmó la condena, y el 3 de junio, la fecha de la fuga.

Las respuestas de las autoridades uruguayas (Ministerio de Relaciones Exteriores) son de antología. Dicen que «las presuntas víctimas no habían agotado todos los recursos internos disponibles».

El 5 de octubre de 1979 el «Estado Parte» (o sea, Uruguay) en una de sus respuestas al Comité de Derechos Humanos de la ONU «revela» y «acepta» algunos hechos y contradice otros. Por ejemplo, da la fecha del 17 de mayo de 1976 como el día en el cual el Gordo fue juzgado «por cargos de asociación subversiva y tratar de minar la moral de las fuerzas armadas de conformidad con los artículos 60 (V) y 58 (B), respectivamente, del Código Penal Militar». Reconocen, las autoridades

cívico-militares de la época, por primera vez, la fuga: «El 3 de junio de 1976, el Sr. Grille Motta y otros tres detenidos se escaparon de su lugar de detención, impidiendo así el curso de la Justicia».

Contradicen a Grille, faltaba más: «Las acusaciones, de que el autor de la comunicación fue objeto de malos tratos y torturado, no son más que un producto de la imaginación del autor, un ejemplo más de la campaña de difamación emprendida contra Uruguay con el objetivo de desacreditar su imagen en el extranjero».

Volvemos al presente para hacer el ejercicio mental de recordar aquellos acontecimientos 36 años después.

Me llevaron al Departamento 5 de Inteligencia, en la calle Maldonado y Paraguay. Encapuchados. Ahí empezó la paliza. Desde el 7 de febrero hasta el 15 marzo de 1976, cuando nos llevaron para el Cilindro. Antes nos pasaron por el juez militar de Tercer Turno. A mí me dieron de 6 a 18 años, «asociación subversiva» [dice el Gordo Grille como para reafirmar la memoria de lo ocurrido].

De pronto, cambia el foco de su relato.

A Alvarito Faedo le dieron «asistencia a la asociación subversiva». Le dijeron: «de 2 a 8 años». Y él les preguntó: «¿cuánto?» Le repitieron, «de 2 a 8 años». «¡Ah, yo había entendido 58 años!». [Y se ríe de la ocurrencia de nuestro amigo común.]

En el Cilindro lo primero que hice fue entrar en la cabeza de los guardias. Los tipos no podían creer.

«¿Ustedes mataron a alguien?», nos preguntaban los milicos.

«No, no matamos a nadie», les decía. Entonces volvían a preguntar: «¿Y por qué les dan de 6 a 18 años?».

Ahí empieza todo el proceso intelectual, la pregunta: ¿qué miércoles hago yo acá? Aparecen dos planteos. Estaban los que no pensaban nada. Se sentían conformes con estar presos. Era uno de los riesgos que corríamos, era una de las eventualidades. Estaban los que comenzaban a formular la idea de que la cárcel era un lugar de lucha. Con la premisa de que todos los grandes hombres de la humanidad en algún

momento de sus vidas han estado presos, y soportaron en circunstancias horribles, lo que teníamos que hacer, según esta concepción, era resistir. Pero había otra manera de encarar aquello y era preguntarnos, ¿qué estamos haciendo acá? «De acá me tengo que ir», pensaba yo.

El Ajo Macho Clavijo Quirquen, un tupa que llegó liberado «bajo Medidas Prontas de Seguridad» al Cilindro, decía: «Estar preso es estar muerto». Y en realidad era así. Desde el punto de vista de la labor revolucionaria era no estar haciendo nada. Entonces, ahí nos planteamos cómo actuar. O me resignaba diciendo que iba a estar preso dieciséis años y me la bancaba repitiéndome «soy de fierro y aguanto», o me escapaba diciéndome «aquí no tengo nada que hacer».

Así empecé a buscar formas por donde me podía escapar. Busqué la colaboración de algún otro. Siempre cambiaban, porque el mecanismo intelectual hace que uno a veces piense una cosa y al día siguiente piense otra. Lo primero era imaginarse por dónde se escapa un preso. Pensé, por las cloacas. Yo no tenía la menor idea de cómo funcionaba eso, pero cuando empecé a ver me di cuenta de que el desagüe era chiquitito, no era como para pasar un cuerpo como yo. Después, en un lugar donde funcionaban las cabinas de la prensa, habilitado como celdas también, había unos huecos de unos treinta centímetros de diámetro que oficiaban como ventilación. Yo podía sacar la cabeza o los pies por ahí, pero era un lugar que tenía unos cuatro metros hasta el suelo. Si sacaba la cabeza no podía sacar los pies sin caerme. Y si sacaba los pies, no veía lo que había abajo y tenía el riesgo de que cuando terminara de bajar me estuviera esperando un ejército abajo y no me hubiera dado cuenta. Ese lo descarté. Tenía que buscar otros caminos posibles.

Había que decidir si podía emplear la violencia o escoger un camino de otro tipo. Siempre existía la posibilidad de pegarle con un fierro a alguien, aunque era un camino mucho más riesgoso. Mucho más difícil, sin embargo, era hacer una fuga limpia, lo que podríamos llamar una «fuga limpia».

En ese punto, con Baroni, que a esa altura era el que estaba más decidido a escapar, nos dimos cuenta de que había un lugar al que le llamaban el «boxing». Era el lugar adonde colgábamos la ropa lavada y al que podíamos ir libremente; después que entrábamos ahí no nos

vigilaba nadie. Era el único lugar en el cual no teníamos ningún control. Entrábamos y veíamos que había unas rejas, varillas de ocho milímetros, y pudimos darnos cuenta de que era posible cortarlas. El asunto era cómo encontrábamos un espacio de tiempo donde pudiéramos llegar hasta allí, sin control. Nos planteamos con qué cortarlo.

Aquí se interrumpe para reconocer que no recuerda cómo hizo entrada la «segueta» o «sierrita». Requiere y acepta mi acotación de que la segueta había entrado para hacer las artesanías y la había pedido Manija Alsina a su familia, luego Manini se la expropió.

Baroni comienza a cortar. Él era el más ágil. Y yo, mientras tanto, trataba de armar el diseño del exterior. Una vez que estuviera todo cortado, qué iba a pasar. Eso llevó quince o veinte días. Después que cortó, le puso dulce de membrillo para disimular y que en una revisación ocular de los milicos no lo pudieran detectar.

Yo iba a tirar la basura. Era una cosa nunca hecha en mi vida. Es más, hubo gente que me dijo: «¡Qué voluntarioso que estás!, vos estás así porque estás planeando irte». Dábamos la vuelta con la carretilla y la basura arriba mientras íbamos viendo de qué lugares se veía la puerta esa desde la cual íbamos a saltar. Se salía por la entrada principal, se daba toda la vuelta por el lado de Industria y se tiraba atrás, en el mismo lugar donde se colocaba la basura de la Guardia Republicana. Así que el recolector de la Intendencia recogía toda la basura junta, la de ellos y la de nosotros. Recorríamos todo. Desde donde nosotros estábamos, se veían las viviendas que dan hacia avenida Centenario, una *chanchita* a unos cincuenta metros –era una camioneta sin motor, fija allí como garita– desde donde hacían guardia.

Los guardias vigilaban con distinto grado de celo. Los de la Republicana ponían más celo que los de la Metropolitana, porque por ahí pasaban permanentemente los jefes hacia el cuartel de los coraceros que está detrás del Cilindro. Había –todavía está– una garita de material, próxima al muro del Cilindro. Esos eran los obstáculos exteriores que deberíamos sortear cuando saliéramos. Hacia la derecha, mirando hacia el Museo Aeronáutico, había una zona de oscuridad para nosotros, no sabíamos qué se veía desde allí. Le pedí a Alba que alguien circulara por ahí y nos pudiera decir lo que se veía. Por los cami-

nos exteriores, el vecindario caminaba libremente. Tal vez la propia circunferencia del Cilindro le tapaba la vista al guardia de la garita.

Alba me mandó un libro de John Dos Passos, no recuerdo bien el nombre ahora, con una dedicatoria que terminaba diciendo: «espero que los tiempos por venir sean mejores, aunque desde el punto de vista en el que estamos no se ve la salida». Así que ya sabíamos: desde la *chanchita* se veía, desde la torreta no se veía. Los dos problemas que teníamos eran: el guardia que estaba parado a veinte metros del boxing y el de la chanchita.

Empecé a estudiar cuál era la lógica, la rutina del guardia de la *chanchita*. Cuando era de la Republicana, estaba todo el tiempo dando vueltas por ahí. Pero cuando era de la Metro, a las seis de la tarde se sentaba a tomar mate en el lugar del conductor, es decir, mirando hacia las viviendas y no hacia el Cilindro. Conclusión, teníamos que escaparnos cuando la guardia fuera la de la Metro (granaderos).

Nosotros habíamos fijado con Baroni la fecha del 30 de abril, considerando que el primero de mayo entraba la Republicana (coraceros). Tanta mala suerte, que el cambio de guardia se dio un día antes porque el primero era feriado. O sea, la fuga pasó a ser potencialmente posible recién para un mes después, cuando volvieran a cambiar la guardia. Entonces, fijamos la fecha para el primero de junio.

Esperamos un mes más con el temor de que en cualquier momento nos trasladaban, o al penal de Libertad o a la Tablada. El 20 de mayo nos llevaron a juez militar para ratificarnos las condenas y enseguida nos sacaron del Cilindro. Nos hicieron pasear por Jefatura; en ninguna cárcel había lugar para nosotros, nadie entendía nada. Y deciden devolvernos al Cilindro después de todas las vueltas.

Ahí empezamos a pensar cómo sacábamos al guardia que permanecía sentado frente a la entrada del boxing. A mí se me ocurrió una cosa que resultó bárbara: yo veía que cuando nosotros jugábamos aquellos picados los guardias hinchaban; entonces decidimos organizar un campeonato. Yo había observado que cuando movíamos un banco, el milico no lo movía de ahí y se sentaba en el lugar donde lo habíamos dejado. Por la cabeza de un milico no pasa la de hacer ningún esfuerzo que no le hayan ordenado desde la superioridad. Le pedimos al jefe de la guardia, el teniente Sande (el mismo que ahora está

en la cárcel de Domingo Arenas), para armar una tribuna con todos los bancos para que los presos y los guardias pudieran mirar los partidos. Después devolvimos todos los bancos a su lugar, menos ese que estaba frente al boxing, como si nos hubiésemos olvidado. El banco quedó como a setenta metros del puesto de vigilancia, con lo cual nosotros podíamos entrar y salir del boxing sin problemas.

De lo que se trataba era de esperar. Ya se había incorporado Freddy a la idea de la fuga. Extrañaba mucho a Pelusa. Y el llanto de Pelusa en las visitas era desgarrador. Se trataba entonces de salvar a Freddy del llanto de Pelusa. [Aquí el Gordo se ríe con la picardía antigua de preso acostumbrado a este tipo de bromas].

Llegó el primero de junio y pasó algo que no me acuerdo ahora qué fue y la suspendimos por ese día. El dos fue que te llevaron a vos al juzgado [lo dice dirigiéndose a mí]. Uno de los problemas que teníamos era que todos los días nos queríamos escapar y nos cagábamos todo. Hacía mucho frío o había mucha luna. Así fue que entraste vos en la fuga diciendo: «Hay que animarse, se trata de eso» y me dijiste: «Yo me tiro primero». Yo protesté y enseguida te dije: «No, yo me tiro primero». Yo era el jefe y no había más remedio, si no quedaba como un cagón. Y bueno, alguien tenía que ser el primero.

Sabíamos que si nos escapábamos a las 19 y 15, hasta las 21 horas la guardia no se enteraría de nada. El guardia de la *chanchita* estaría tomando mate; el otro estaba como a setenta metros, en invierno ya era de noche y, por lo menos cuando saltáramos, no nos podía ver. Los otros dos, Baroni y Freddy, se tenían que tirar media hora después. Si caíamos nosotros, no se tiraban. Y si los agarraban a ellos, ya nosotros estábamos lejos.

«Y bueno, ya está. Esa es la historia», me dice el Gordo y queda resoplando como al final de una carrera de cien metros. Sin embargo, tengo más preguntas.

Contame algo de la semana que estuvimos escondidos. La primera noche la pasamos todos juntos en la casa de Paco y Claudia, le digo, para que continúe recordando la «segunda etapa de la fuga.

La segunda noche fuimos a la casa de la diplomática sueca. Esa es una cosa absolutamente delirante [se ríe como niño que ha hecho una travesura]. De ahí fui a una casa que queda frente a la sede de Nacio-

nal. Era un caserón vacío. La casa del padre de Jaime Seco. ¡Tanto frío pasé ahí! Veía fantasmas, el duende de la Casa de Gobierno. Ahí estuve uno o dos días. A Alba la llevaron a otro lado. Después me llevaron a una verdulería en la calle 21 de Setiembre y Libertad, en Pocitos, que era del gordo Arce. Me alojó en la segunda planta, en un entrepiso, tampoco había nada. Para combatir el frío me ponía papeles entre la ropa. Ahí pasé dos o tres noches convencido de que iba a caer en cana. Fijate, el gordo Arce, que debía ser de los comunistas más notorios, parado en la puerta con su pilot esperando los clientes. Cuando lo vi, no podía creer que esa fuera la tapadera para tenerme escondido recién fugado de la cárcel.

El Gordo hace silencio. Decide que hasta allí llega su relato. Avanzo dieciocho días.

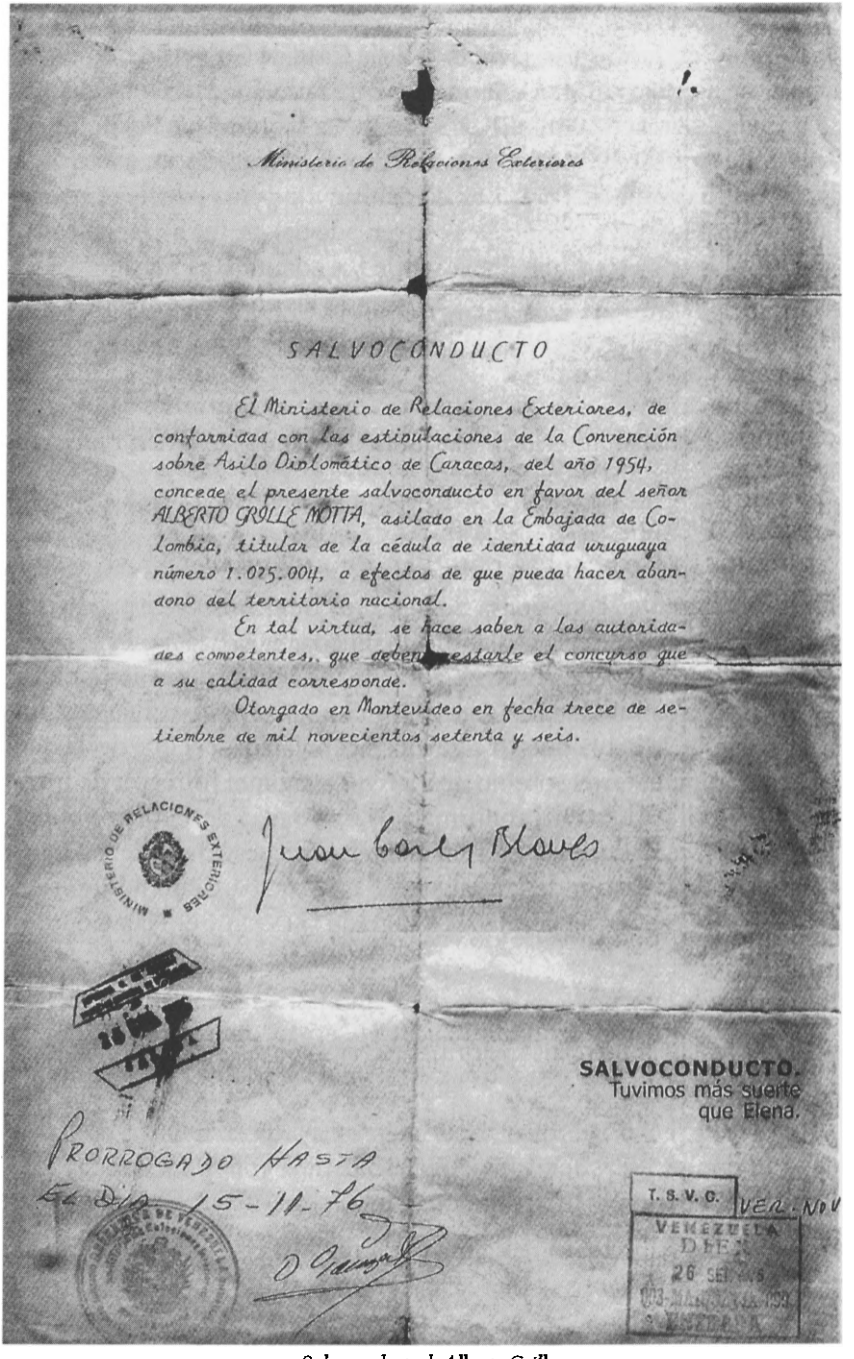
¿Y el secuestro de Elena Quinteros?

Eso sí está contado perfectamente. Testimonios de todos nosotros en diferentes comisiones de derechos humanos. Sí te puedo decir que el embajador venezolano, don Julio Ramos, hasta ese momento estaba en contra de nosotros. Cuando fue a despedir al aeropuerto a los primeros funcionarios que se fueron a Caracas, volvió con un papelito que le había puesto alguien en el bolsillo en el que decía que Cacho Broncini era el sobrino de Víctor Castiglioni [director de Inteligencia policial], lo cual confirmaba la existencia de alguien a quien habíamos señalado como participante en el secuestro de Elena Quinteros desde el jardín de la embajada. Y Abayubá Centeno de Alen Castro está requerido por haber integrado la OCOA y el Plan Cóndor, y estaba ahí.

Una penúltima pregunta. ¿Quién o quiénes más de los que quedaron presos sabían de la fuga?

El Ajo Clavijo Quirquen, que, además, ayudaba. Es más, el día en el que no nos escapamos fui a decirle. Estaba con la cabeza tapada. «Pa, yo estaba esperando que sonaran los tiros».

El Ajo y Alba fueron el alma de la fuga [dice y repite. Se queda callado unos instantes y tuerce los recuerdos].



Ministerio de Relaciones Exteriores

SALVOCONDUCTO

El Ministerio de Relaciones Exteriores, de conformidad con las estipulaciones de la Convención sobre Asilo Diplomático de Caracas, del año 1954, concede el presente salvoconducto en favor del señor ALBERTO GRILLE MOTTA, asilado en la Embajada de Colombia, titular de la cédula de identidad uruguaya número 1.075.004, a efectos de que pueda hacer abandono del territorio nacional.

En tal virtud, se hace saber a las autoridades competentes, que deben prestarle el concurso que a su calidad corresponde.

Otorgado en Montevideo en fecha trece de setiembre de mil novecientos setenta y seis.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Juan Carlos Blanco

SALVOCONDUCTO.
Tuvimos más suerte
que Elena.

PRORROGADO HASTA
EL DIA 15-11-76

T. S. V. C.
VENEZUELA
DIEZ
26 SET

Salvoconducto de Alberto Grille

Lo que resulta interesante es la conversación que yo tuve aquella tarde con el teniente Sande [José Felipe Sande Lima, el mismo teniente, 311 del Organismo Conjunto de Operaciones Antisubversivas, preso en Domingo Arena]. Yo le decía: «tienen que mandarnos más perfumol».

Ahí no me aguanto y le señalo: Eso ocurrió la tarde del 2 de junio, cuando andábamos trillando vos y yo alrededor de la cancha de básquetbol y nos llamaron, desde las alturas, el sargento primero Luzardo y el teniente Sande.

Él continúa como si tal cosa.

«Lo que pasa que si no nos dan más creolina y perfumol no podemos limpiar». Y el tipo nos decía: «Sí, tiene razón, hay que dejar los baños bien limpios para que *jiedan* bien para cuando vengan las familias a visitarlos». ¡Qué se iban a imaginar! ¡Los tipos que les estaban pidiendo más perfumol para limpiar los baños de las visitas se estaban por fugar!

«Les tiene que durar dos meses todo esto», nos dijeron, mientras nos daban los artículos de limpieza: trapos de piso, perfumol, creolina.

Es más, pasé años sintiendo el olor a creolina creyendo que estaba preso. En el Departamento 5 también, nos hacían levantar los colchones y echaban creolina.

«¿QUÉ TE PASA, MIGUELITO»?
(Mi testimonio)

Cuando volví al Cilindro, al mediodía de aquel segundo día de junio de 1976, estaba convertido en una piltrafa humana. Sobre mis oídos había caído la promesa de que sería llevado otra vez a la *máquina*. «El señor juez considera que usted todavía no ha declarado. La primera instancia, entonces, consiste en hacerlo declarar», explicó el actuario.

Mi única declaración había sido: «No tengo nada que decir». Creo que producto de una mezcla casi perfecta entre los valores inculcados en el barrio, y los amigos, compañeros de mi padre, obrero papelero, que repetían con bastante frecuencia: «lo último, milico y batidor», y la lectura acelerada del *Reportaje al pie del patíbulo* de Julius Fucick o *La tortura* de Henri Alleg.

La desazón era por partida doble. Simultáneamente, estaba convencido de que hubiera podido evadirme durante el viaje a los juzgados militares. Había sido conducido por un miliquito de diecinueve años –apenas un año mayor que yo–, solito él. Viajamos en ómnibus del recorrido urbano.

Con esas dos tremendas piedras sobre mi condición de preso rebelde, fui recibido por el Gordo Grille antes de que pudiera hablar con nadie. Cuando, atropelladamente en medio de pucheros varios, le conté, me dijo: «No te preocupes, la fuga ya está pronta. Después de la siesta hablamos». Ante mi asombro y curiosidad, replicó: «No hables con nadie de todo esto. Después de la siesta conversamos».

En la cancha jugaban un picado, tan entretenidos que ni se detuvieron para indagar por novedades. Más adentro, a quienes estaban preparando el almuerzo les tuve que contar una versión lavada. Era la

tercera vez que iba a juzgado y seguían sin procesarme. Tal vez todos suponían lo peor, pero no hicieron comentario alguno, por aquello de no nombrar al mandinga con tal de que no apareciera.

Después de la siesta obligada, el primero en percatarse de que algo tramábamos fue el padre cura Miguel Ángel. Me preguntó por qué había dormido. «¿Qué te pasa, Miguelito?», son las palabras que todavía resuenan en mi memoria. Haciéndome el sorprendido pregunté: «¿Por qué lo dice?». «Porque nunca hacés siesta y hoy te la dormiste toda».

A esas alturas llevaba casi nueve meses preso, siete de ellos allí. Me habían pasado tres veces al juez militar y nada de proceso. Hacía tres meses, el Gordo, cuando lo trajeron con los del caso Dirección de la UJC, se me había acercado para preguntar cómo la veía para una fuga. «Vos, que sos el más veterano aquí». Con semejante galardón, inflé el pecho y le contesté muy resuelto: «Es facilísimo, lo único difícil es conseguir apoyo exterior». «Eso dejalo por mi cuenta. Mientras tanto vamos buscando el lugar más adecuado para salir».

Los días siguientes a aquella conversación lo anduve acompañando a buscar el lugar. Después fue el silencio, hasta aquel miércoles en el cual me zampó lo de «la fuga está pronta».

Es cierto que un día en el cual aplaudíamos a rabiar porque trasladaban a un grupo de compañeros presos oí –y oímos varios– el ruido de un vidrio roto. Algunos de nosotros preguntaron y enseguida otros mandaron a callar para no «levantar la perdiz».

La discreción, el «no preguntés si no es contigo», hicieron el resto. Pero resultaba que en un acto inconsciente de bravuconada le había dicho al miliquito que me acababa de trasladar al juzgado: «Cuando te den un ascenso acordate de mí. Porque llevaste a un preso político sin esposas y no se te escapó». Y ahora estaba a pocas horas de rajarme de verdad.

Ya estábamos «después de la siesta» y empezamos a trillar alrededor de la cancha de básquet. El Gordo a explicarme cuál era el plan de fuga. Sobre todo por dónde saltaríamos. Allí acordamos que repartiríamos el dinero de todos los presos que yo administraba. Esto era

con el fin de que cada uno tuviera autonomía para tomar taxis. Aquel dinero era el que aportaban los familiares para comprar la leche –de Conaprole y en botellas– del desayuno.

También acordamos que para llegar a la ventana por la que íbamos a saltar debíamos pasar a través del almacén, cuyas llaves tenía yo, donde se guardaba toda la mercadería que traían las visitas.

Lo anterior era la parte operativa. Luego vino la cuestión psicológica, el autoconvencimiento de que debíamos fugarnos. El Gordo me explicó cómo funciona la mentalidad del preso *nuevo* y el *acostumbrado*. Que el nuevo siempre tiene un impulso hacia la libertad naturalmente, y que por eso mismo, si la fuga la hacíamos sin violencia no era delito. Mis razones eran bien simples. A ellos –al Gordo y sus compañeros de causa– les acababan de tirar con todo el Código Militar, dieciocho años. Si me tiraban con lo mismo, saldría de la cana con treinta y seis, «hecho un viejo».

Estábamos en eso cuando de pronto nos llamaron, con gritos de órdenes, el teniente (o alférez, aunque se hacía llamar también «capitán») Sande Lima y el sargento mayor Luzardo, jefe y subjefe, respectivamente, de la Guardia Metropolitana. Cuando oímos sus gritos nos percatamos de que hacía un rato nos estaban observando mientras trillábamos y conspirábamos. No hicimos ningún comentario mientras caminábamos a «paso redoblado», como exigía la situación.

–Aquí les trajimos los artículos de limpieza que habían pedido. Eso sí, les van a tener que durar por lo menos dos meses.

–Así se hará, teniente.

–Se hará como ustedes dicen, sargento.

Y allá salimos con el Gordo cargando las damajuanas de creolina, de jabón líquido, los trapos de piso, dos baldes, dos escobas y lampazos. Caminamos ligerito, sin mirarnos tan siquiera, como gurises con los pañales sucios, a guardar todo aquello en el almacén de los presos.

Aquel había sido un reclamo nuestro. No podía ser que nuestras familias tuvieran que poner los artículos de limpieza de los baños del

Cilindro, sobre todo los de la visita, que eran, a su vez, los que usaba la guardia.

Después de escuchar el cornetín, formados ante la bajada del pabellón patrio con la puesta del sol, nos aprontamos para iniciar la fuga.

Tuve la sensación de que el Gordo me estaba probando para ver la firmeza de mi decisión. Fuimos hasta el pie de la ventana donde supuestamente se hallaban los dos barrotes cortados de un solo lado. Me había explicado que el *cerrajero* había sido Manini y que para disimular había puesto dulce de membrillo en la ranura. Lo único que debía hacer era removerlos con la mano.

Todo fue muy rápido. Me subí a una madera de una mesa de caballetes que estaba recostada a la puerta y desde allí intenté remover el primero de los barrotes. No salió. Entonces el Gordo me dijo: «Dejémoslo para mañana. Eso quiere decir que hay que limarlo un poco más».

Aquellas fueron las veinticuatro horas más largas en mucho tiempo. Al día siguiente, jueves tres, el Gordo me comunicó que se sumaba a la fuga Freddy Falkner. Diez minutos después que nosotros saldrían Manini y Freddy.

Tan en las nubes pasé aquel día, que no tengo memoria de nada especial que hubiéramos hecho o que nos haya pasado. Salvo los minutos posteriores al arriado de la bandera. El pelotón de veintidós presos en formación corrida por la derecha, firmes, mirando todos a una al frente, hacia el mástil por donde un policía-militar hacía descender el pabellón patrio mientras otro nos hacía escuchar el eterno cornetín desafinado.

Atravesábamos la cancha hacia los cubículos-celdas cuando se acercó Freddy para decirme: «Vamos a aprontarnos que tenemos visita». Rompió el hielo de la discreción y el silencio en el que habíamos estado con respecto a lo que se nos venía.

Llegamos hasta el fogón a leña que teníamos los presos desde tiempos inmemoriales y nos acodamos en el mostrador como siempre que teníamos cosas importantes para decirnos. Allí, mano a mano, Freddy

planteó dos cosas sorprendentes. Una, ¿cómo se hacía para saltar por el hueco dejado por los dos barrotes? Dos, ¿cómo le avisaba a Pelusa, su novia, que no viniera a la visita del sábado? Sinceramente, me desconcertó. Que alguien como él o yo, en impecable estado físico, no supiera o no pudiera saltar desde una altura de dos metros y medio solo se podía explicar por el estado de ansiedad. Pero igual me puse a razonar lógicamente sobre los movimientos que deberíamos realizar con nuestros ágiles cuerpos y enseguida me di cuenta de que él no escuchaba. Estaba más preocupado por Pelusa. «Y bueno, metete en un boliche y llamala por teléfono. Decile solamente que estás bien y que no te venga a visitar, ella va a entender, supongo», le dije a las apuradas, pues debíamos aprontarnos para aquel viaje sin retorno; al menos eso deseábamos.

Nos pusimos ropa adecuada para la noche invernal que nos esperaba afuera y fuimos a cumplir con el rito de la despedida muda. No recuerdo en qué momento habíamos acordado aquello. Sí recuerdo que cumplí con la ceremonia de ir cubículo por cubículo, allí donde estaban jugando a las cartas unos, otros al ajedrez y otros conversando, para despuntar el vicio de recordar mejores tiempos; permanecí parado unos minutos junto a ellos como en una visita compasiva, tensa y expectante porque, la verdad, lo que veía hacia adelante era una pared blanca y la nada.

Tal vez aquel gesto de despedida se lo habíamos escuchado a los anarcos cuando contaban cómo habían vivido la fuga del «abuso» en Punta Carretas. El Tachuela, Cabrera y los otros ya estaban presos cuando aquella fuga (6/9/71). Los jefes tupas se encargaron de pasar por cada una de las celdas de los que se quedaban en el penal para despedirse formalmente.

Por fin, iniciamos los movimientos. Entramos al almacén, pasamos por encima de la pared hacia el cubículo que usábamos como lavadero y colgadero de ropa; allí estaba la puerta con los dos barrotes limados. Cuando estuvimos debajo de aquellos benditos barrotes, miramos hacia afuera y vimos el cielo despejado, intensamente azul, y me entró una compulsiva necesidad de orinar.

Le dije al Gordo en un susurro lo que me pasaba. «Ahí tenés el baño», dijo, y señaló para la pileta donde lavábamos la ropa. Con mucha precaución, sin hacer ningún ruido que delatara presencia humana, despacito alivié una tensión innecesaria.

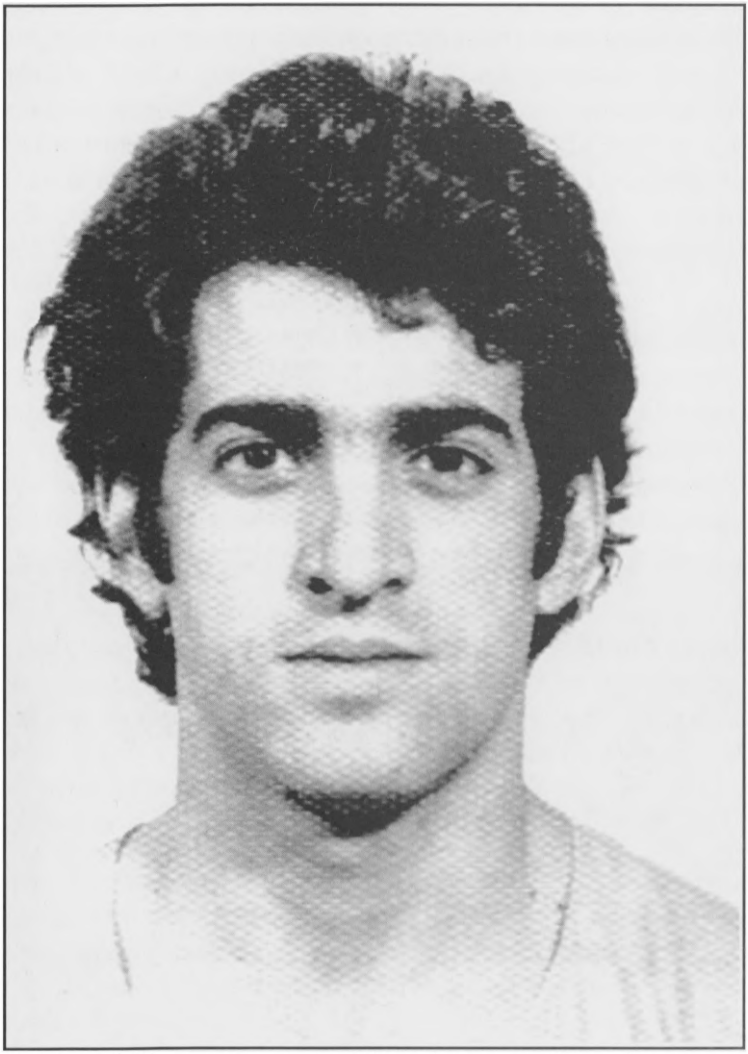
Subí sobre el canto de la tabla de mesa que permanecía apoyada contra la puerta, saqué el primero de los barrotes y luego el segundo. Esa vez resultó.

Miramos hacia afuera en dirección a la torreta de la guardia. Divisé la brasa del pucho que daba vueltas en redondo. Cuando se apagó, fue como la orden de largada. Inmediatamente subió el Gordo, boleó su humanidad hacia afuera con una facilidad asombrosa. Enseguida fui yo. La pierna derecha primero, luego la izquierda, antes de apoyar los codos y comenzar a deslizar el tronco del cuerpo hacia abajo... Pero se trancó la izquierda. Increíble. Solamente explicable por el nerviosismo. Entonces el Gordo desde abajo me destrabó el pie y en el forcejeo golpeé el portón de lata haciendo un ruido que para nosotros resultó estruendoso. De todas maneras, no consideramos que aquello fuera un contratiempo tan serio como para detenernos. A esa altura ya estábamos lanzados.

Salimos caminando parsimoniosamente –de la misma manera que veíamos que lo hacían los vecinos de los alrededores cuando atravesaban por allí en busca de la parada de ómnibus–. Pasamos por frente a la torreta donde estaba el guardia que podía detectarnos; el tipo, nada, estaba en otra. Fue ahí que el Gordo dijo bajito: «Los cagamos». Y yo le contesté con el reflejo canario a flor de piel: «No cantés victoria, no cantés».

Atravesamos la calle que separa el entorno del Cilindro con el del Museo Aeronáutico y penetramos por el caminito de tierra que bordea para salir a la avenida Industria (así se llamaba entonces; ahora es Serrato).

Cuando íbamos pisando tierra y pasto, sumidos en la penumbra de la naturaleza, pensé que nos parecíamos a los presos comunes, de historias tantas veces repetidas, sorprendidos con suma facilidad en un intento de fuga por no contar con refugio seguro.



Miguel Millán a los 19 años. La primera fotografía que se tomó al llegar a Caracas.

Ministerio de Relaciones Exteriores

SALVOCONDUCTO

El Ministerio de Relaciones Exteriores, de conformidad con las estipulaciones de la Convención sobre Asilo Diplomático de Caracas, del año 1954, concede el presente salvoconducto en favor del señor MIGUEL MOLLAN SEQUEIRA, asilado en la Embajada de Colombia, titular de la cédula de identidad uruguaya número 1.851.203, a efectos de que pueda hacer abandono del territorio nacional.

En tal virtud, se hace saber a las autoridades competentes, que deben prestarle el concurso que a su calidad corresponde.

Otorgado en Montevideo, en fecha trece de setiembre de mil novecientos setenta y seis.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Juan Carlos Blanco

23 SET. 1976
SALIDA
2b

PRORROGADO HASTA
DIA 15-11-76

T. S. V. C.
VENEZUELA
DIEX
26 SET. 1976

VER. NOV.

Salvoconducto de Miguel Millán

Esperamos muy pocos minutos a que pasara el primer taxi. Subimos. El Gordo le dijo la dirección. Nos acomodamos. En silencio absoluto, como alumno de escuela acostumbrado a hacer lo que la maestra mande. Ahí fue que el Gordo comenzó a desplegar sus dotes histriónicas. Que si el dólar estaba a tanto en Buenos Aires, que si los negocios venían así, que si las cuentas le daban de tal manera, etc. Y yo lo miraba asombrado sin entender nada. De verdad, me sorprendió aquella transformación, en pocos minutos, de preso político en hombre de los negocios y las finanzas. Cuando bajamos me animé a preguntarle y me explicó: «era para desorientar al taxista».

Bajamos. Juro que no podría decir hoy en qué lugar bajamos. Caminamos algunos pasos y oigo al Gordo: «Ahora viene la parte más difícil». Bueno, pensé, más difícil que la fuga será brava. «Tenés que subir a mi apartamento. Allí está Alba. Decile que salió todo bien y que yo la espero aquí». Se refería a su esposa y a un parquecito con juegos infantiles y algunos árboles, y agregó, señalando hacia enfrente adonde divisé un grupo habitacional: «Ah, decile que en la cartera ponga su título».

Toqué timbre en el apartamento que me había indicado. Salió Alba. Un poco intrigado, pues sabía que no nos habíamos visto nunca, al menos que yo supiera, le pregunté: «¿Sabés quién soy?» «Sí, pasá que apronto al gurí y ya nos vamos», fue la respuesta rápida que recibí. Desde atrás de la puerta salió un niño caminando a lo patito por sus pañales de tela.

Bajamos a encontrarnos con el Gordo y tomamos un nuevo taxi. Anduvimos un rato y volvimos a bajar. Alba nos dejó parados en una esquina y se alejó con su bebé. Se adelantó para no tomar por sorpresa a los dueños de la casa que nos serviría de escondite. A los pocos minutos volvió sola.

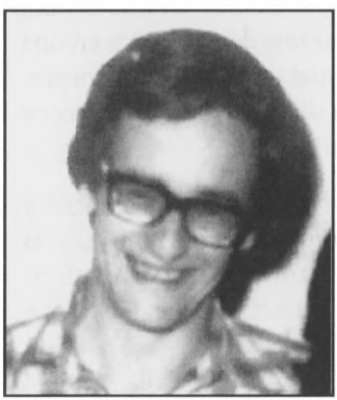
La entrada a la casa de Paco y Claudia fue con muchos abrazos y susurros, pues las paredes tenían oídos. «Esto lo organizamos con la barra de amigos que queda militando», dijeron a modo de explicación. Y que deberíamos pasar allí aquella primera noche, hasta que resolvieran qué hacían con nosotros.

Eran las veinte horas, había pasado un poco menos de una hora desde el salto por la ventana del Cilindro. A las veintiuna y cuarenta y cinco apareció León Lev. Allí y en ese instante, para mí era el jefe de la UJC. Lo que no sabía entonces era que ya había asumido como jefe del PCU, luego de las sucesivas caídas de las direcciones desde octubre de 1975.

León nos comunicó solemnemente, como siempre comunicaba (¿»aba»?), que los alrededores del Cilindro estaban tomados por las fuerzas de seguridad del régimen, que estaban deteniendo a todos los vehículos para revisarlos y que comenzarían operaciones rastrillo. A pesar de todo ello, él nos traía un saludo de la «dirección clandestina». Habló aparte con Paco sobre nuestro destino inmediato: al día siguiente debíamos buscar asilo.

El viernes cuatro, luego del mediodía, tuvimos la salida en falso, dejando demostrado que aquel pequeño destacamento no tenía ni idea sobre cómo se conseguía un asilo político. Había hecho carne la resolución de la dirección de que «el Partido no se asila», tomada con el fin de que no se fueran todos los militantes al exterior.

Después del adiestramiento acelerado sobre «derecho de asilo» que nos diera la agregada cultural sueca en su casa de Carrasco, respecto a que ciertas normas de extraterritorialidad solo rigen entre países latinoamericanos, León tomó la decisión de que debíamos permanecer a buen resguardo hasta que se pudiera asegurar nuestro ingreso a una embajada latinoamericana.



Francisco Paco *Laurenzo a los 24 años*

Quedé prácticamente solo, en la casa de Paco y Claudia, el resto de la semana que se demoró nuestro ingreso a la Embajada venezolana. Ellos solo permanecían durante las horas nocturnas, a la mañana temprano partían a realizar sus tareas y volvían al caer la noche. Por lo tanto pasé la mayor parte del tiempo en absoluta soledad y, además, sin poder hacer ningún ruido, pues los vecinos pared

por medio no debían detectar que la casa estaba habitada por una tercera persona.



Claudia Coronel en la actualidad

En ese aislamiento terminé de leer *Cien años de soledad* y, en la segunda visita que hizo León, recibí el «informe del Partido». Fue como ver una película en la que yo participaba, pero contada por otros y acomodada de acuerdo a los intereses supremos del bien común. Allí se incluía una resolución que reafirmaba el principal motivo perseguido por la fuga, que era «preservar la organización». Esa resolución pesó sobre mi conciencia unos diez años, continúa intacta en la memoria y de ella no logro desprenderme: «Se lo debes comunicar así a Grille», remató y al poco rato se fue.

Estuvimos a punto de asilarnos en México. El embajador Vicente Muñiz Arroyo se la seguía jugando por la libertad de todos nosotros. Iba a resultar muy complicado, pero la manejamos como otra posibilidad por si fallaba la de Venezuela.

El jueves diez de junio salimos para realizar el asilo. Primero salí con Paco y nos contactamos con Fernando Britos al volante. Fuimos hasta un descampado donde esperamos arriba del auto que Paco fuera por el Gordo, Alba y uno de los hijos. Como la espera se hacía eterna, Fernando me ofreció bajar a estirar las piernas. Allí, entre las cosas intrascendentes que nos dijimos, hubo algo que tomé muy en serio: «Cuando termine la dictadura y nos volvamos a encontrar, tenemos que comernos un asado». En aquellos lejanos años, yo no sabía que era una fórmula muy uruguaya para prometer algo que no necesariamente se debía cumplir. Aquel pequeño destacamento se desparramaría varias veces arrastrado por los vientos de las historias –colectivas y personales– y aquel reencuentro idílico se demoraría todavía un poco más.

Menos el embajador y los funcionarios uruguayos, todos los diplomáticos venezolanos estaban al tanto de nuestra llegada. Cuando nos presentamos ante la recepcionista, en estricto horario de oficina, la muchacha entró en estado de pánico: «¿Pedido de asilo político?»

El señor embajador Julio Ramos se negó rotundamente. Habíamos ido preparados para la eventualidad. Iniciamos el pedido de hecho, ya que de derecho no era posible. «Aquí nos quedaremos. Y si usted avisa a la policía, nuestros compañeros allí afuera ya están listos para comunicarse con las agencias de noticias internacionales».

Con guiñadas de complicidad, los demás diplomáticos –el secretario Carlos Baptista en particular, pero no solo él– nos invitaron a esperar en una oficina en la segunda planta de la residencia de Bulevar Artigas y Guaná.

«Esperen a que se vaya a su casa, que después nosotros vamos a hablar con él y lo convenceremos». Así estuvimos cerca de dos horas o más, hasta que volvieron los emisarios de buenas noticias para nosotros: «Se pueden quedar». Le habían dorado la píldora haciéndole creer que habíamos elegido su embajada porque conocíamos de los padecimientos de don Julio Ramos bajo la dictadura de Vicente Gómez, ¡en el año 1929!

A los cinco días de estar allí, ingresó Enrique Baroni. Nos hicieron «espiarlo» por el ojo de una cerradura para asegurarse de que fuera nuestro compañero de fuga y no un impostor.

En esa residencia permanecimos hasta el 25 de setiembre, tres meses y quince días para ser más exacto. Terminamos saliendo después de muchas negociaciones diplomáticas, de varias negativas de parte de las autoridades uruguayas y con salvoconductos expedidos por el Ministerio de Relaciones Exteriores con la firma del ministro de entonces, el abogado Juan Carlos Blanco.

El 28 de junio, el mismo mes de la fuga y de nuestro asilo, estábamos sentados tomando mate los cuatro asilados mayores –los hijos de Grille y Alba corrían y jugaban alrededor hasta donde se les permitía– en una pequeña habitación convertida en comedor, lo más parecida a un camarote, cuando comenzamos a oír unos gritos destem-

plados. La verdad, el único que desconfió de que aquellos fueran otra vez los gritos histéricos de la cónsul fue Enrique. Se precipitó hacia arriba por una escalera interior que daba a una pequeña ventana desde la cual se veía el frente de la embajada.

Inmediatamente quien comenzó a dar gritos fue Enrique. Que subiéramos para ver lo que estaba pasando. Ocurría el secuestro de quien sabríamos en pocas horas era la maestra Elena Quinteros.

Cuando terminó el forcejeo y por fin arrancó el VW con ella secuestrada, los venezolanos que «habían dado la pelea por la asilada» entraron hasta el fondo de la residencia, al lugar que nos habían asignado para que no nos vieran desde el exterior.

Baptista repetía una y otra vez: «¡Qué vaina, chico!»

Había sido un operativo relámpago de un grupo de civiles. El único uniformado era el policía de custodia de la embajada parado a la entrada. Después, en las múltiples horas de mate y truco que pasábamos con el mismo policía –no lo cambiaron nunca en los tres meses–, nos contó que aquel día, al tomar la guardia a las seis de la mañana, el señor comisario le había advertido que debía permanecer en su puesto porque habría un operativo de inteligencia.

Además, junto con aquel policía estaba casualmente el ujier uruguayo de la embajada, quien fue el primero en forcejear por la asilada con los tiras. A este, luego que hiciera una descripción con lujo de detalles, le aconsejaron todos que se escondiera por un tiempo largo, lejos de allí, pues si lo reconocían seguramente sería boleta.

Con ambos testimonios tuvimos la confirmación, o el relevo de pruebas, de que aquellos civiles eran tiras y no «guerrilleros ajustando cuentas», como echaron a correr los servicios en esos días.

Lo sucesos en la embajada desde el jueves 28 de junio hasta el lunes siguiente fueron una vorágine, los asilados vivimos una película desde el lado de atrás del camarógrafo. Los diplomáticos más cercanos informaban cada detalle. Y nosotros husmeábamos todo lo que podíamos, leíamos los cables y las comunicaciones a escondidas. Vimos desfilar toda la escala de grados policiales y militares, cada uno cumpliendo una función bien definida, dándole largas a una respues-

ta satisfactoria a Venezuela. ¿Se daban cuenta de la gravedad de invadir un territorio extranjero, como lo constituía el predio de la embajada, desde donde habían secuestrado a una mujer que daba gritos de «¡Por favor, asilo; embajador, asilo!?»

A primeras horas de la tarde de aquel día se recibió una llamada en la embajada de alguien que decía ser «el esposo de la persona que fue secuestrada hoy de mañana a pedir asilo allí». Y les pasó la dirección de la casa de los padres de Elena Quinteros para que verificaran sus dichos.

Al día siguiente el embajador don Julio Ramos (quien había recibido la directiva del Gobierno venezolano encabezado por Carlos Andrés Pérez de que «si no devuelven la asilada, rompemos relaciones. Comuníqueles esa decisión a las autoridades uruguayas») envió a su chofer en el auto a buscar a los «padres de la asilada». Los trajeron a la embajada, junto con una foto de Elena, la cual tuvimos oportunidad de observar. Aunque la de la foto era una mujer de pelo negro, y la secuestrada tenía el pelo rubio, pudieron corroborar que se trataba de la misma persona.

El complejo de culpa de las autoridades cívico-militares del Gobierno uruguayo las hacía autoinculparse ante cada paso que daban. Llegaron a informar, ¡por escrito!, que en «toda la Jefatura de Policía de Montevideo no había ningún funcionario que se apodara Cacho». Y eso fue porque Enrique y Grille les dijeron a los venezolanos –y ellos lo tomaron como información propia– que habían reconocido al tira Cacho Broncini del Departamento 5 de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia de la Policía.

A raíz del traslado de los padres de la *asilada* Elena hasta la embajada, a su salida de allí fueron tomados prisioneros e interrogados por Inteligencia. Fue el pretexto que necesitaban para declarar que el embajador venezolano se había «inmiscuido en los asuntos internos del Uruguay» y por lo tanto fuera declarado «persona no grata» y expulsado del país.

Inmediatamente Venezuela decidió «suspender las relaciones» con Uruguay y retirar su embajada de Montevideo. Tal vez pudieron sacarnos a los asilados en ese momento como «parte de los negocios de

Venezuela en Uruguay». Pero el embajador Ramos no actuó así. Permanecimos en la misma residencia, aunque la Embajada de Colombia pasó a hacerse cargo de los negocios venezolanos.

El primer fin de semana, luego del retiro de la Embajada venezolana –escudo incluido–, quedamos librados a nuestra sola suerte. No sé si fue por el susto, pero desde los ventanales oscuros de la residencia pasamos la madrugada sin dormir mirando cómo desfilaban, cual calesita macabra, los móviles de las Fuerzas Conjuntas. «¿Qué van a hacer ustedes si ellos deciden entrar?», fue la pregunta con la que se despidió el Gordo antes de irse a dormir aquella noche.

De a poco fuimos ganando en confianza a medida que pasaban los días. Comenzamos a salir al patio del fondo de la residencia, nos sentábamos a tomar mate en el alto muro encima de la cochera con entrada por la calle Guaná. El vecindario se enteró de nuestra presencia, se corrió la noticia de quiénes éramos. Comenzaron a pasar disimuladamente compañeros y conocidos mirando subrepticiamente hacia donde les hacíamos guiñadas.

A tanto llegó la confianza, que nos pasaron por arriba del muro los periódicos clandestinos del PCU y de la UJC (la *Carta* y *Liberarce*) y pudimos hablar y solicitar pequeños mandados al bolichero del barrio. «Julio», se llamaba y continúa llamándose en mi memoria.

Aquellos tres meses y medio dentro de cuatro paredes, sin posibilidades de hacer fútbol, nos limitó a escuchar radio, a leer mucho, pues contábamos con la biblioteca de la embajada, y a tomar mucho mate.

Las visitas fueron escasas, porque así lo habían dispuesto nuestros anfitriones «por razones de seguridad para todos». Faltando dos días para volar a Caracas tuvimos todas las visitas de despedida. Mis padres y hermanas llegaron desde el litoral mercedario.

Todos compusimos la mejor cara con tal de no hacer más dramática la situación. Al despedirnos, mi padre se dio vuelta y les recomendó a mis compañeros mayores: «¡Cuídenme al nene!». Lo que no sabíamos todavía era que aquella despedida sería por nueve años, en los tiempos en que no había Internet y la correspondencia parecía que se trasladaba en chasques o en barcos a vela.

Algunos de los que se quedaron

«¡QUÉ LÁSTIMA!... SE NOS PUDRIÓ TODO»

Juan Errandonea siempre fue estudioso, así lo recuerdo desde enero del año 1973. Él, sin embargo, no me tiene en su memoria como compañerito de mesa en la escuela vespertina de la Unión de la Juventud Comunista en el local de la calle Constituyente y Yaro. Fue mi «mecenas» involuntario. Debo repetir una vez más: a esa altura yo tenía quince años, cuarto de liceo y una voracidad por jugar todo tipo de deportes, antes que estar cuatro horas de mañana, cuatro de tarde y dos de noche sentado escuchando conferencistas.

Muchos tendrán en sus conciencias aquellas escuelas, al decir de José Pedro Barrán en la Historia de la sensibilidad en el Uruguay, *como el «disciplinamiento» de nuestros impulsos rebeldes, a veces anárquicos, con sentimientos de inconformidad por un mundo que nos venía incómodo con tantas reglas, represiones, castraciones varias.*

Allí nos pusieron unas pruebas para conocer cuánto habíamos aprendido al cabo del mes. Me fue muy útil compartir mesa con Juan [sus amigos de entonces lo llamaban con el alias de «Muñeco»], pues con mi ojo largo y entrenado logré sustraerle muchas de sus respuestas, siempre más completas que las mías.

Volvimos a encontrarnos en el Cilindro, convertido en cárcel, cuando él llegó en marzo del año 1976 con el caso Dirección de la UJC, junto al Gordo Grille, Manini Baroni, Manija Alsina, Mico Roballo, Freddy Falkner, etc. Allí sí nos hicimos compañeros de aquel infortunio, parte de la oleada represiva contra los comunistas uruguayos, conocida luego como Operación Morgan y que para nosotros en aquellos momentos y en tiempo real estaba simbolizado por el 300 Carlos o el Infierno Grande, el Cuartel XIII.

La cédula de identidad de Juan me sirvió para salir de la cárcel aquel tres de junio de 1976. Esto no lo supo hasta después que nuestro país recuperó la democracia y el estado de derecho en el año 1985, cuando nos volvimos a encontrar en la «épica militante» posdictadura.

Juan se recibió de doctor en Derecho, y entre tantas de sus consecuencias y perseverancias está la de ser el patrocinante de la familia de Nibia Sabalsagaray, la militante de la UJC muerta en la tortura el 29 de junio de 1974.

Concertamos la entrevista con pocos días de anticipación. Le solicité que contara cómo había vivido nuestra fuga desde una posición de testigo privilegiado. Él fue uno de los dicciocho compañeros que quedaron dentro del Cilindro. Muy comedida e inmediatamente me citó en su estudio de «doctor en Derecho» y largó su historia casi sin ninguna interrupción.

Yo caí el 18 de febrero del año 1976, estuve en Información e Inteligencia, allí en Maldonado y Paraguay, en el Departamento 5, hasta mediados de marzo. En esa fecha nos llevaron a un grupo grande al Cilindro.

Por el 20 de mayo, no recuerdo bien el día, nos procesaron. Al Gordo Grille, al Canario Alsina, a Álvaro Faedo. A mí y a Álvaro nos tipificaron el mismo delito, «asistencia a la asociación subversiva», que en ese momento era de 2 a 8 años, después el mínimo pasó a ser de 24 meses, y ese cambio habilitaba la libertad provisional, entonces el 28 de abril del año 1977 salimos en libertad con Álvaro Faedo; salimos la misma noche desde la Cárcel Central.

Nosotros no llegamos a ir al penal. El periplo nuestro fue así: ustedes se fugaron el 3 de junio, el 4 nos trasladaron a Cárcel Central, estuvimos incomunicados unas 24 horas dentro de la celda, y podíamos salir solamente para ir al baño. Y después ya quedamos allí.

Empezaron los traslados al penal en setiembre del 76. En el sexto piso de la Cárcel Central éramos unos treinta y cinco presos en cuarenta metros cuadrados. Eran diez calabozos. Nosotros estábamos en un ala, y en la otra, que era el sexto especial, estaban Seregni y todos los militares. A principios del año 77 fue el segundo traslado. Y cuando ya era inminente el traslado nuestro, nos dieron la libertad provisional.

Como contrapartida de eso estuve seis años [se ríe] presentándome en Inteligencia a firmar. Durante dos años estuve yendo a firmar una vez por semana, durante los siguientes dos años, una vez cada

quince días y los últimos dos años, una vez al mes. Ahí me cerraron la causa. No podía salir del país. Pero no me hicieron problemas para que siguiera estudiando en facultad, me recibí en el año 83.

El Gordo Grille me invitó a fugarnos. Supongo, trato de recordar ahora la fecha exacta, debe haber sido después que nos procesaron, porque ya sabía el delito que me habían tipificado. Entonces el Gordo me comentó: «Vos, Juan, ¿no estás para irte de acá?» Y yo le dije, «Mirá, tengo solo 'asistencia a la asociación', si me voy del país no sé por cuánto tiempo no voy a poder regresar». Claro, el Gordo tenía la pena máxima.

El primer traslado de la Cárcel Central al penal de Libertad, en setiembre de 1976, fue una sanción, porque el 23, el día de la muerte de Artigas, se nos ocurrió cantar el himno. Se armó un quincho espectacular en el sexto piso. Como primera sanción nos bajaron a todos y nos raparon. Y al día siguiente, se ve que también ya lo tenían coordinado, trasladaron a cinco o seis. Ahí se llevaron a Gastón Grisoni, Diego Damián y otra gente que no recuerdo bien.

Después vino el segundo traslado, a principios del 77. Además nosotros, en medio de la ignorancia del momento, estábamos desesperados para que nos trasladaran al penal porque el encierro en Cárcel Central era insalubre

Después de haber estado en el Cilindro [se ríe mucho]... que era como estar con la puerta abierta, vos veías la ciudad... en Cárcel Central estábamos permanentemente en celdas, salíamos una vez a la semana a tomar sol, techo apretado de claraboya, no se veía para afuera por ningún lado. El patio al que salíamos una vez a la semana era encerrado también, rodeado por los siete pisos de Jefatura, no se veía el sol. Después de estar diez meses allí...te decían de trasladarte al penal... era ir al aire libre, jugar al fútbol.

Fue por ahí, por marzo, que los defensores nuestros pidieron la libertad provisional. Y una cosa anecdótica, el 20 de abril nos dieron la libertad con Álvaro y nos hicieron toda una payasada: salimos del sexto piso con los bolsos, caminando; cuando estábamos llegando a la puerta de Jefatura –ya veíamos la vereda, y los autos y la gente–, dos tiras nos muestran la identificación y nos detienen por las Medi-

das Prontas de Seguridad. Ahí nos llevan al cuarto piso de Jefatura, que era adonde tenían a los que ya estaban para salir. Allí estuvimos ocho días más. Las cosas de los milicos, bien retorcidos, cómo te pueden complicar la vida.

Para recibirte de abogado no te pedían el certificado de buena conducta. Sin embargo sí te lo pedían para ser procurador. Después, con la democracia, saqué el título de procurador.

El día de la fuga... [dice y se queda pensando un ratito]. Después de la conversación con el Gordo, pudo haber sido unos diez días antes, yo me quedé con eso de que iba a haber una fuga. Pero tampoco nunca más pregunté nada, por aquello de que cuánto menos supiera mejor [se ríe]. Traté de no estar pendiente y no noté nada especial. O sea, en el momento no supe nada.

Me acuerdo de cuando estábamos formados y pasan lista; faltaban ustedes cuatro y ahí sí me dije: «Bueno, está, fue ahora, entonces». La pasada de la lista fue como a las nueve de la noche, ustedes se escaparon a las siete, ¿no?, tuvieron ese margen. Pero la verdad, cuando llegamos a la mitad de la cancha para el pase de lista yo no había notado la ausencia de ustedes. Porque ¿viste?, como ahí era un lugar bastante amplio, de repente podías estar dos o tres horas sin ver a alguien que no sabías si el loco estaba leyendo o qué estaba haciendo.

Cuando pasan la lista me acuerdo del comentario de uno de los milicos, «¡Qué lástima!», dijo. Eso me quedó grabado. Sería el sargento de guardia el que dijo eso, como diciendo: «Bueno, se nos pudrió todo».

Y bueno, ahí nos dejan de plantón. Parados, caminando alrededor de nuestros bultos en el medio de la cancha; pero no podíamos sentarnos. Eso fue a las nueve de la noche. A las diez empezamos a ver los focos de las luces de los autos que empezaban a llegar. Ahí nos empiezan a llamar de a uno para interrogarnos, qué sabíamos de la fuga. Por lo que yo me acuerdo, el interrogatorio era bastante breve, como un primer filtro.

El que me interrogó a mí era uno de Inteligencia, un gordito grandote de pelo con cerquillo, al estilo de los Tres Chiflados [se ríe], esa

es la imagen que tengo yo. El tipo me pregunta: «¿Y usted por qué no se fugó?», y yo: «Porque no sabía». Me pareció como que la respuesta le cuadró, si hubiera sabido me hubiera ido, fue mi razonamiento para el milico. Y alguna pregunta más y nada más. Había un ambiente espeso pero, que yo me acuerde, no hubo golpes.

A mí ni un tortazo me dieron. Era espeso cómo te llevaban, cómo te interrogaban. La presión que sentíamos, sobre todo porque pensábamos, «bueno, de aquí nos llevan para un cuartel para saber qué era lo que sabíamos de la fuga». Ninguno de nosotros pensaba que el interrogatorio fuera solamente ese. Nos daba la sensación de que ese era como un primer filtro para ver qué pasaba y después nos empezarían a llevar al cuartel.

Cuando volvíamos de ese interrogatorio nos mantenían parados y sin poder conversar con nadie. Parados y caminando alrededor de tus cosas (sobre de dormir, colchón, lo que fuera), podíamos hablar alguna cosa suelta con otro pero no entablar una conversación. Teníamos que estar en movimiento permanente. La guardia estaba allí rodeándonos a todos. De lo que me acuerdo es de la incertidumbre, porque en ese momento no sabíamos qué era lo que iba a pasar, cuál iba a ser la represalia.

Fue pasando la madrugada, toda la mañana siguiente, la tarde. No me acuerdo que en todas esas horas, días, nos hayan obstaculizado tomar agua o comer algo, tengo idea de que no. A la tarde siguiente a la fuga nos dicen que cada uno agarrara sus cosas, que íbamos a ser trasladados. Ahí, la verdad, pensamos que nos llevaban a cuarteles o de vuelta a Inteligencia. De noche nos metieron en las camionetas y nos depositaron en Cárcel Central. Para la película que nos habíamos hecho, aquello era un hotel. Nos encerraron en las celdas, tres por celda, las típicas de dos sesenta por uno cuarenta. A mí me tocó con Mico Roballo y Manfredi. Ahí sí hablamos, pero no teníamos demasiada información.

Después, cuando recibimos visitas comenzamos a tener noticias de que se habían asilado en la Embajada de Venezuela. De lo primero que nos enteramos fue del quincho que se armó con el asilo de Freddy Falkner. También nos enteramos de que todos los familiares fueron a la visita del sábado en el Cilindro (porque la fuga fue un jueves). Mi

hermano fue de visita ese día y se encontró con el padre del Gordo Grille, que debe haber ido haciéndose el idiota para decir, «¿Cómo?», «¿se escapó?». Después, cuando tuve visita con mi hermano en Cárcel Central, me contó que fue ahí que ellos se enteraron de la fuga, se encontraron con un ambiente lleno de milicos. No me acuerdo si ya tuvimos visitas en Cárcel Central ese mismo domingo –que era el único día en que estaban autorizadas–, y ahí nos intercambiábamos información, y suponíamos que ustedes se iban a meter en una embajada.

La siguiente información que tuvimos de ustedes fue cuando lo de Elena Quinteros. Uno de los que participó en el secuestro fue el Cacho Broncini, que conocíamos de Inteligencia. Enseguida se supo que el Gordo Grille lo había identificado. Que el Cacho Broncini había sido uno de los que se había metido adentro de la Embajada de Venezuela para sacar a Elena Quinteros. Ahí reafirmamos que ustedes estaban allí asilados. Después nos enteramos cuando se fueron, en una caravana de autos y con salvoconductos.

De la cédula mía me enteré que ya no la tenía cuando nos dicen que nos trasladan y que fuéramos a buscar todas las cosas...me acuerdo dónde la tenía; tanteo, vi que no estaba y me dije: «Ya está, alguno se la llevó, porque de ahí no iba a desaparecer». Me acuerdo que cuando nos dejaron entrar a los vestuarios para sacar las cosas fue con los milicos presentes, teníamos dos minutos para entrar, agarrar todas las cosas, pumpum, guardar...

Y el interrogatorio, que fue uno solo, lo hicieron en la oficinita que tenían los jefes en el Cilindro. La sensación que tuve fue que había capos-capos y no eran los que se mostraban presentes allí en el interrogatorio. Porque la cantidad de focos de luz que vimos era como para que hubiera diez vehículos por lo menos. En cambio lo que yo tengo presente en el interrogatorio es haber visto al gordo este con cerquillo y a un par de milicos más, no tengo noción de tener un auditorio de tipos interrogándome. La sensación, o que alguno de nosotros vio, es que andaban allí capos-capos del Ejército, por el nerviosismo y el movimiento que había.

Claro, después recibimos el «informe del Partido», donde se explicaban las razones profundas que había tenido la fuga. Había sido «una forma de proteger a la organización de la posibilidad de nuevas caídas, de nuevas redadas».

UN LLAMADO DE JOAN MANUEL SERRAT A "LOS HOMBRES QUE CREEN EN EL HOMBRE"

Lima, 25 de marzo de 1976

"Hago un llamado a los hombres que creen en el hombre. El Pueblo uruguayo vive hoy la dura tragedia del fascismo, la misma que ensombrece Chile y Bolivia. La misma que quiere imponerse en Argentina.
Está en peligro la vida de patriotas que con su ejemplo muestran al mundo el valor de la dignidad humana.
Se calcula en unos 8000 los uruguayos encarcelados en un país de 3 millones de habitantes y sólo 184.000 kms.2.Ocho mil hombres y mujeres cuyas vidas corren día a día mayores riesgos cuando no se han perdido ya.
Hago un llamado a los hombres que creen en el hombre, para que desde sus puestos de trabajo, desde sus pequeñas o grandes plataformas, alcen su voz contra este río de sangre que inunda Uruguay y ensombrece a nuestra América.
La tierra de Artigas, ejemplo libertario, pequeño y hermoso país oriental, refugio de perseguidos durante años, es hoy un país golpeado y perseguido como pocos. No podemos dejar solo al hermano que tuvo siempre los brazos abiertos para un hermano.
Esto no pretende ser una arenga ni una súplica, es una amarga realidad.
La gran Patria que todos queremos sólo será posible, salvando las pequeñas patrias y defendiendo la vida de sus combatientes, porque son nuestras vidas, nuestra patria y nuestro futuro. ! POR UNA AMERICA LATINA LIBRE !"

JOAN MANUEL SERRAT

ALGUNAS NOTICIAS INTERNACIONALES

BORDABERRY EN BOLIVIA. La verdad que no le fué nada bien por las alturas. Fué recibido con el repudio de los 36.000 mineros que, en Congreso, lo declararon PERSONA NO GRATA. A su vez la declaración conjunta firmada c/Banzer, no tiene las definiciones anticomunistas a que aspiraba y, para colmo, tuvo que soportar en su Conferencia de Prensa la directa pregunta de un corresponsal de Cochabamba acerca de si su régimen era una dictadura fascista.
LA CAMARA DE DIPUTADOS DE LOS EEUU, reunida el 6-5-76 en el Capitolio de Washington, rechazó por AMPLIA MAYORIA la ayuda militar por US$ 3 millones para las FFAA del Uruguay, bajo la imputación de que estas practican el terrorismo.

Página 2 de la Carta de junio. *Contiene el llamado internacional de Juan Manuel Serrat a "los hombres que creen en el hombre" (del 25 de marzo de 1976) pidiendo por las libertades en Uruguay.*

HE AQUI AL FASCISMO

"Decenas de presos han sido llevados al Hospital Militar con fracturas y lesiones. Se ha llegado a tal nivel de sadismo que los médicos militares supervisan las torturas".

Se ha constatado una epidemia de hepatitis en las presas del Km. 14

Se han expropiado casas particulares para torturar a los presos. Una de ellas queda en la Rbla. O'Higgins 5515 y los vecinos pueden testimoniar, a pesar de la música a todo volumen, de los gritos desgarradores de los torturados.

"He visto saquear las casas como salvajes, y romper lo que queda, pelearse p/un televisor o un gamulán. Y esto con el pretexto de sacarle a los comunistas las "bases de sustentación."

El 5 de abril un camión militar retiró del ex-seminario "Marcha" toda su colección de ejemplares publicados, archivos y obras de consulta, para ... ser incinerados !

Clausuran "El Galpón"

Luego de haberlo hostigado permanentemente, para ahogarlo financieramente, detenido a sus directivos torturandolos para tratar de arrancar "confesiones" que le permitieran montar una provocacio

No pudieron quebrar el espíritu de los artistas fieles al Teatro al que "le duele el Uruguay". Entonces se sacan la careta. Lo cierran lisa y llanamente, por obras exhibidas ... HACE 3 AÑOS !

GRAVES PELIGROS PARA LA SOBERANIA NACIONAL

Bajo el imperio de la dictadura están sucediendo hechos gravísimos para la soberanía nacional que, de confirmarse, serían DELITOS DE LESA NACION

¿ Es cierto que en el mes de julio de 1975 el gobierno vendió secretamente oro por U$S 66 millones ?

¿ Es cierto que el Pentágono pretende instalar en Santa Bernardina (Durazno) una base militar por la que habrían ofrecido una alta suma de dólares ?

"La democracia es el mejor caldo de cultivo de los comunistas"
Pinochet-Bordaberry

"La democracia del mundo occidental de hoy es la precursora del Marxismo"
Hitler

2-X-3-49

Como se aprecia, la dictadura cometía toda clase de atropellos. Página 3 de la Carta de junio de 1976.

LOS HERMANOS ALSINA

A Gonzalo lo conocí en la escuela de la UJC *en enero de 1973. En esos días habíamos encabezado la marcha de los jóvenes comunistas, con antorchas, hasta Agraciada y Juan Carlos Gómez, en la noche de la reinauguración del Seccional 20 del* PCU*, luego de la masacre de abril de 1972.*

Nos seguimos viendo en las reuniones clandestinas de los secretarios políticos de la UJC *del interior. Caímos presos de manera simultánea en abril de 1975, él en Paysandú, yo en Mercedes. Nunca más nos volvimos a ver hasta el retorno de la democracia. Pasamos muchos años sin vernos, cada uno por los caminos de la sobrevivencia, sin tener noticia del otro y, «casualmente», los dos trabajamos de docentes de enseñanza secundaria y mantenemos la preocupación por la «memoria histórica».*

Sin embargo, a Gustavo lo conocí en el Cilindro, cuando él llegó junto a los demás del caso Dirección de la UJC*. Él había caído siendo el secretario de organización de Montevideo. Lo habían torturado junto a Manini en un centro clandestino de la* OCOA*, llamado con el nombre en clave Lima Zulú. De ahí surgió la anécdota, corroborada por ambos, de la vez que les estaban dando una* máquina *soberana y por una radio a todo volumen se oía un partido donde jugaba el cuadro de los desvelos de Gustavo, alias el* Manija*. «¡Paren, paren!». Y los milicos pararon la picana, el submarino, los golpes. «¿Qué querés?, ¿qué vas a decir?». «¿De quién fue el gol?». Jugaba Nacional y el Manija no se quería perder ningún detalle.*

Un día se derrumbó el techo del Cilindro y a Gonzalo se le ocurrió que su hermano Gustavo debía recordar los días de la fuga. Nos reunimos en su casa los tres. Los dos hermanos y yo. Hablamos de lo divino y de lo humano, nos «relinchamos» (como dicen mis paisanos) un buen rato y luego pasamos al motivo del encuentro.

Se fugaron cuatro compañeros: Miguel Millán (secretario de la UJC de Soriano), Enrique Baroni, alias *Manini* (secretario de organización de la UJC), Alberto Grille, también dirigente del secretariado de la Juventud Comunista; y un estudiante de medicina del círculo de la

UJC, de nombre Federico Falkner, que vive en México [comienza recordando Gustavo, el *Manija*].

Recuerdo con nitidez el día de la fuga, era invierno, uno asocia después de la fuga... El día de la fuga de tardecita después de la merienda, a las 18 h, cada uno arrancó a los cuartos, donde hoy están los baños. Entro a recorrer y veía que había algo raro en el aire, como que cada uno estuviese buscando una coartada. Voy a un lugar donde estaba el Mico Roballo jugando al ajedrez y en el fogón había unos compañeros sentados en un banco, conversando, que miraban hacia donde estaba una *chanchita* con unos milicos adentro, que custodiaban por afuera el Cilindro, hacia el lado de las viviendas. En ese momento no me pareció nada extraño.

Gonzalo lo induce con una pregunta clave: «¿No llovía?». Y Gustavo introduce la manzana de la discordia en las memorias de los que estuvimos involucrados:

Sí, en ese momento que se da la fuga empezó a llover; hacía mucho frío y eso hacía que los milicos estuvieran dentro de la camioneta, tratando de guarecerse de la lluvia y el frío. Porque la fuga se va a dar por detrás de la zona del colgadero de la ropa. Yo empiezo a olfatear algo raro e inmediatamente me contacta Enrique Baroni y me pide una campera de cuero y se la doy y me deja la suya; y ahí me doy cuenta de que se va a escapar.

Ahora Gustavo entra de lleno en sus recuerdos del día 3 de junio de 1976.

A eso de 20:30 a 21:00 horas pasan la lista antes de ir a dormir. Se hace una formación en medio de la cancha y el sargento empieza a pasar lista nombrando a los presos por orden alfabético. Cuando llega a Baroni, nadie dice presente, no contesta nadie; y así cada tanto falta otro. Cuando termina dice: «Acá faltan cuatro reclusos». Un compañero dice que deben estar en los cuartos jugando ajedrez. El sargento manda a un milico a verificar si están. «No están, mi sargento». «Busquen en los baños», ordena. Recorren los baños y «No están, mi sargento». Y entonces dice el sargento: «Parece que se han escapado cuatro de ustedes».

¿Se corría riesgo?, le pregunta Gonzalo y continúa el Manija:

Claro, te podían limpiar por la noche, durante la fuga. Yo tenía una sierrita que me había traído mi madre para cortar huesos para hacer manualidades. Esa sierrita me había desaparecido unos días antes, después ya asocié. Con esa sierrita, el trabajo de obrero lo hizo Baroni, que había sido obrero de las curtiembres, fue el que limó los barrotes para poder escaparse.

Se escaparon por una ventanita chiquita donde pasaba un cuerpo si se cortaban los barrotes. Había que cortar los barrotes varios días antes, por eso me había faltado la sierrita. Arriba del techo de la cocina, de noche, se pasaba Baroni para el lado donde estaba el tendedero de ropa; por ahí se iban a escapar, y fue cortando de a poquito los barrotes, que eran varillas de 8, la ventana ya no tenía vidrio. Era un lugar que estaba entre el destacamento de la Metro, que estaba a mano derecha del tendedero, y la camioneta de los milicos que cuidaban frente al fogón, del lado externo; por el medio de esos dos lugares, estaba el camino que conducía a la libertad.

Eligieron ese día porque estaba feo y hacía frío. El primero en pasar fue el gordo Grille, le costó pasar, pero pasó no más. Era más flaco, pero siempre fue grande. Más allá de que tenían algunas cosas coordinadas, cada uno armó su retirada, que fue armada antes. Algunos fueron a la Embajada venezolana, y fueron testigos del secuestro de Elena Quinteros.

** Entre los dos pasamos revista a los compañeros que estuvieron presos en el Cilindro en esos primeros seis meses de 1976. Incluso hacemos la lista de los veintidós que permanecíamos allí aquel 3 de junio. Gustavo discurre por su memoria:*

Me acuerdo que había varios dirigentes sindicales. Como Elbio Quinteros, el jefe de la CNT en la clandestinidad, el mismo del que habla Pacella*. Estaba preso por dirigente municipal, luego lo soltaron y lo volvieron a agarrar en 1982. Estuvo Ruben Yáñez. Moisés Lasca, el músico de Camerata, que una vez lo veo leyendo en la cama, con un libro en la mano izquierda y torciendo la cabeza hacia la izquierda para leer. Y ahí me extrañó y le pregunto a Aníbal Toledo y él me dice:

---

* *José Pacella, dirigente de la UJC y el PCU, fue quien tomó bajo su responsabilidad la dirección del PCU a partir de marzo de 1979, cuando cayó preso León Lev, hasta que lo detuvieron a él también en el año 1981. Murió recientemente, el 14 de junio de 2012.*

«no te olvides que toca el violín, mirando de costado, en vez de la partitura, el libro». El Cilindro estuvo lleno de dirigentes sindicales y gente de la cultura y muchos compañeros del MLN, esperando que los expulsaran del país.

Gustavo tenía entonces 28 años, era un hincha rabioso de Nacional y pretendía escribir poesía como César Vallejo, nada menos, y repetía que los domingos son aburridos en cualquier circunstancia, tal vez para consolarse por el encierro aquel rodeado de hombres solos.

Ahora, treinta y seis años después de aquellos hechos, lo escucho en respetuoso silencio para no interrumpir el flujo de su memoria, pero cuando termina, le largo mi indignada memoria: «¡Te juro que aquel 3 de junio de 1976 no llovía, no recuerdo haberme mojado!». Ahí lo veo dudar y hasta cederme algo de razón, en definitiva él se quedó adentro y yo salí a la intemperie.

ANÍBAL

Cada hora canta el Mago. «Música típica y folklórica para la cuenca del Plata». Las voces antiguas salían de la Spica de Aníbal para acompañar los mediodías con un té, como recordaba que lo hacían mis abuelas.

Aníbal era un dirigente de los trabajadores bancarios, de AEBU, *de los destituidos cuando la militarización de los bancarios bajo las Medidas Prontas de Seguridad del gobierno de Jorge Pacheco Areco. Era* el *veterano de los presos del Cilindro cuando llegué en noviembre de 1975; tenía 45 años y llevaba cinco meses en ese lugar luego de haber pasado por la esquina de Maldonado y Paraguay. Terminamos siendo, ambos, los encargados del almacén de los artículos que llevaban los familiares de los presos, por ser los presos más veteranos. Tal vez haya que repetir aquí que el Cilindro era utilizado por las Fuerzas Conjuntas, a cargo de la policía militarizada –Metropolitana y Republicana– como depósito de presos* sociales, *militantes sindicales, estudiantiles, o* livianos *en la jerga carcelaria, y por esa razón la población confinada era muy fluctuante, entraban y salían semana a semana.*

Con Aníbal nos hicimos muy compinches, escuchábamos los tangos de la vieja radio Artigas y de Clarín de sobremesa, con un té que siempre tenía servido para las visitas *que le caíamos para romper un absurdo aislamiento por la incomunicación que le había impuesto el juez militar. Era un veterano siempre disponible para jugar al fútbol con los jóvenes, que éramos mayoría aplastante.*

No recuerdo lo que te comenté en ocasión de la visita que mencionas. [Hace referencia a un par de encuentros en que conversamos bastante sobre todos estos momentos vividos en común, a la salida de la dictadura, hace veintiséis años, parece mentira, diría mi abuela].

Comienza atajándose ante unos recuerdos que le tiro como para romper el hielo. Quería que me hablara de un cura párroco que estaba preso con nosotros en aquellos días...ya lo hará, o no, más adelante.

De cualquier manera, haré referencia a lo que recuerdo del caso –después de la fuga– en los días siguientes a la misma.

La fuga se produjo estando de guardia la Metropolitana. Recordarás que se alternaban con la Republicana un mes cada una. La verificaron con el conteo de la noche en que el sargento de guardia, cada vez que nombraba a cada uno de los fugados (y no estaban, claro) repetía con nerviosismo el nombre. Al final, mandó a los soldados que lo asistían a revisar los aposentos, por si se hubieran «distraído» y no hubieran concurrido a formar.

Constatada la «fuga», dio cuenta a los superiores. Los presos seguimos formados, ya era noche. Tiempo con mucha lluvia.

No sé lo que repercutió en los mandos, pero la agitación fue mucha y su accionar de inmediato. Concurrieron funcionarios de la Dirección de Información e Inteligencia. La primera decisión fue llevar a Cárcel Central a los compañeros del caso de Grille, ya que estaban recluidos en el Cilindro provisoriamente (recordar que ya estaban procesados y los recluyeron allí porque no había lugar para ellos en otras cárceles).

Al resto nos sentaron en la cancha y nos fueron llamando de a uno; nos sometieron a interrogatorios –más o menos pesados– para averiguar qué sabíamos del operativo «fuga». Nadie sabía nada. Trascendió, ojo con esta información [me advierte, y yo pienso para mí: el bandido del inteligente alférez o capitán José Sande Lima no perdía el tiempo para largar *carne podrida* al estilo operativo de contrainteligencia como era y es su especialidad], que el padre de uno de los fugados se enojó mucho con su hijo, y se puso a disposición de las «autoridades».

Los que quedamos fuimos recluidos en condiciones de mucha seguridad. Los primeros días (con sus noches) permanecimos en la cancha; seguía lloviendo y no eran muchos los lugares donde aposentarse, ya que en ese entonces el Cilindro se llovía bastante. El comandante de la Metro hizo una visita en horas de la noche (creo que fue en la segunda noche) para ver si encontraba a alguien que le diera alguna información. No tuvo suerte.

Después de algunos días (no recuerdo cuantos) nos pasaron para debajo de las tribunas, de donde no podíamos movernos. Mientras tanto, las provisiones de nuestra *despensa* seguían intocadas y, naturalmente, las perecederas se echaban a perder. Creo que esto jugó de alguna manera en la decisión que tomaron, al poco tiempo, en que nos permitieron hacer uso de las mismas.

Un comentario: el oficial de guardia (de nombre Sande) me llevó para hacer un relevamiento de la despensa en lo inmediato anterior a esa decisión. En tal ocasión, como haciéndose el distraído, me comentó: «Me resulta raro que a usted no le hayan participado nada de la fuga, siendo un candidato para participar en la misma». Mi respuesta fue: «Seguramente los compañeros no me tuvieron confianza».

Tal vez hay más detalles, pero esto es lo que recuerdo. El 26 de julio me trasladaron, procesado, para Cárcel Central.*

* Esta fecha, del 26 de julio de 1976 es, probablemente, la del cierre definitivo del Cilindro como cárcel. Aníbal fue, entonces, o debió ser, el último preso. Como todo trámite burocrático: no la clausuraron de un día para otro.

SELVA

Selva fue para mí un nombre muy cercano. Trataba de fijar muy bien los nombres de las compañeras que, como ella, permanecían presas de la dictadura por pensar de la misma manera que yo.

Era de las comunistas uruguayas que simbolizaban la rebeldía de nuestro pueblo contra la dictadura. Pero su nombre siempre estuvo muy cerca de mí a través de su hermana médica, Adelina, con quien compartimos exilio en Cuba.

Selva había sido edila de la 1001 antes de la dictadura. Luego, al recuperarse la democracia, y en particular con el advenimiento del gobierno del doctor Tabaré Vázquez en la Intendencia de Montevideo, Selva ocupó responsabilidades importantes. Igualmente ocurrió en el Ministerio de Desarrollo Social, creado en el primero de los gobiernos nacionales del Frente Amplio.

Ella trata de estar al día de lo que ocurre en las redes sociales por las cuales nos vinculamos, opinamos, discrepamos, los frenteamplistas del siglo XXI (aunque hayamos nacido y crecido en el siglo anterior), y desde esa ubicación, siempre muy escueta, muy humilde y cálida expresó cómo vivió la noticia de nuestra fuga.

El 3 de noviembre de 2010 Selva Braselli escribió:

Un grupo de mujeres estábamos a esa altura en los calabozos del 5.º de Artillería en la calle Burgues. Sentimos en las radios de los soldados la transmisión de alerta de que había gente fugada del Cilindro. La verdad que en las condiciones en que estábamos, y en que estaba la represión, pensamos: «son mentiras, los mataron y se están cubriendo»... y tuvimos mucho dolor. Quien más quien menos, conocíamos a alguno de los fugados. Hasta que al fin, por las conversaciones que escuchábamos, vimos que no, que era cierto, que se habían fugado nomás, y que los 4 estaban vivitos y coleando. Y pasamos del dolor a la alegría ... ¡¡Muy bueno!! ¡Gracias por esa alegría a los cuatro!

CARLOS CLAVIJO QUIRQUE

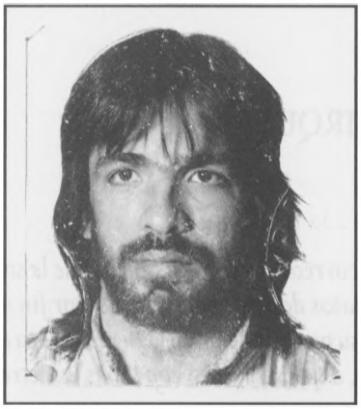
Después de varios cruces de correos electrónicos en los que le solicité su testimonio y luego de enviarle los relatos de otros compañeros, por fin me envió algunas letras haciendo referencia a su participación en la fuga. Se nota que lo impactó el testimonio de Enrique Manini, a quien nombra con todas las letras...

Gracias por lo que me mandaste. Me pone muy contento. Por fin se pone la cosa un poco más clara. Los comentarios sobre el Gordo, por suerte que no fue de mi boca (dedos) lo que se dice de su historia, no fue él tampoco el que la escribió, está a salvo de culpa. También yo le había pedido de mi parte que me mantuviera compartimentado. En lo que respecta a mí, yo leí el cuento y no sé cómo se pueden equivocar en cosas como mi nombre y poner el de mi hermano, Héctor Clavijo*, que llevaba mucho tiempo muerto (asesinado en el 72). Creo que esto es más serio y que se trata de decir la verdad; es nuestra historia y pasa más allá de partidos y politiquería barata.

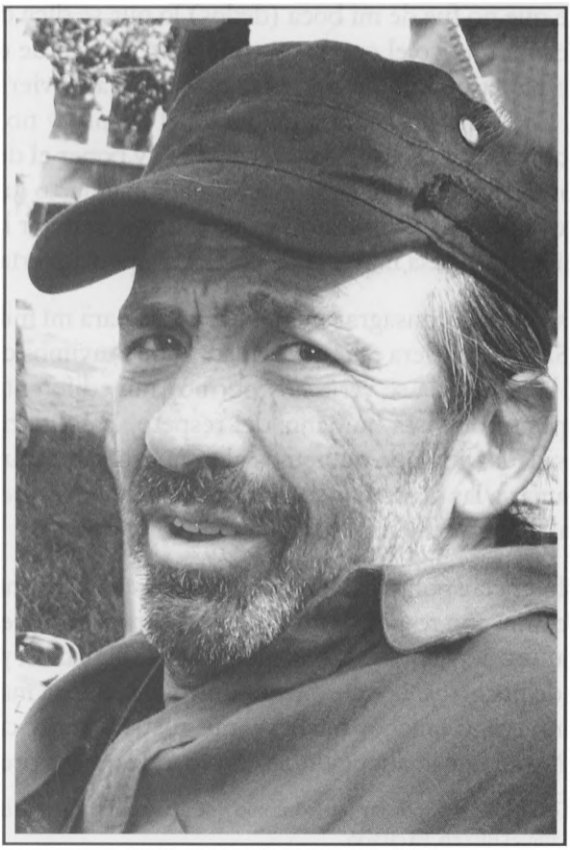
Con esa fuga se consagraron muchas cosas para mí muy pero muy grandes. Si hoy existiera esa solidaridad, la que tuvimos con respecto a la fuga, la izquierda se vería hoy por hoy muy diferente. Diferente desde el punto de vista humano, del respeto, la solidaridad... como militantes de la vida que queremos algo nuevo, sin tapujos ni engaños; de llamar a las cosas por su nombre. Mucho más que eso significó para mí la fuga del Cilindro.

Las diferencias políticas, por suerte que las hay, que nos permitan seguir adelante con respeto y mucho amor para todos nuestros queridos militantes. Vaya que nos han mentido y la sufrimos, pero que eso no venga de nosotros. Lo que cuenta Enrique me llena más pero no la tengo clara, tengo muchos baches y me gustaría tener contacto con Enrique. Mandame la dirección de correo, que quiero preguntarle al-

* Alberto Grille los confunde en el testimonio que aparece en *Fugas. Historia de hombres libres* de Samuel Blixen, ya citado.



El Ajo Carlos Clavijo. Su primera foto de documento al llegar a Suecia en 1978



El Ajo Carlos Clavijo en la actualidad

guna cosa y me gustaría tener contacto. Por los años 79-80 me escribió una carta muy linda aquí a Suecia, se la comenté a los compas comunistas y la leyeron. En el 80 y pico, 90, quise escribir algo sobre la fuga, pero se me desapareció con alguna computadora que dejó de funcionar. Como podrás ver el tema es un poco complicado, yo tengo mi versión escrita y todo con muchas faltas también (como verás esto de escribir no es mi fuerte), te la puedo mandar en cualquier momento.

Bueno, te dejo gracias por lo del cumple; tengo 59, el año próximo con los 60 voy a festejar a lo grande, desde ya quedás invitado. Una cosa que quería preguntarte: ¿Por qué vos no has escrito nada sobre la fuga?, y si lo hiciste, mandame algo, contestame la pregunta o qué ideas tenés, porque el que la tenés más clara de todos sos vos y títulos no te faltan. Disculpá, no quiero molestarte. Abrazos fraternales de compa. Salu.

Con estas pocas palabras volvimos a conectarnos con el Ajo Macho, ese era el apodo con el que lo conocimos en el Cilindro cuando llegó desde el penal de Libertad después de estar cinco años preso. Pertenecía al MLN *Tupamaros, había caído con 18 años y tenía 23 cuando le firmaron la libertad, pero lo recluyeron junto a nosotros por Medidas Prontas de Seguridad hasta que su familia consiguiera el dinero para pagarle el pasaje que lo alejaría de la tierra oriental. Luego de nuestra fuga nunca más nos volvimos a ver y lo pude contactar gracias a Internet –¡lo que son las cosas, mire usted!–.*

OFELIA

Cayó presa en su casa el 7 de febrero de 1976, cuando le faltaba una materia para recibirse de médico. Integró la Generación 63 de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República.

A Ofelia la conocí un día de principios del año 1974, cuando ella fue a Mercedes a reunirse con lo que se llamaba por entonces el «secretariado» o la «dirección» de la Juventud Comunista de aquella, mi ciudad, del litoral oeste, bañada por el río Negro o Hum. Reunión clandestina, pues hacía rato que Juan María Bordaberry y los mandos militares habían dado el golpe de Estado contra las instituciones democráticas y porque un decreto de tal dictadura ilegalizó a los partidos y movimientos que integraban el Frente Amplio (entre ellos, por supuesto, al Partido y a la Juventud comunistas).

Comenzábamos a estrenarnos en las reglas de la clandestinidad. Ofelia se debía bajar en la agencia de la ONDA *frente a la Plaza Independencia. Así era en todas las ciudades del interior, cuando la* ONDA *era la más grande y casi única empresa de ómnibus. Su agencia ocupaba una de las esquinas de la plaza céntrica, enfrente a la catedral, al costado del Banco de la República.*

No queríamos estarla esperando para no levantar sospechas en un pueblo chico en donde los tiras se hacían la panzada siguiéndonos. Ella debía caminar dos cuadras hacia el sur y una cuadra hacia el este y allí estaríamos reunidos en una casa en el mayor de los sigilos.

Pues no, Ofelia resultó ser una de las mías: demostró tener un gran poder de desorientación. Pasó la hora en la que debía llegar. Esperamos prudentemente hasta que sospechamos que algo le habría ocurrido. Salimos a buscarla rompiendo las reglas que nos habíamos impuesto. La encontramos perdida a veinte cuadras hacia el oeste.

De aquella reunión salió nuestro compromiso de que enviaríamos a alguien a una reunión nacional del frente de finanzas. A esa reunión, preparada por Ofelia, entre otras, vino una compañera que luego contaría que entre las dirigentes había estado Nibya Sabalsagaray.

El asunto fue que los tiras de la Dirección de Inteligencia de la Policía de Montevideo allanaron y montaron una ratonera en la casa de Ofelia, el 7 de febrero de 1976, a la espera de otros jóvenes comunistas.

Ella logró poner la contraseña de peligro bien visible para que ninguno de sus compañeros fuera sorprendido, recuerda hoy, después de treinta y seis años, pero, ¡oh sorpresa!...

El Gordo Grille entró dando gritos como desaforado: «¡Ofelia, qué te están haciendo estos asesinos!» Y después, en Maldonado y Paraguay cuando nos estaban torturando, también gritaba el Gordo. Él dice que era yo la que gritaba, pero no es así, quien gritaba era él.

A mí me llevaron al Carlos Nery, [se refiere al local de la ex Escuela de Enfermería Carlos Nery convertida en cárcel de mujeres], a los demás del caso Dirección de la UJC, los llevaron para el Cilindro.

El 20 de mayo nos llevaron al juez militar. Me acuerdo muy claramente por la fecha de los asesinatos en Buenos Aires. Nos tuvieron en una amansadora, horas [dijo Ofelia, explicándome que la espera transcurría en el patio de los juzgados militares al que se entraba por Jaime Cibils].

Allí pude volver a hablar con el Gordo. Me acuerdo que me dijo: «Hoy no sale la fuga porque se hizo tarde, nos devolverán pasadas las ocho de la noche».

[Ante mi asombro por esta indiscreción, Ofelia cuenta algo más]: Me dijo que ya tenían cortados los barrotes y todo.

Aquellas revelaciones del Gordo dejaron a Ofelia en un estado de nerviosismo muy grande.

Yo pensaba que con esa acción lo que se iba a lograr era que se produjera un apriete generalizado de nuestra situación de presos.

Cuando volvimos al Carlos Nery, pasaron las compañeras informándonos a las que estábamos incomunicadas: «Mataron a Zelmar Michellini y a Héctor Gutiérrez Ruiz» y nosotras pensamos: «Bueno, si mataron al presidente de la Cámara de Diputados, nos van a matar a todos».

De la fuga de ustedes me enteré porque nos retiraron las visitas y los paquetes de los familiares.

Escucho su voz al teléfono muy fresca y clara. Recuerda que la visita que recibía era la de su padre muy anciano y que él no se movía por los lugares donde circulaban las informaciones políticas.

[Por eso fue que] después, mucho después, por las visitas de otras compañeras me enteré de los detalles. Y como al mes, recibí un libro de regalo del Gordo con una dedicatoria; recién ahí tuve la certeza de que estaban bien y de que todo había salido bien.

Mientras me interrogaron en Maldonado y Paraguay, quedé inválida. Ya tenía el antecedente de este problema que ahora me tiene en silla de ruedas. Entonces, quien me llevaba a la rastra de un lado a otro para que me torturaran era el Charleta Jorge Gundelsoph. *Boleto*, con dos agujeros, de ida y de vuelta, así lo llamaban los otros milicos allí en Maldonado y Paraguay.

Estuve presa cuatro años y cuatro meses. El primer año en el Carlos Nery, después en el penal de Punta de Rieles. Cuando me firmaron la libertad fui expulsada para Suecia, en donde me recibí de médica y trabajé en la profesión. Cuando volví al Uruguay, en 1985, retomé los estudios en donde los había dejado en la Facultad de Medicina y me dieron el título en 1986. Era más fácil y más barato hacer eso que pagar todas las legalizaciones que tenía que hacer para que me revalidaran el título sueco.

Ofelia Fernández tenía 29 años cuando cayó presa. Militaba en el frente de Recursos de la UJC y en esa tarea había sido compañera de Nibia, la joven profesora de literatura muerta en la tortura del «submarino seco», crimen por el que está preso el general Miguel Dalmao.

PUGA Y LOS SARGENTOS

Julio Álvaro Puga Cueto fue uno de los presos en el Cilindro que formaba parte del caso Dirección de la Juventud Comunista. Treinta y seis años después...

La previa

Cierto día se me acercó un compañero (no recuerdo ahora quién fue) para preguntarme si veía alguna forma posible de fuga. Lo primero que se me ocurrió fue que, dado el tamaño del techo del Cilindro, las descargas pluviales podían dar lugar a cloacas de dimensiones importantes. Revisamos, pero de inmediato descartamos toda posibilidad en ese sentido. Las descargas de agua se conducían directamente al exterior, por lo que las cloacas interiores eran de diámetros demasiado reducidos como para ser útiles.

En los días posteriores observé que, al finalizar las visitas, los familiares se retiraban al exterior mientras nosotros pasábamos al interior a formar fila y esperar que nos pasaran lista. El detalle estaba en que nos pasaban lista luego de que todos se habían retirado y calculé que, entre los primeros que salían y el pase de lista, había por lo menos unos treinta minutos de diferencia. Eran treinta minutos de ventaja para alejarse.

No era imposible hacerlo, bastaba el día de la visita vestirse diferente de lo habitual y quizá agregar algún detalle de camuflaje en el último instante. La guardia era bastante indolente y desordenada en el control de salida. Lo había hecho confirmar con mi padre, quien logró salir de una visita sin que hubieran registrado su entrada.

Mi proyecto abortó cuando un preso, que no tenía mayores razones para fugarse (pues su posible condena era en todo caso muy menor), salió al exterior conversando distraído con su esposa. Cuando se dio cuenta que estaba fuera y con los portones cerrados, comenzó

a golpear para que lo dejaran entrar, y le contestaban que la visita ya había terminado. Este percance tragicómico abortó la posibilidad que yo había divisado. A partir de ese momento, nadie salía del Cilindro antes de que se pasara lista a los presos.

Yo comprendía que el intento de fuga estaba en el aire. En aquellos tiempos pensaba ciegamente que la decisión de una eventual fuga, y de quienes la protagonizaran, sería tomada por la dirección del Partido. Tenía una confianza absoluta en la capacidad de la *organización*. Honestamente hoy, a la luz de lo que luego se conoció, no sé quién ni cómo tomó la decisión de aquella fuga. Tampoco importa demasiado.

Luego, sobre esta afirmación temeraria suya, le repregunto a qué se refiere cuando dice: «...hoy, a la luz de lo que luego se conoció...». La respuesta no se hace rogar:

No sé si nos pasaba a todos, pero yo sentía como que la organización era perfecta. Que los camaradas que estaban en los cargos de dirección eran poco menos que infalibles, pero, sobre todo, que eran... no sé cómo decirlo... gente que no ambicionaba otra cosa que llevar adelante la Revolución. Gente pura. [...] también había visto antes que en otros ámbitos se tomaron decisiones que no habían venido de donde debían.

Ahora, respecto a la fuga, siempre me pareció perfecto intentarla (de hecho yo andaba buscando alternativas, como ya te conté), y me alegró su éxito, independientemente de si había sido una decisión del Partido o de los compañeros por sí mismos.

Una tarde, cuando festejábamos ruidosamente el cumpleaños de uno de los compañeros presos, escuché el estallido de un vidrio. Instantes después vi salir a Baroni del cuarto donde teníamos los tenderos para secar la ropa lavada. Su cara traslucía nerviosismo. En varias oportunidades ya había comprobado que Baroni no servía para acciones clandestinas, pues no lograba guardar la compostura y lo delataba fácilmente su falta de serenidad. Estoy casi seguro de que fue él quien rompió el vidrio.

Tanto me llamó la atención su actitud, que me dirigí al cuarto mencionado, vi el vidrio roto... y comprendí: la fuga era por allí. Solda-

das a la ventana, ahora sin vidrio, había nada más que dos pequeñas varillas de hierro 6 muy fáciles de remover. Pensé cuál era el panorama en el exterior y recordé que esa ventana daba a la parte trasera de un camión antimotines (un *ropero*), que servía de puesto fijo de vigilancia. Comprendí un suceso anterior al que no había dado hasta entonces mayor importancia.

Periódicamente, los presos salíamos, acompañados de una escolta armada, a dejar los tanques de basura justamente detrás de ese camión en el cual había dos o tres granaderos de guardia. En una de aquellas ocasiones, Alberto Grille preguntó, como por simple curiosidad, «por qué la custodia [está] siempre mirando hacia adelante del camión». La respuesta inocente consistió en explicar que por aquel lado estaba el cuartelillo. Si veían venir a un oficial de aquel lado, se ponían en posición de alerta. En pocas palabras, lo que pasaba detrás del camión los tenía despreocupados.

Al ver el vidrio roto comprendí la importancia de la pregunta y la oportunidad que había abierto. Desde ese momento tuve claro el plan. Lo único que no sabía era quiénes ni cuándo se fugarían.

La fuga

La tarde de la fuga se presentó con condiciones excepcionales. La niebla era tal que a dos metros de distancia prácticamente no se veía nada. No sé si fue una mera coincidencia favorable, o si la fuga se decidió ese día justamente en virtud de las condiciones climáticas.

¡Y dale con las «condiciones climáticas»! Que si la llovizna, que si la niebla. ¡Y yo que no percibí nada de eso sobre mi cuerpo! Vuelvo a protestar en silencio mientras leo estas palabras de Puga Cueto.

Soy honesto, no me percaté de la paulatina desaparición de los compañeros que se fugaron. Esa parte de la operación resultó impecable. Y era clave, porque entre nosotros había una persona que si se hubiera dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, sin duda los hubiera delatado.

Para mi asombro, aquí larga un nombre que omito por pudor y por razones muy poderosas: he tratado, en todos los relatos y recuerdos, de ser muy cuidadoso con las memorias de los demás.

Al atardecer sonó la campana para formarnos y pasar lista. Esa vez estaba de turno un sargento (bastante amanerado) que tenía por costumbre venir caminando contoneándose y contando a los presos a medida que se acercaba. Al llegar frente a la fila, mandaba de inmediato a romper la formación. Cuando esa tarde se puso a contar por segunda vez, supe que ya había ocurrido. Contó varias veces y luego dijo que faltaban cuatro presos. Preguntó si sabíamos qué pasaba. Opté por hablar y sugerirle que tocara de nuevo la campana, que quizá no la hubieran escuchado. En ese momento pensé en lo importante que era: significaba ganar tiempo.

El sargento tocó la campana varias veces. Luego mandó a los granaderos a vocear los nombres de los que faltaban. En fin, demoró bastante antes de aceptar que se le habían fugado cuatro presos y que debía comunicarlo al comando. Creo que hay mucho que agradecerle por su incredulidad ante lo que pasaba y su demora en reaccionar.

El después

Media hora más tarde, aquello era un hervidero: funcionarios de Inteligencia, oficiales de la Guardia de Granaderos (ahora se llamaba así a la Metropolitana), jueces, fiscales...

Pero lo curioso es que una de las mayores preocupaciones que tenían, era conocer la hora exacta de la fuga. El problema consistía en que el turno que fuera responsable de la fuga iba a quedar bajo arresto a rigor... pero había habido un cambio de turno en el ínterin y no se podía determinar cuál de ellos era el responsable. Por lo tanto, castigarían a ambos turnos. Entonces, venían funcionarios de uno y otro turno a pedirnos por favor que dijéramos que la fuga había sido en el turno en el que ellos no estaban.

Por su parte, la decisión inmediata de la oficialidad fue sacarnos desnudos a la cancha en medio del frío más crudo y tenernos toda aquella noche de invierno parados al lado de nuestros colchones.

Américo *Mico* Roballo y yo fuimos conducidos a declarar. Nos acusaban de ser autores intelectuales de aquella fuga. No sé cómo contestó Mico. Conociéndolo, supongo que los mandó al diablo. Yo encontré la respuesta más lógica: «¿Usted cree que, teniendo para 18 años preso, si hubiera sabido de la fuga estaría acá?»

Luego fue el traslado masivo a Cárcel Central, pero eso ya es otra historia.

Vuelvo a la carga con nuevas preguntas: ¿Cuáles eran las actividades políticas que desarrollaban como para que te llevaran preso en el Uruguay de febrero de 1976?

Cuando me detuvieron, era secretario de organización del sector universitario de la UJC, directamente bajo la dirección de Enrique Baroni. Y tenía otras responsabilidades en el Partido.

¿Cómo fueron las horas posteriores a la fuga en el Cilindro?

Yendo al tema de la fuga... Me alegró que hubiera cuatro compañeros presos menos, y en lo personal me alegró mucho que uno de ellos fuera Baroni.

El interrogatorio a que me sometieron, en el cuarto de guardia del Cilindro, fue llevado adelante por funcionarios de Inteligencia. Era fundamentalmente de tono amedrentador, pero en mi caso, al menos, no hubo violencia física.

Sí, fuimos sometidos toda la noche al verdugueo de estar desnudos en la cancha, parados al lado de los colchones, con un frío de mil demonios. Pero a esas alturas, para la mayor parte de nosotros aquello era nada más que otra mancha más del tigre. De todos modos, esa noche terminó por pasarme la cuenta en mi salud.

Al día siguiente de la fuga nos trasladaron a todos a Cárcel Central. Nos alojaron hacinados de a 4 y 5 por celda individual, amontonados y comprimidos con toda nuestra ropa, colchones, etc. Allí hice una crisis bastante grave de asma, y me salvaron realmente los compañeros de celda, entre ellos Gustavo Alsina, que prácticamente tira-

ron la puerta abajo a golpes. Trajeron una médica policial que me sacó cianótico de la celda y con inyectables logró estabilizarme.

Pasé varios días semiinconsciente. No me traían los medicamentos que mi familia mandaba, y los compañeros me sostuvieron como pudieron durante todo ese tiempo en base a té de limón a cada rato. Creo que les debo la vida, porque permanentemente me obligaban a tomar líquido. En realidad, esos días tirado en un camastro, sin bañarme ni cambiarme porque no me tenía en pie, los recuerdo en medio de una nebulosa. Semanas después, por gestiones de mis padres, se vieron obligados a entregarme todos los medicamentos y logré recuperarme en parte.

Los *políticos*, como nos llamaban, estábamos en un ala del 6.° piso de Cárcel Central, mientras que en el ala de enfrente se encontraban los presos comunes. Debíamos compartir con ellos los baños colectivos. Para ir, teníamos que pedir que nos abrieran la reja y sacaran a los *comunes*. Habíamos conseguido que al menos nos dejaran abiertas las puertas de las celdas, con lo que podíamos «estirar un poco las patas» por el pasillo.

Teníamos dos *privilegios*.

El primero, era que sabíamos que del otro lado, en el 6.° Especial estaban Seregni, Licandro, Gravina y los demás militares presos. Y a veces conseguíamos, con la complicidad de algún funcionario policial, hacer llegar, o recibir, pequeños mensajes a, o de, ellos. En particular, recuerdo un ramo de rosas que llegó de parte de la esposa de Seregni el día de su cumpleaños. Parecía mentira ver rosas rojas en aquel ambiente.

El segundo *privilegio* era tener un guardia especial para nosotros: un funcionario de la Guardia de Granaderos, son y eran la Metropolitana, quienes estaban de guardia cuando la fuga (de los arrestados a rigor por la fuga), al otro lado de la reja. En los primeros días eran impenetrables, pero con el correr del tiempo, como era lógico, se fue rompiendo el hielo y logramos entablar conversación con la mayor parte de ellos.

Recuerdo un día en que un funcionario de la Metro me recriminó que ellos nos habían tratado bien en el Cilindro y ahora con la fuga los habíamos «cagado». Le pregunté: «Si a vos te hubieran dado una condena de 6 a 18 años de cárcel, ¿te quedabas o te escapabas si podías?» Fue honesto: «Sí, tenés razón, yo también me hubiera escapado».

El otro tema recurrente era que querían que dijéramos a qué hora había sido la fuga, así uno de los dos turnos de guardia salvaba el castigo. No comprendían que, aunque lo supiéramos, decirlo era quedar involucrados como cómplices.

Los meses pasaban, leíamos, jugábamos al tute (yo hacía calentar al Canario Alsina en el tute remate, sacándole la mano con puntos imposibles) y conversábamos. Algunos hacían manualidades. De la fuga se hablaba poco, y hasta donde yo recuerdo, todos estaban contentos de que se hubiera logrado. Creo haber escuchado a alguien quejarse de que habíamos perdido el paraíso del Cilindro, pero no recuerdo quién fue.

En realidad, y dadas las condiciones de encierro en Cárcel Central, de lo que más hablábamos era de cuándo nos iban a trasladar al *paraíso* de la cárcel de Libertad. Allí por lo menos podríamos ver el cielo y tomar aire puro.

Y finalmente nos mandaron. Tuve el privilegio de ser de los primeros, porque querían sacarse de encima a un tipo enfermo. Así que, con el Cabeza Jauregui y el Nono Barrios, fuimos a parar a la barraca 5B del penal de Libertad. Previo rapado, salí sorteado con el número 1971.

Estuve casi 5 años preso, pero no puedo quejarme de que no fuera una cana bastante *entretenida*.

Al poco tiempo de estar en el penal me volvieron a llevar a Jefatura, esta vez al 4.° piso, donde me tuvieron varios días pero sin interrogarme. Nunca supe a qué se debió el movimiento. Allí inicié una huelga de hambre falsa (devolvía el plato de polenta con la salsa encima intacta, aunque la había socavado para sacar unas cucharadas sin que se notara), exigiendo que por mi condición de procesado debía estar en el penal.

Ocurrió un suceso interesante. Un día me abrió la celda uno de los funcionarios del Departamento 5 de Inteligencia. Un veterano. Yo lo recordaba porque era el que nos daba algún alivio cuando estábamos en la tortura, dejándonos tirar al suelo. Incluso una vez me había pasado media manzana.

Le pregunté qué hacía allí y me contestó: «Es el último escalón antes de darme la baja. Me falta poco para jubilarme y quiero poder hacerlo. Pero me mandaron a torturar y me negué diciendo que me daba asco. Me mandaron para acá de llavero». Le dije que pasara lo que pasara, él nunca se iba a arrepentir de cómo había actuado. Y que su conciencia iba a estar en paz. No recuerdo su nombre. En realidad no sé si alguna vez lo supe.

Capítulo aparte

Nunca recibí un informe del Partido como tal, respecto de la fuga. En realidad, tampoco se acercaron nunca a decirme nada de nada.

Se larga a enumerar una serie de recuerdos compartidos:

Recuerdo a los que habían traído de un frigorífico. De uno de ellos se corrió la bola que regaló su auto (que no estaba registrado) para la fuga. Recuerdo que cuando le dieron la libertad no se quería ir, quería quedarse con nosotros.

También recuerdo al Quito, que le habían arrancado media oreja de un mordisco en una pelea. Era un malandro, pero se había hecho muy amigo nuestro, al punto que cuando se fue en libertad nos dio el dato de un homosexual de Punta Carretas, por si íbamos a parar allí. Balbuceando nos dijo: «Yo sé que ustedes no acostumbran... pero otra cosa no tengo... si van a Punta Carretas y quieren, pregunten por 'la Keroseno' y díganle que van de parte del Quito que no va a haber problema». Eso fue notable. El tipo dio lo único que tenía.

A Ruben Yáñez le decíamos «calderita de lata». Se agarraba tremendas rabietas, jugando al vóleibol, cuando un compañero de equipo erraba la pelota. Cosa que por supuesto hacíamos de exprofeso para hacerlo calentar.

También entre los sargentos había algunos personajes. Recuerdo a uno de ellos, un negro grandote con un complejo de inferioridad por la raza, tremendo. Nos sermoneaba, «porque mi hijo es negro, pero también estudia». Organizó el sistema de visitas: «Los presos en una fila de bancos y las mujeres y los hombres familiares en la fila de enfrente. ¡Y nadie se me cambia de fila!». El gordo Grille le preguntó: «¿Y los niños?» Se quedó un par de minutos pensando y luego soltó: «Los niños... ¡los niños por el medio!»

También le tocó organizar la distribución una vez que trajeron doscientas camas. Era porque venía el presidente de Paraguay y al final trajeron presos a una docena de exiliados paraguayos, ya que el resto se les hizo humo. Nos hizo poner las camas en todo el pasillo que rodeaba el Cilindro. Pero no le gustó, porque quedaban demasiado juntas... y agregó: «hay que separarlas, ¡porque si no viene el 'concominato'!».

Ese fue el que nos recibió por segunda vez. Porque los del expediente de la Dirección fuimos a parar dos veces al Cilindro, cosa que pocos recuerdan. La primera vez fue después de la tortura y hasta que nos procesaron. Cuando nos procesaron salimos todos en una camioneta y detrás un verdadero convoy de coches de policía y de los coches de los familiares. Nos pasearon toda la tarde por todo Montevideo, pero no había lugar donde meternos. Estuvimos de vuelta en Inteligencia, pero decidieron que allí no tenían dónde ponernos; nos llevaron a Cárcel Central y como una hora después dijeron que tampoco tenían lugar. De ahí fuimos a Punta Carretas. Otro rechazo.

Total, que volvimos al Cilindro como a las 9 de la noche. Nos recibió el sargento. Palabras más, palabras menos, este fue el discurso: «Yo los acepto porque los conozco y han tenido buena conducta. Pero ahora las cosas van a ser distintas, porque cuando salieron estaban sin procesar y ahora son procesados. Así que las cosas ya no van a ser como antes». Y le daba y le daba con que las cosas habían cambiado. Grille, podrido del sermón, le preguntó en qué iban a cambiar. Y entonces vino la respuesta brillante: «No, van a estar igual que antes, ¡pero las cosas son distintas!».

Había otro que venía todo ceñidito y durito, zapatos bien lustrados, el gorro impecable. Lo habíamos bautizado «el mariscal». Le gustaba hacer discursos a los presos en fila. En uno de ellos estiró el brazo en forma brusca y se le rajó la chaqueta en la axila para ambos lados. Largamos todos la carcajada. Recuerdo que nunca más nos vino a discursear.

–¿Cómo es tu vida actual?

Vivo hace 9 años en Rancagua, una ciudad de unos 800.000 habitantes, 89 kilómetros al sur de Santiago de Chile. Casado y con dos hijas. Llegué este año a la cédula vitalicia: cumplí los 60. Mi esposa es uruguaya, pediatra especializada en diabetes infantil, y muy querida y reconocida acá. Mi hija mayor tiene 27 años y no emigró, se quedó estudiando en Uruguay y luego de muchos estudios muy disímiles, está ahora terminando la carrera de Correctora de Estilo. Mi hija menor, de 18 años, entró este año a estudiar Arquitectura en la Universidad de Valparaíso. Por mi parte, yo ejercí como docente de Matemáticas, y en la actualidad soy director de la sede Rancagua del Preuniversitario de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Los clandestinos

JAIME Y UN PIOLÍN
(Testimonio de Jaime Secco)

Lo que recuerdo de la fuga del Cilindro... o lo que creo que recuerdo, porque soy consciente de que se me entreveran cosas... Y lo peor es aquello de lo que ni siquiera soy consciente.

Para empezar, quede claro que no tuve nada que ver con la fuga, como se verá.

Algunas previas

A fines de 1970 me afilié a la BESS (Brigadas Estudiantiles Socialistas de Secundaria). El PS tuvo un acercamiento con el PC en esos años, que terminó con un par de rupturas internas en 1973. Durante el 72 y 73, había reuniones semanales de las direcciones de la UJC y la JSU en Casa del Pueblo, y yo era conserje [seguridad] del local. Muchos socialistas se pasaron al PC luego del golpe. Yo no quería dejar mi lugar de militancia justo en condiciones de dictadura, porque se iba a desarmar lo que había en mi barrio, pero en diciembre me agarré una hepatitis que me tuvo cuatro meses en cama y ahí llamé a uno del PS de mi núcleo y luego a Carlos Hackas de la agrupación del PC en el comité. Él terminó recomendándome a Fernando Olivari, que estaba buscando un lugar confiable para instalar mimeógrafos de la UJC, pero que no estuviera fichado como comunista. Fue vano mi intento de convencerlos que lo estaba como socialista.

En 1975 cayó Fernando. Una noche me llamó Paco Laurenzo (Francisco) para que fuera al bar Mera, cerca de casa, y lo encontré en una entrada aparte que había, separada del salón, único lugar donde servían en el mostrador, comentando con los demás parroquianos un partido que estaban transmitiendo. Yo entendía poco, me habían pedido que me mantuviera aparte de los demás exsocialistas. En una se me acerca y rápido en voz baja me dice: «Todos los que trabajaban contigo están en cana». Y siguió comentando el partido en voz alta.

Me pasó a *atender* Paco. Era una cosa tranquila, una vez a la semana un encuentro en la calle, no en casa. Pasada de información, encargue de impresiones e instrucciones sobre dónde llevarlas. Un día, comentando, me dijo: «En realidad estamos trabajando mucho menos ahora (que antes del Plan Yakarta del 75). Tú, ¿qué sabés de la gente a la que le llevás los materiales?». «Nada». Había uno que me hacía ir a las 7 o a las 17 por La Cruz de Bolivia, de lo que deducía, le dije, «que o vive o trabaja por ahí». Pero lo veía una vez cada tanto.

Creo que todo esto era importante decirlo para que se entienda cómo llegué a lo que sigue.

El viaje

Un día, me pidió que fuera con el auto de mi familia (una Ami 8) por una calle, creo que era paralela a Propios, no sé si era Ehrlich o Roberto Koch, al norte de Gral. Flores (puede que le esté errando) –la calle se hacía estrecha y de grava–. Que iba a encontrar a una persona que iba a tener la edición del día anterior del diario *La Opinión* de Buenos Aires. Que lo levantara e hiciera lo que me iba a decir.

Bueno, ¡algo distinto! Como a media cuadra, en una subida, vi a... ¡el Gordo Grille. ¿Para qué tanto misterio con el diario (que efectivamente llevaba)? Yo lo había visto durante al menos un año, todas las semanas en Casa del Pueblo.

Me pidió que lo llevara a la plaza Miró, en La Unión. Ahí se subió su mujer con un bebé y un bolso medio grande. Yo no vi de dónde salieron. Creo que ahí mismo también se subió un muchacho jovencito, callado, que parecía menor de edad, cuyo nombre supe una década después: Miguel Millán. No me acuerdo bien dónde se subieron Paco y Fernando Britos, otro exdirigente del PS de los que habían sido expulsados en el 73. Probablemente en alguna esquina.

La Ami 8 estaba pipona. De donde fuera, nos dirigimos hacia Carrasco. Probablemente por Camino Carrasco. Comentario va, comentario viene, Grille dice: «¿Cómo le explico yo al sueco qué quiere decir 'Cilindro'?». Ahí me corrió como un frío. Recién entonces me di cuenta de lo que pasaba. Yo no sabía ni que lo hubieran agarrado preso. Íbamos como 7, y el bolso, en un autito, por una avenida concurrida.

Llegamos hacia el anochecer a lo que hoy en día es Mesina y Siracusa, creo. Ahora son los fondos del Shopping Portones; entonces, los fondos de la quinta de Mendizábal. Me entero que en un apartamento de un edificio nuevo de unos tres pisos estaba el consulado de Suecia. Y yo no dije nada. No era momento de discutir. Se bajaron, creo que Alberto y Fernando, y probablemente Paco. Al ratito vuelven diciendo que los había atendido la hija, que el padre había ido a una recepción diplomática, que volvía. Alberto comentó que la suequita estaba divertidísima, en una película de espías. Nosotros, amuchados en la camionetita al borde del campo, horas y horas. Y yo no dije nada.

Bien, bien de noche, creo que como las 10, llega el cónsul [en realidad, la agregada cultural de la embajada] y la delegación vuelve derrotada. El diplomático les había explicado que los consulados no tienen extraterritorialidad y que además Suecia no tiene tratado de asilo con Uruguay, que eso es una cosa de los países latinoamericanos, que tratáramos de ir a una embajada latinoamericana.

Yo sabía que Bertha Sanseverino, otra exsocialista de la barra, vivía en Mesina y Catania, a un par de cuadras. Soy tan disciplinado que hasta el día de hoy no sé si ella sugirió el lugar para asilarse o alguno que fue a la casa vio el cartel del consulado en un paseo sin destino. Me cuesta creer, porque era estudiante avanzada de Derecho, y a mí me bastaba la Educación Cívica de 4.º de liceo para saber que los consulados no asilan. De los tratados de Montevideo, de 1889, tenía noticias, pero no sabía que el asilo no es común en otros continentes; eso no.

Vuelta para atrás. A la plaza de La Unión (yo nunca supe la casa exacta) a dejar a la mujer y el bebe; y probablemente a Millán. De Paco y Fernando no me acuerdo, se habrán tomado un ómnibus. Al Gordo me lo llevé para mi excasa de 8 de Octubre 2816, que entonces estaba bastante vacía, salvo por algunos muebles que habían quedado y los mimeógrafos. Busqué algo para que se abrigara y me fui. Sé que fui a la casa de mi suegra, conocida en el comité, a pedirle un litro de leche, como a las 11 de la noche. (Entonces no había «24 horas»). «No me preguntes nada. Preciso un litro de leche». No me acuerdo cómo se lo hice llegar al bebé. Ella, por supuesto, se acuerda hasta el día de hoy. Si el Grille grande lee esto, que le mande saludos.

Probablemente la cosa haya sido así: quedaron en mi casa el Gordo, Paco y Fernando tranquilizándose mutuamente, mientras yo iba a comprar pizza para Grille y a conseguir la leche. Paco debe haber vuelto a La Unión con la leche y Fernando se perdió en la noche. Pero es una suposición.

La charla

Al día siguiente, volví a la casa a llevarle comida y a acompañarlo; «a hacerle el aguante», se diría unos años después. Estuvimos varias horas conversando. Creo que fue la primera y última vez que hablé tanto tiempo seguido con él.

Grille había encontrado por ahí un piolín, que tendría 40 centímetros de largo, más grueso que un piolín de panadería y menos que uno de trompo, muy buena piola, resistente y con un dibujo muy parejito. No sé de qué había sido. Y le ató las puntas, lo estiraba, lo enrollaba, se lo entreveraba en los dedos; no daba para mucho dibujo, porque era corto, pero servía de amansa locos. En toda la tarde no dejó de jugar con él.

Me contó detalladamente la fuga y su preparación, los criterios de selección de acompañantes («los que tenían ganas de escaparse»). Por ejemplo, que Freddy le cayó un día diciéndole asombrado que las planchas que cubrían las ventanas estaban atornilladas del lado de adentro. Las idas *voluntarias* a tirar la basura para poder dar media vuelta al Cilindro y conocer el camino hacia Centenario, las garitas, etc. No voy a repetirlo ahora, porque están los protagonistas para hacerlo de primera mano. A Freddy Falkner lo conocía de preparatorios [5.º y 6.º de secundaria] y del PS. Hace poco contó su parte del asunto, con especial referencia al embajador de México.

Me contó cosas del Departamento 5 de Inteligencia, que «da vergüenza que te hayan agarrado esos tipos», cuya principal preocupación era «el campeonato de fútbol inter Ministerio del Interior». Pasaban la tarde conversando y, si los veía al cohete, el comisario los mandaba a dar una vuelta por 18.

Me contó desde adentro la aventura de Gonzalo Carámbula y su frustrado asilo en la Embajada de México. Le preguntaban dónde ha-

bía estado esos días y al final dijo que no podía decir, porque había estado «con una señorita de sociedad» y no le podía traer complicaciones. Luego de insistencias, que no se acordaba bien dónde era, pero era «en Carrasco, cerca de la Embajada de México». Que al par de días, todavía lo tenían esposado a la reja del montacargas, todo reventado, y vino el comisario Benítez y le dijo: «Así que vos sos el que te creías vivo», y cosas así. Y el Gordo, que estaba encapuchado, de plantón, con como quince más en el patiecito, le dijo: «Comisario, en todo caso no tiene que criticarlo a él, sino a los funcionarios. ¡Si le trajeron la Guía para ver dónde quedaba la Embajada de México!». Benítez le preguntó a Gonzalo: «¿Es cierto eso?». Y como le dijo que sí, terminó: «Está bien», se fue y mandó desatarlo. A Gonzalo también lo conocía de preparatorios y del PS, y el hecho, contado en dos frases, ya era una leyenda en la calle. Me acuerdo que alguien me dijo que se había agarrado del portón, con tanta fuerza, que lo arrancaron y se trajo el pomo de la puerta.

Me contó que uno (yo no conocía el nombre, se ve que era un bolche conocido) «¡se tipificó el delito!» Es decir, declaró de tal manera que le pusieran «asistencia al asociado», que tenía pena de 18 meses a 4 años y como la mínima era menor a 2 años te largaban con la mitad de la mínima cumplida, es decir, 9 meses. No estaba escrito, pero se ve que era una convención u orden oral. Esto, por supuesto, lo recordé muy bien, porque decidí hacer lo mismo, cosa que efectivamente resultó. Asociación subversiva (integrar el Partido) tenía pena de 6 a 18 años.

Me contó más, del encuentro en el Cilindro con tupamaros procesados y cosas que aprendieron de ellos. Por ejemplo, que se negaban a arreglarle las armas a los milicos (¡se lo pedían!) con el elegante argumento de que si por una de esas quedaba mal y llegaba a fallar, iban a pensar que lo habían hecho por gusto. Que uno dijo que fulano había alardeado de que no le habían sacado ni la mitad de lo que sabía para que lo llevaran a torturar de nuevo y entonces portarse bien. «¡Yo prefiero un tipo así que uno que no habló ni sé por qué», opinaba. Que muchas mujeres de los tupas estaban con otro y que el Gordo les decía: «Es que las compañeras de los tupamaros son tupamaras, y las compañeras de los comunistas son comunistas. Y una mujer comunista sabe que al compañero lo puede cagar siempre, menos... cuando

está preso». Y luego me comentó: «Por supuesto, se los decía para cargarlos. Lo que pasa es que ellos ya hace años que están presos y nosotros hace poco».

Que «la historia, que está de nuestra parte, que la Unión Soviética, la dictadura del proletariado, todo eso, no te ayuda nada. No hablás por vos, por vos mismo». Esto también me ayudó. En resumen, fue una oportunidad de hablar con alguien que había pasado por ahí. Yo, medio aislado, no había tenido más que referencias rápidas y en general de terceros. Había estado, por supuesto, en Maldonado y Paraguay, conocía los pisos (sin las oficinas, todavía estaban las bases de las máquinas de la tintorería), conocía las puertas del montacargas, pero habían sido unos días y con maltratos livianos.

Que había que tener cuidado, porque «te usan todo. A Fulano [a la mayoría de los mencionados yo no los conocía] le habían venido a decir que no se hiciera pegar más, porque Mengano ya había dicho todo, hasta que la última vez que se habían visto había sido en la parada del ómnibus, frente al Hospital de Clínicas». «¡Qué hijo de puta! ¿Hasta eso les dijo?» Pero por las dudas se mantuvo en la suya. Que cuando se vieron le preguntó y el otro le explicó que no podía decir que no se conocían, ni mentirles sobre que se cruzaban en facultad, así que les dijo que se habían cruzado en la parada por casualidad, lo que era cierto.

Incluyo esta conversación en el relato, porque me parece que a un lector de hoy le agrega el olor a la época. Lo que tengo miedo es que resalte mucho el horror. Eran más bien anécdotas agradables, en voz algo baja, con algo de frío si no recuerdo mal, zarandeando el piolín, pero cotidianas.

Al piolín me lo guardé y lo tuve años en un cajón del escritorio junto a recuerdos de infancia, piedras coloridas, plumas viejas de tinta y esas cosas. Recién por los 90 alguna vez tuve que achicar, y me di cuenta de que era un piolín. Nadie más que yo sabía por qué lo guardaba. A Grille no le iba a importar nada. Nunca iba a poder exhibirse en el Museo de la Memoria o algo así. A mí ya me había servido para lo que me tenía que servir, en 1976. Lo tiré.

La embajada

Creo que a la mañana siguiente fui a buscar a Grille para llevarlo a otro lado. No me acuerdo cómo fue. Quizá Paco haya llegado con noticias cuando estábamos conversando. Si no estoy equivocado, pasó al menos otro día. Luego me llamaron para que volviera con la Ami 8 y recogí más o menos a los mismos. Esta vez, no me acuerdo dónde. Me acuerdo que fuimos por Duvimioso Terra para evitar avenidas donde nos pudieran ver, que esa vez sabía que íbamos a la Embajada de Venezuela. En la esquina de Terra y Guaná, Fernando me pidió que me bajara, que iba a entrar manejando él. Una estupidez, claro: si algo salía mal yo quedaba identificado por el auto, sin plan B y plantado a una cuadra. Lo lógico era que él fuera el que esperara. La cuestión es que me quedé en la esquina como 15 minutos, que me pasaron a buscar y volví a manejar. Todo había salido OK.

De alguna manera nos separamos.

La próxima vez que me encontré con Paco, en el lugar regular, supongo, además de las cosas del trabajo y de algún comentario sobre cómo había sido y cómo habían salido las cosas, me dijo que de la «Dirección» (algún lugar arriba), me mandaban una felicitación. Ese día aprendí que las medallitas sirven. Lo mío había sido casi una rutina en medio de chambonadas, un par de viajes; pero bueno, alguien se molestaba en agradecer.

Hoy, supongo que sería León Lev. Muchos años después, en un cumpleaños de Grille en un club de pescadores, estaban Paco, León y el Gordo. Alguien me dijo que Alberto había tenido un encuentro con León en esos días y en un momento le preguntó: «*Vo*, León, ¿los comunistas dónde están? Porque ¡estos tipos son todos socialistas!» Me pareció genial, y muy ilustrativo (aparte de darme cierto orgullo). Seguíamos siendo «socialistas» para ellos. Y en momento de peligro, Grille quería bolches bolches. En el fondo no se sentía demasiado en buenas manos. Hoy puedo dar una respuesta a su pregunta: Estaban presos.

A fines de noviembre del 76, cuando me procesaron, me llevaron al 6.º piso de Jefatura, un lugar al que le decíamos «la reja», donde en 10 celdas individuales habíamos como 40 presos políticas. Ese lugar se

había inaugurado con los demás presos que había en el Cilindro el día que se escaparon. Así que me contaron su versión del resto de la historia.

Imprimir volantes, repartir volantes, seguir visitando a la gente de mi comité de base, llevarles volantes, conservar un archivo, llevar copias a la Embajada de Hungría. Esas cosas y otras eran medio rutinarias. En eso consistía, para mí, la resistencia: mantener la propaganda en la calle, la gente conectada. Es decir, era más o menos lo que hacíamos antes del golpe, solo que mejor que no te agarraran. Y solo «mejor», porque desde las Medidas de Pacheco también te agarraban. Cuando yo entré en el PS, estaba legalmente disuelto. Esos paseos en la Ami 8, en cambio, eran una versión modesta de la aventura para la que nos preparábamos leyendo novelas de espionaje, y soviéticas de la segunda guerra, para extraerles ideas y aprender a trabajar en la clandestinidad. Aunque hayamos hecho casi todo mal. Y fue la única vez, documentada, de que *arriba* se habían acordado de mí. Así que siempre mantuve el recuerdo con una especial calidez.

El 1.º de marzo de 1985 subió Sanguinetti y, el mismo día, nuestro diario *La Hora* editó su número 100. A mediodía hicimos un asado en un estacionamiento que tenía el Centro de Vendedores y Viajantes frente a la redacción. Estuvieron dos de los invitados oficiales que venían al cambio de mando. Luis Guastavino, un diputado chileno muy rubio y muy brillante habló y dijo: «Ojalá que cuando vuelva la democracia a Chile estemos sacando la edición número cien de nuestro diario. Y no la número uno». Así que de esa otra aventura también tengo cálido recuerdo. Lo que quiero contar es que de repente vi entrar al Gordo. Fui a abrazarlo, quizá con excesiva efusión. Él quedó medio sorprendido. Tal vez en el primer momento ni siquiera me reconoció. Obviamente, el recuerdo cobijado cálidamente por él era la salida por la ventana y la caminata hasta Centenario para tomar taxi. Lo de después era una consecuencia peligrosa y engorrosa, la fuga ya había sido. Igual, me consta que me guarda, nos guardamos, cariño y con el tiempo trabajamos juntos. Pero, para mí, esa aparición en el asado era el signo más tangible de que la dictadura había terminado.

Terminado su testimonio de un tirón, le pregunto por las edades. Es, siempre fue, una obsesión de mi parte, y, además, supongo que a las nuevas generaciones de jóvenes les pueda interesar la edad que teníamos cuando hacíamos lo que hacíamos y nos pasaban las cosas que nos pasaron (porque nosotros decidimos que nos pasaran, por otra parte, con bastante conciencia de los riesgos que corríamos).

Yo nací en abril del 54, así que tenía 22 años. Yo estaba en segundo de preparatorios cuando Freddy estaba en primero, así que tendría que ser de mi edad más o menos, porque como cumplía antes de junio yo era más o menos el más chico de la clase. No le voy a discutir, capaz que perdió algún año, pero no parecía. Por lo demás, yo caí en octubre de ese año.

Lo de las edades y las nuevas generaciones, y lo que entienden y demás, me hace acordar a una vez, por el 96, que mi señora estaba relajando a nuestra hija mayor porque había llegado a las 6 y no a las 3 de un baile. Ella la dejó gritar y le preguntó calmadamente: «Mamá, ¿a qué edad me dijiste que habían agarrado preso a papá por primera vez?» Fue a los 17 por una pegatina. Por esos años, mi otra hija tenía que escribir, para Historia de liceo, en qué se diferenciaban de los jóvenes de la época de sus padres. «Les gustaba el rock; a nosotros también. Les gustaba ir a Cinemateca; a nosotros también. Ocupaban los liceos; nosotros también. No había mucha diferencia».

¿Por qué crees que hasta ahora no hemos contado todas estas pequeñas cosas que hacían a la historia grande en la que estábamos metidos?, le vuelvo a preguntar.

Sobre los comunistas y la memoria, que te decía hoy, creo que alguna vez puse un post en Proyecto Miramar, otra vez en Reds le contesté a Martín Couto, que quería saber sobre su padre. Eso te lo pongo abajo.

Para ser corto, desde el 85 vi que nosotros no escribíamos y los tupas no paraban. Yo creo que es el lugar desde donde nos parábamos, lo que afecta eso. Ellos eran *el* foco; estaban en el escenario donde las masas debían mirar... y tenían aventuras. Los aventureros cuentan sus aventuras. Los comunistas estábamos para empujar a la gen-

te, no para asustarla. A la salida de la dictadura éramos cuidadosos y teníamos un problema en *La Hora* (el diario) para encontrar el equilibrio entre la denuncia y el no asustar, no poner fantasmas en tapa todos los días: «Nadie se quiere afiliar a eso». El giro que el Tano (Valenti) le dio a la campaña por el voto verde: la Bamba, Smiley, es sintomático.

Y si alguna vez nos agarraban, no estábamos orgullosos, sino avergonzados, porque era señal de que habíamos hecho algo mal (o 20 cosas mal, como en mi caso). Como pongo por ahí, y no por casualidad, lo demás era la rutina del militante: llevar papeles, atender gente, organizar cositas. Esas actividades no son aventuras. Podían ser peligrosas, puede valer la pena contar la resistencia, pero individualmente no son cosas que nos parezca que dan para contar, que le interesen a nadie.

Lo del Gordo es un poco eso. Supongo que lo de Paco también, aunque fue el primero que, en 2005, por ahí, me llamó la atención de que nosotros no estábamos escribiendo ni siquiera de la tortura: El Galpón estaba haciendo *Pedro y el capitán* de Benedetti, que es cualquier cosa menos un reflejo del sentir comunista.

Y no va para desalentarte, sino para alentarte. Pero por algo recién en la segunda década del siglo siguiente estás haciendo esto.

Tengo una teoría sobre esto de la falta de historia. Quizá porque uno es obsesivo, entre el 1968 y 1974 pensaba que, así como en las historias nacionales no se contaba la fundación del PS y el PC y yo creía que serían centrales en una futura historia del país, de la misma manera alguien se preocuparía de registrar quién fue secretario de qué seccional y qué grupito de izquierda se había dividido o unido a cual otro.

Por ejemplo, tengo libros sobre la guerra civil española que cuentan cómo fulano vino en un tren y se juntó con 9 ¡nueve! más y fundó el grupo tal, pero a los dos meses se unieron a tal otro y terminaron siendo el origen del trotskismo español. Los argentinos tienen los dos tomos de *La Militancia*, que recoge algo.

Aquí, no. Claro que comprendo que hay otras visiones de la historia, que la reunión de anécdotas. Que hay gente revisando el pasado reciente con minuciosidad.

Pero nos estamos muriendo y no aparece gente sistematizando al menos una recolección de material. Estuve vichando el libro de Aníbal Toledo, con quien compartí *reja* en Cárcel Central, y lamento que no me aportara mucho. Broggi me insiste en que hacía falta, porque hay un par de generaciones que no sabían nada. Le creo, no todos fueron a la escuela vespertina, por decir. Pero yo, por ejemplo, quería saber más sobre el PC antes del XVIº Congreso. Federico Martínez (quien está armando una página web que creo que va a ser interesante) me contó una vez que Reyes Daglio decía: «...cuando hasta los comunistas éramos anarcos». Pero incluso sobre la crisis de principios de los 90 habría mucho más para decir.

Pero Calíope hablaba de memorias.

Una vez hablé con una profesora de Literatura de EEUU que había vivido en Uruguay de chica, volvió y le interesó comparar la literatura de memorias de Uruguay con la de su país, que ella estaba estudiando. Fue la que hizo la primera edición (en *offset* de mesa) del libro de María Condenanza[1]. A ella le asombraba que en las memorias de la dictadura no había ninguna autocrítica. Me dijo que en la tradición angolosajona, el protestante habla directamente con Dios, sin intermediario de iglesia ni santos, pero tiene mucho sentido de comunidad. Entonces la memoria es una manera de rendir cuentas de esa relación personal con Dios.

Interesante.

Yo le pregunté si se había fijado que no había memorias de comunistas. No lo había notado. Yo tengo la teoría de que los tupamaros tenían la concepción de ser el foco al que los demás debían mirar. Estaban en escena y vivían aventuras. Nada más digno de ser contado, aun si, en lugar de rescatar a la princesa, la mataste.

1 *La espera*. Libro testimonio de María Condenanza, militante comunista, presa durante cinco años de la dictadura; murió en 2001 a los 52 años.

Los comunistas queríamos alentar a que los demás se movieran. Podíamos subir a hablar en una asamblea, pero el objetivo no era que alguien nos mirara. No vivíamos una aventura, sino algo serio. En todo caso, un operativo de impulsar a otros; muchas veces fastidioso.

Además, teníamos claro que «nadie se quiere afiliar» a un lado donde te van a pegar, así que eso no era el centro de nuestra propaganda; no gritábamos «Liberar a los presos por luchar», no porque no lo creyéramos justo, preferíamos cosas como «El pueblo unido jamás será vencido». Fueron comunistas quienes pusieron la Bamba (canción mexicana utilizada en la campaña del Voto Verde en 1989) y el muñequito sonriente en la campaña del voto verde que estaba llena de huesos.

Por supuesto que ahora nos juntamos, tomamos un vino y nos acordamos de picardías, pero que nos agarraran presos no era una aventura, sino un fracaso.

Alguien me recomendó la novela de José Luis González como la primera con sensibilidad comunista. Es de 2003, creo, y me da vergüenza pero no la leí[2]. En resumen, no es que carezcamos de sensibilidad, pero seguimos creyendo que expresarla no es lo importante. En el medio, el registro histórico está quedando cojo. Los historiadores del futuro van a hacer las valoraciones que les parezcan oportunas, pero al menos hay que organizarles el material.

2 González Olascuaga, Joselo, *La mirada de Federico*. Montevideo, Ministerio de Relaciones Exteriores, 2009.

DE ACUERDO CON EL INFORME

Llegué a la casa de León, allí, en la zona del zoológico de Villa Dolores, un domingo de setiembre cargado de humedad, amenazante de tormenta eléctrica. Mate y venga, cada uno con su mate. El encuentro había sido pactado en los últimos días. Aunque mi intención de que me contara acumulaba meses. Le había pedido que desempolvara, desde adentro, cómo había conservado los recuerdos de los primeros días de junio del año 1976, cuando cuatro jóvenes comunistas nos escapamos del estadio-cárcel.*

Me esperaba desde temprano con recortes de diarios de la época: los comunicados de las Fuerzas Conjuntas en donde apareció la foto de los compañeros que nos fugamos, procesados por la justicia militar, del viernes 28 de mayo del año 1976; y del 19 de abril de 1979, cuando aparecen procesados los compañeros de la dirección del PCU junto al mismo León, cerca de veinte humanidades, todas personas públicas, antes y después también.

Por teléfono me había adelantado que estaba digiriendo el impacto de tener en sus manos y repasar línea por línea las ciento diez páginas de su prontuario, desarchivado de los registros secretos de los servicios de seguridad del Estado uruguayo. Casi fue lo primero que me mostró. Realmente, me provoca un asombro mezclado con pánico, saber que a todos los que hicimos algo contra el sistema establecido, este-aquel que giraba dentro de la órbita del imperio de Estados Unidos en la guerra, fría bipolar, nos hayan seguido con tanta minuciosidad. A León lo vigilaron, según consta en los informes escritos, desde fines de la década del cincuenta hasta bien entrada la década del noventa.

Hacía ocho meses por lo menos que le había enviado un correo electrónico en donde le planteaba la posibilidad de hacerle una entrevista para que recordara sus vivencias sobre la fuga en la que yo participé. También él comparte la idea de

* Me refiero a León Lev, quien fue diputado por el lema Frente Amplio en el período 1990-1995; senador suplente (2005-2010), director de la URSEC y presidente de AFE en el primer gobierno frenteamplista del doctor Tabaré Vázquez y, en la actualidad es ministro del Tribunal de Cuentas en representación del mismo partido político.

que nada de lo que vivieron bajo la dictadura debe formar parte del anecdotario social. Tal vez no se lo planteen así, de esta manera como lo digo aquí, lo estoy imaginando y tratando de explicármelo. O, como dicen algunos amigos, la rutina gris del militante clandestino, con sus prevenciones, peleando por vencer el miedo, la cotidianidad parecida a la vida normal de los demás uruguayos con muy pocos actos a los cuales catalogar de heroicos, no tiene ningún colorido para figurar en una obra literaria. Como dicen Claudia y Paco, «todo lo que hacíamos era parte de nuestra militancia y no tenía por qué ser publicada». Tampoco nadie nunca se acordó; la vida venía corriéndonos desde atrás y nos esperaba en cada esquina, pues siempre teníamos al alcance de nuestras manos «el fin de la dictadura», «los camiones de acero de los proletarios rodeando al Parlamento en un grito y con los puños en alto», «la sociedad nueva». Siempre, cada día una tarea en la que se nos iba la vida y nos reclamaba con urgencia, pues éramos uno más de los imprescindibles y nunca con tiempo para lamer nuestras heridas, para contarnos nuestras cuitas.

A todos los compañeros que les pedí su testimonio sobre aquella fuga les planteé lo mismo: «Quiero conocer tus recuerdos desde tus tripas, que puedas largar el cuajo, como se dice en mi pueblo de campaña». Fue muy difícil en el caso de este hombre –quien llegó a ser para los servicios de inteligencia de la dictadura el «tigre más buscado»– lograr que se abriera a rememorar sus vivencias «de la persona humana», como decía Peloduro.

Lo «políticamente correcto» pesa mucho más en la mentalidad de quienes formamos parte de un partido estructurado siempre al servicio de una causa superior –de la revolución, del pueblo, de un proyecto común– y dejamos de lado muchas veces al ser humano concreto, cotidiano, al que está al lado nuestro en el día a día.

Recuerda como al pasar la vez que recibió a una patrulla de la policía en la casa donde estaba clandestino.

Los dueños de casa se habían ido el fin de semana de paseo al interior y cometieron el error de comunicárselo a sus vecinos. Yo no lo sabía y usé los servicios higiénicos con normalidad. Los vecinos se alarmaron, porque pensaron que los estaban robando, y denunciaron a la policía. Cuando golpearon, abrí la puerta con naturalidad, les mostré la cédula falsa que tenía (era una cédula de un compañero sin antecedentes que se había ido del país) y los hice pasar para que vieran

que todo estaba bien. En cuanto se fueron, yo salí así mismo, con lo que tenía puesto, ni siquiera me tomé el tiempo de destruir documentación. A las pocas cuadras, cuando no habían pasado ni quince minutos, tenían rodeada la casa. No volví más allí. A los compañeros dueños de casa no les pasó nada.

Felicia y Deborah salen a comprar al mercado «antes de que se largue a llover». Seguimos enroscados, entrando y saliendo del asunto que me trajo hoy hasta aquí. León habla de otros temas, mientras mentalmente repaso el tiempo que llevamos conociéndonos. Yo tenía 14 años en el verano de 1972, cuando él llegó a mi ciudad del interior litoraleño, como máximo dirigente de la UJC, a una convención departamental. Con esa edad inaugural de la adolescencia y estrenando la reciente elección para integrar la dirección del gremio estudiantil, encabezaba la patota de jóvenes imberbes. Como una manera de ejercer el tal liderazgo, invité a mis congéneres a no regresar del cuarto intermedio y partir al río en donde la inmensa mayoría de los integrantes de nuestra generación estaban gozando de la playa. Hasta allá llegó León, con Hugo Altesor, a buscarnos para continuar la reunión.

Después nos volvimos a encontrar varias veces más, él como jefe supremo y yo como lugarteniente subordinado, jefecito de uno de los departamentos del interior, de allí donde nuestras huestes todavía eran bichos raros para el resto de la población.

En los siete días del escondite clandestino entre la fuga y el ingreso a la embajada, nos reunimos tres veces. A esa altura y desde hacía un buen tiempo, León estaba inalcanzable, *pues se había mentalizado en ser el hombre que encabezaba la reconstrucción clandestina del aparato del PCU, y eran fama, leyenda y mito, sus reglas de compartimentación rigurosas, «de hierro y acero», como le hubiera gustado a él que lo recordaran en aquella época. Por eso, aquellas tres fueron reuniones muy formales, donde sus palabras me llegaban como el sermón de la montaña o algo muy parecido. La primera ocurrió a las dos horas de habernos fugado de la cárcel. Allí llegó con la información de que Montevideo se había convertido en un campo de batalla ocupado por las fuerzas de seguridad de la dictadura. Descubierta la fuga, habían comenzado los allanamientos, cortes de rutas, avenidas, patrullaje por tierra y aire con helicópteros. Cuando pasamos por estos recuerdos me acota:*

¡Si supieras cómo me trasladaba en esa época! Muchas veces salía de la casa de seguridad trillando a pie tempranito en la mañana, o ya

de noche...En coches amigos y hasta en transporte público...No fue nada fácil.

La segunda reunión o encuentro fue después de la salida en falso a asilarnos. Allí dispuso que nos quedáramos quietos en los refugios hasta que los compañeros averiguaran bien el cómo y el cuándo salir rumbo a una embajada de asilo.

La tercera vez fue un mano a mano concertado previamente con los dueños de casa. Pasó revista sobre cuál debía ser nuestro destino final luego del periplo del asilo. No podíamos permanecer en la clandestinidad, pues hacíamos correr serios riesgos a la estructura que se estaba reconstruyendo. Con mucha solemnidad me dio a conocer el «Informe del Partido» con respecto a nuestra fuga y, muy especialmente, «las resoluciones sobre cada uno [de nosotros]» y, tamaña tarea sobre mis jóvenes e inexpertos dieciocho años, subrayó al final, corto y conciso, que debía trasmitirle a los demás compañeros palabra por palabra lo que allí me había sido comunicado. Como corolario, la reiteración de algo que ya sabíamos: «el Partido no se asila».

De pronto se me ocurrió preguntarle qué edad tenía él cuando transcurrían aquellos hechos. «31 años». Visto a la distancia, era muy joven, aunque muchos en el Uruguay se rieran socarronamente cuando salió de la cárcel con 41 años a ponerse al frente de la «Juventud Comunista».

Vuelven sus mujeres *con los mandados y León me pide* autorización *para salir a ayudarlas con los bultos. Mientras pasan hacia la cocina comentan que León «no puede hacer fuerza por la operación». Intento una especie de protesta por no saber nada. Resultó que el día antes de esta, nuestra entrevista, había sido operado con rayo laser por un oftalmólogo, porque desde hacía meses venía con un peligro de desprendimiento de retina y nadie se había percatado.*

Corre ocho kilómetros una vez a la semana y otros dos días hace gimnasia durante cuarenta minutos. Yo le advierto que, con catorce años menos, lo único que hago es caminar; pero no corro, pues algunos médicos me han dicho que no es bueno para el corazón y, por experiencia sufrida en carne propia, las rodillas sufren demasiado. Las mujeres *me lanzan una mirada cómplice y hacen un gesto de resignación.*

Entramos de lleno a la razón de esta visita de domingo y León pone el piloto automático, le pido autorización para encender el grabador, y larga, con pequeños intervalos para las preguntas y repreguntas que se me ocurren al vuelo...

Carta

Nro. 65
AGOSTO DE 1976
N$ 0,20

LA UNICA ESPERANZA

Las primeras declaraciones del "nuevo" presidente están cargadas de amenazas. Lanza en ristre plantea una "depuración cívica" en la Administración Pública, en la Universidad, una amplia lista de proscriptos políticos, eliminar la autonomía del P.Judicial, transformándolo en un mero dependiente del P.Ejecutivo. Mientras tanto el pueblo es hambreado. Carestía informal. Los precios por las nubes y los salarios por el piso; y cuando los trabajadores reivindican salarios decorosos, son sumariados y detenidos.

Por otro lado continúa el gansterismo político. Se viola la Embajada Venezolana y se secuestra una joven (temiéndose p/su destino), y se prefiere el bochorno internacional (ruptura de relaciones) antes que detener a los provocadores y devolver la secuestrada.

Se asesina p/torturas a Silvina Saldaña, manteniéndose el sistema nazi de martirios colectivos a los presos políticos y sindicales. Pero éste camino, como ya lo han demostrado estos tres años, es un callejón sin salida. Es la guerra permanente, la tortura y la muerte, el hambre popular, la desnacionalización de la economía nacional, la privatización de los Entes Estatales, en favor del gran capital financiero. ES FASCISMO. Hace más de un año se lanzó una "bomba noticiosa": en Uruguay hay petróleo. Los propagandistas del régimen (incluído Mr.Siracusa) lanzaron campanas al viento : LA GRAN ESPERANZA NACIONAL. Pero después del 1er.pozo, la esperanza se desinfló como una pompa de jabón; no es que nos alegremos que no haya petróleo, pero no se puede seguir corriendo tras utopías. Como el burro tras la zanahoria.

LA UNICA ESPERANZA DE SALVACION NACIONAL ESTA EN EL INMENSO CAPITAL HUMANO QUE ES NUESTRO PUEBLO. Abrir fuentes de trabajo. Ampliar el Mercado Interno. Romper con la coyunda del FMI. Terminar con los negociados de las Multinacionales, de la Banca Privada y Extranjerizantes y de los pulpos frigoríficos. Restablecer las libertades y cesar con las torturas y el terror. Abrir un rumbo patriótico y democrático. Para ello es necesario la UNIDAD Y LA LUCHA DE TODO EL PUEBLO, aislar a los sectores fascistas y derribar la dictadura.

Esta es la tarea de las tareas :

FORJAR UN FRENTE ANTIDICTATORIAL Y ANTIFASCISTA.

9-4-3-57

...porque su juego y el país se ...y siguen robándonos la República. Estamos en

Primera página de la Carta *de agosto de 1976, con la denuncia del secuestro de Elena Quinteros en la Embajada venezolana y el asesinato por torturas de Silvina Saldaña.*

Aparecía en Semanario Brecha

Carta

Nº. 68
Montevideo
21 Setbre. 76
Valor N$ 0.20

LA LUCHA DEL PUEBLO DERROTARA AL FASCISMO

MENSAJE 56º ANIVERSARIO

Con cada nueva primavera festejamos un nuevo aniversario del Partido. En 56 años, desde nuestra fundación, el mundo cambio de fase. Desde la histórica Revolución de Octubre, entramos en la época de tránsito del capitalismo al Socialismo. Derrotando los intentos de ahogar al Socialismo en su cuna, aplastando a la bestia parda del nazi-facismo y surgiendo aún más potente e indestructible con una comunidad de países socialistas. Luego se extendió a Asia, llegó a nuestro continente con Cuba Revolucionaria y se enraiza en territorio africano con el derrumbe de los imperios coloniales.

El imperialismo ha perdido la iniciativa histórica y sufre derrotas en el Sudeste Asiático, caen sus dictaduras mimadas en Europa, Portugal, Grecia y España, no puede repetir su aventura vietnamita en territorio angoleño.

Pero la fiera herida y acorralada se vuelve más peligrosa. Es la dialéctica de la revolución y la contrarevolución. Por ello intenta en el continente americano, detener el proceso independentista de los pueblos a sangre y fuego. Su receta es el Fascismo, con su secuela de crímenes, torturas y persecuciones.

Más, también aquí asistimos a una aguda pugna entre las fuerzas patrióticas y democráticas y las posiciones del imperialismo y las oligarquías nativas. Se desarrolla un proceso de extensión de las fuerzas de resistencia al imperialismo, se consolida el Socialismo en Cuba, se registran avances democráticos revolucionarios en Perú y Panamá, son notorias las contradicciones en política exterior entre Venezuela y EEUU, la política exterior soberana de Méjico y los procesos democráticos de Ecuador y Honduras.

Es en el Cono Sur de América, donde se intenta consolidar una "Santa Alianza" de regímenes dictatoriales bajo la égida de Brasil y se proyecta formalizar un nuevo pacto militar O.T.A.S. (Organización del Tratado del Atlántico Sur), trayendo a nuestra región la política de "guerra fría", que tanto daño le causó a la humanidad y en contraposición al proceso de distensión internacional.

"UNION, CAROS COMPATRIOTAS Y ESTAD SEGUROS DE LA VICTORIA" ARTIGAS

59

Primera página de la Carta *de setiembre de 1976. Arriba, una aclaración escrita a mano por alguien de Inteligencia*

La primera razón de la fuga era demostrar que la resistencia existía en forma organizada. Fue una decisión política. No fue un hecho espontáneo. Más allá de que cada uno lo viviera espontáneamente, fue una decisión consciente, y consciente de las consecuencias represivas que iba a tener. No se le podía dar un golpe tan fuerte a la dictadura sin consecuencias.

¡Si habrá sido fuerte el golpe, que los llevó a cerrar el Cilindro como lugar de prisión!

Entonces, no se podía pensar, en lo previo a la fuga, que no iba a haber consecuencias represivas sobre todas las estructuras clandestinas tan débiles del Partido, las que veníamos reconstruyendo después de la Operación Morgan. Fue una decisión consciente, política, para darle batalla a la dictadura. Cumplíamos con la consigna de no darle un minuto de tregua a la dictadura.

¿Los demás compañeros de la Dirección interior del PCU estuvieron enterados previamente?*

Debían estar enterados, pero no se colectivizó. Los aspectos organizativos se realizaron absolutamente bajo mi responsabilidad. Después sí fueron informados, pues la fuga adquirió estado público. Porque cuando se produjo la fuga, los empezaron a buscar y se recrudeció toda la represión callejera. Fue necesario informar a todos los compañeros en la clandestinidad para reforzar los mecanismos de seguridad, porque estaba en peligro toda la estructura del Partido y de la UJC.

¿Cuándo informaste?

Al otro día de la fuga, inmediatamente. Lo hice para que todos supieran por qué se iba a recrudecer la represión. El aparato represivo de la dictadura salió a la cacería con allanamientos, operaciones rastrillo, pinzas, cortes de ruta. Porque, además, no podían creer que hubiera ocurrido una fuga de comunistas, pues los principales jefes de la dictadura decían que la «estructura subversiva estaba destruida» y que en cuarenta y ocho horas iban a caer. Y pasaron los días y las semanas y no cayeron... No cayó nadie, porque fue una operación rea-

* Había otra dirección que funcionaba en el exterior, de ahí la aclaración

lizada con una estructura totalmente nueva, diferente a la que ellos conocieron con la Operación Morgan. Se había montado un círculo de funcionamiento distinto que nos permitió sobrevivir tres años.

En esta parte, León hace referencia a los tres años en los cuales permaneció al frente de la Secretaría General de la Dirección interior del PCU en la clandestinidad, desde marzo de 1976 cuando asumió, hasta marzo de 1979 cuando fue detenido...

Le pregunto los nombres de los principales militantes que lo acompañaron en aquella empresa de reconstruir el Partido. Me los dice de memoria.

El Cabeza Drescher, Ramón Cabrera, la Bruja Pacella al frente de la UJC, el viejo Juancito Acuña, Thelman Borges, Chumbo Lanza, Tomás Rivero y otros.

Lo que importa es que la fuga del Cilindro se concibió como un hecho de respuesta política a la dictadura. Ellos creían que habían destruido al Partido y lo decían por todos los medios. Sin duda, tuvo una inmensa repercusión política.

Después se hizo una evaluación en la dirección del Partido y bajó un informe a toda la estructura clandestina, porque para nosotros fue la primera gran victoria política después de la Operación Morgan. Fue la respuesta de que había una nueva dirección y con ella adquiríamos la confianza de parte de los compañeros que quedaban luchando en la clandestinidad y nos legitimábamos ante la sociedad. Porque un partido que era capaz de organizar una fuga, de abrir una embajada como la de la República de Venezuela para el asilo político y que luego se terminara con la ruptura de relaciones diplomáticas del gobierno de Venezuela, fue una conmoción política, en unos días y meses complejísimos de la vida del país y de la dictadura.

El año 1976 fue el año de los asesinatos; cuando aparecían los cadáveres flotando en las costas de Rocha y Colonia, los cadáveres de los famosos «orientales», horriblemente torturados, un año terrible.

Fue cuando asesinaron en Buenos Aires a Zelmar y al Toba Gutiérrez Ruiz, al matrimonio Whitelaw Barredo, y *desaparecieron* para siempre al Dr. Manuel Liberoff...

Más el recambio de Aparicio Méndez por Bordaberry al frente de la dictadura.

Cualquiera se daba cuenta que, habiendo adoptado la decisión de organizar una fuga, se ponía en peligro la renaciente estructura clandestina del Partido. Nosotros no éramos ingenuos ni nos hacíamos ninguna película, sabíamos que poníamos en riesgo nuestras vidas y nuestra estructura, pero igual adoptamos la decisión: porque era nuestra concepción política no darle ni un minuto de tregua a la dictadura; también suministrarle oxígeno a los compañeros que estaban siendo torturados y demostrar que teníamos capacidad de acción política.

También organizamos el Primero de Mayo aun en las peores condiciones. Había vida, semilegal y clandestina.

Y la segunda razón, la actitud que teníamos frente al compañero que había tenido un minuto de debilidad, que no era echarlo al ostracismo y entregárselo a los servicios de la dictadura; por el contrario, la actitud era rescatarlo. No olvidábamos que solo había cometido un error, que había tenido una debilidad. Y eso fue así en los lugares de tortura, en la prisión y cuando salimos de la cárcel y de la dictadura. Había que recomponer, no era traidor. Los casos de los traidores fueron los que con armas y bagajes se pasaron a los servicios de inteligencia, que salían a buscar compañeros, que torturaron. Pero aquel compañero que había tenido un minuto de debilidad, y se mantenía entero, lo rodeábamos, lo protegíamos y ayudábamos a su familia. Porque detrás de cada compañero había una familia y una cadena de amistades. Por tanto, rescatar al compañero caído en un minuto de debilidad era mantener esa cadena de solidaridad y de militancia.

Nosotros, cuando decidimos que estábamos de acuerdo con la fuga, garantizamos que íbamos a poner todos los recursos financieros que se necesitaran. No sabíamos cuánto nos iba a costar, pero estuvimos de acuerdo en correr todos los gastos financieros. Es decir, pusimos la estructura central al servicio de aquel operativo de fuga. Los que participaron directamente, debido a la compartimentación, creían que eran ellos solos, pero hubo toda una cobertura exterior.

Estuve informado al instante sobre el lugar donde se escondió cada uno de los fugados, por cualquier cosa que pasara. Yo asumí la responsabilidad de toda la operativa. Por un lado estuvo el grupo de los

exsocialistas. Pero Manini nunca tuvo nada que ver con esa parte de la estructura, él era de raigambre UJC.

Recientemente, una compañera desexiliada me recordò una frase que solía usar en esa época, «los muertos que vos matáis, gozan de buena salud», con referencia a los jactanciosos comunicados de la DINARP (Dirección Nacional de Relaciones Públicas) de la dictadura y que afirmaban que la Resistencia estaba derrotada y que la estructura subversiva del Partido había sido destruida.

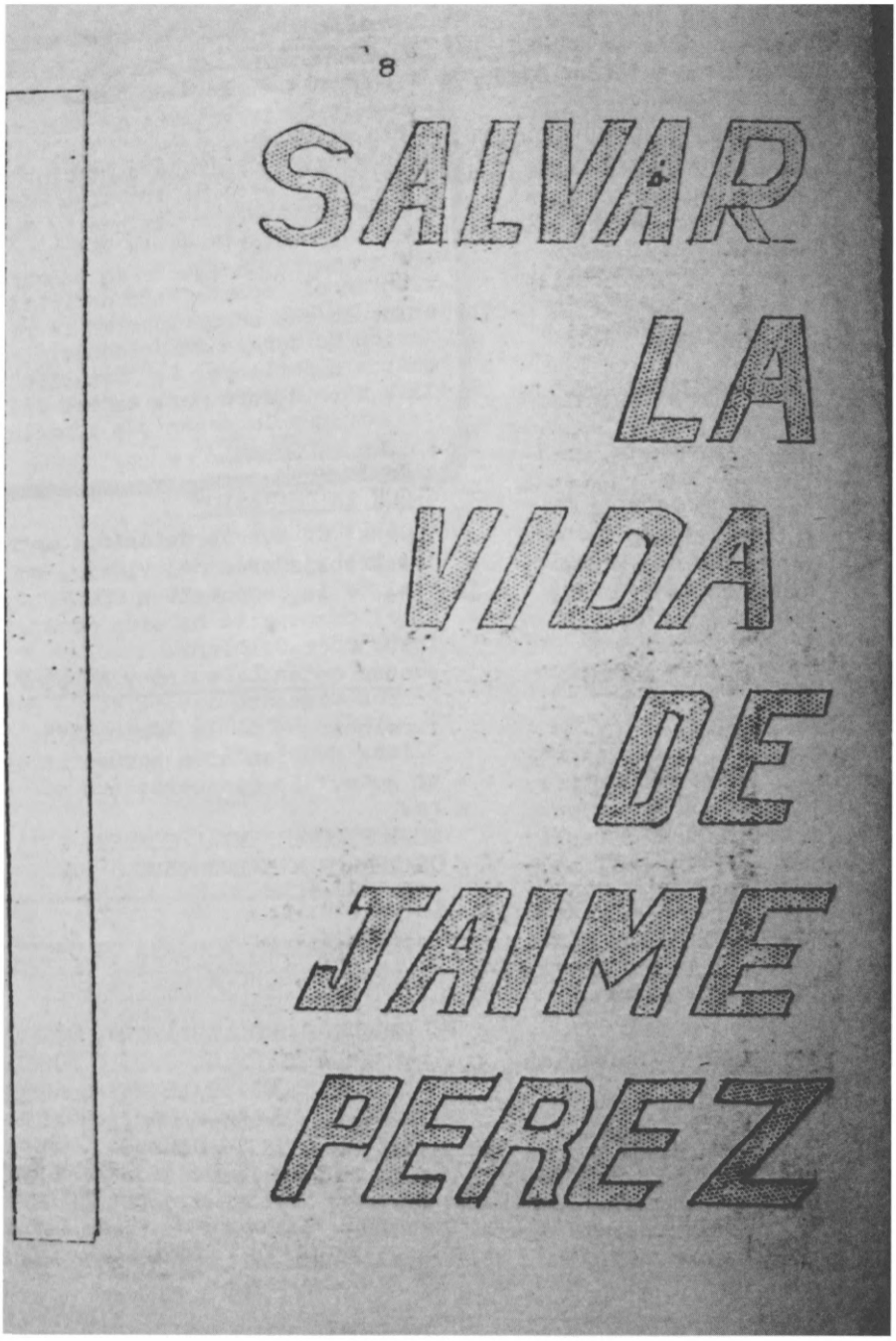
La fuga y posterior asilo fueron un contundente mentís a las balandronadas de los dictadores. El Partido EXISTÍA, VIVÍA y LUCHABA...

Apago el grabador, baja la tensión que obliga a la memoria y que exige las palabras exactas del informe partidario. Me ofrece un ron. «El cubano lo tengo sin abrir, si querés... O si no, tengo abierto uno dominicano». Como me da lo mismo, trae el abierto con dos vasos con hielo. Felicia alcanza algunos platos con la picada *y vuelve a recordar su vergüenza de cocinera la vez que me invitó con unos zapallitos crudos y yo los comí como si tal cosa.*

La conversación deriva hacia el tema de actualidad que nos comunica por razones sanguíneas: *Cuba y su realidad político-social y cultural. Aquella segunda patria de adopción en la cual viví nueve años determinantes en mi formación intelectual y en la que quedaron un montón de amistades, compañeros de estudios y deportivos. Para León, dirigente comunista por tres décadas –sesenta, setenta y ochenta–, Cuba fue y representa una vida entera de sueños, solidaridad, visitas de ida y vuelta a la isla-archipiélago...*

En los próximos días un familiar cercano de él viajará a la isla y llevará regalos y presentes a sus amigos, compañeros de largo recorrido. Hablamos de los uruguayos conocidos en común que todavía siguen allá y que todo indica se quedarán para siempre.

Ya que estamos en el tema Cuba, le recuerdo la novela prometida hace un tiempo. La va a buscar pronunciando una sentencia: «te la presto si me la devolvés en tiempo y forma», y provoca el sonrojo de Felicia, que mueve la cabeza como diciendo: «no tiene cura». Para mis adentros digo, «siempre devuelvo libros a quien me abastece del vital elemento». Me llevo En el cielo con diamantes *de Senel Paz, el autor del guión de la película* Fresa y chocolate.



Página de la Carta *de noviembre de 1976*

NEGOCIADOS (2)

Se habla de un impuesto de coyuntura a las ganancias extraordinarias de los frigoríficos con el motivo del aumento de los precios internacionales. ¿Por qué no se publican los datos de estas GANANCIAS?

NEGOCIADOS (3)

Al 30 de Setiembre cierran los balances de los bancos, este año lo han hecho con suculentos dividendos.

NEGOCIADOS (4)

Los ingenios azucareros siempre están en el "dulce". La última fue la prebenda, recibida por"última vez", de estímulos especiales para la exportación de N$ 275 y exoneración de impuestos por tonelada, mientras se niegan subsidios a los artículos de 1ra. necesidad y se aumenta el precio del azúcar para el mercado interno.

NEGOCIADOS (5)

Mucha alharaca con las exportaciones de cuero y manufacturas. Pero, ¿porqué no selen a luz los negociados del trust que maneja la comercialización de cueros y pieles?

DECLARACIONES DEL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES JUAN CARLOS BLANCO:
"ESTAMOS SOLOS EN LA DEFENSA DEL URUGUAY"
SIN COMENTARIOS.-

EL URUGUAY SE LEVANTA O NOS HUNDIMOS TODOS

Parecería que desde España nos enviarían grúas para el puerto montevideano, a cambio de nuestras carnes. Con esto se piensa "levantar" al Uruguay.-

LOS MUCHACHOS DE LA CIA.

Inspector A.Píriz Castagnet- Actual Sub-Jefe de la Policía de Montevideo Libro de P.Agee, pag.355:"...la Estación mantine discreto contacto con el anterior Jefe de Inteligencia y Enlace Ins.A.Píriz Castagnet, quien recibe un salario de la "Estación" por su tarea de agente de penetración en el Departamento policial y es de lo más cooperador en la realización de tareas en desconocimiento de sus superiores. La "Estación" apela a este agente para tareas delicadas sin que lo sepan sus superiores. ¿ Esto sigue así?

SIGUE LA REPRESION

Decenas de nuevos detenidos entre los trabajadores del vidrio, especial de la cooperativa CODAPU.
En el transporte ha sido detenido el trabajador Balbiani.
¿Dónde están L.Iguini y Arbelo? Hace varios días han desaparecido ambos funcionarios de la Administración Pública. Habrían sido secuestrados en un auto, sin conocerse aún su paradero.
EL PUEBLO ORIENTAL CONDENA ESTA OLA DE TERROR Y SALVAJISMO.

TODA PERSONA ACUSADA DE DELITO TIENE DERECHO A QUE SE PRESUMA SU INOCENCIA MIENTRAS NO SE PRUEBE SU CULPABILIDAD, CONFORME A LA LEY Y EN JUICIO PUBLICO EN EL QUE SE LE HAYAN ASEGURADO TODAS LAS GARANTIAS NECESARIAS PARA SU DEFENSA.
Art. 11 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos

Una página de la Carta de noviembre de 1976.
En recuadro, referencia al libro del exjefe de la Estación CIA en Montevideo P. Agee

Un festejo con milanesas

La perrita Lola tenía algo así como un collar ortopédico. Creo que por eso ladraba sin parar mientras avanzábamos hacia el parrillero. Al lado hay un horno de barro en el que se podrían hacer también algunas pizzas de esas que me salen tan bien.

El día de la independencia (y del «comité de base», en la nomenclatura frenteamplista inaugurada por el general Líber Seregni) estuvo húmedo y fresco todas las horas, mientras los nervios y las ansiedades del reencuentro con nuestras historias personales se atropellaban por contarnos y sabernos, calibrarnos, escucharnos en esta nueva realidad que nos ha tocado vivir a los antiguos militantes comunistas devenidos en jubilados del siglo veintiuno.

Claudia armaba la hoguera con piñas, y con gestos de entendida en la materia iba colocando carne, chorizos y morcillas. Paco y yo nos atribulábamos con palabras escuchadas mil veces, las cotejábamos con la asadora, mientras Mercedes disparaba el obturador de la digital. Después caeríamos en la cuenta de que Paco se escondía todo lo que podía; también lo hizo cada vez que pretendí grabar alguna de sus historias, anécdotas, recuerdos «que sí pero no», y me retrucaba con una pregunta sencilla y cálida: «¿y vos, cómo te sentías en esos momentos?»; o: «no recordaba que hubieses estado siete días en nuestra casa. ¿Cómo te sentiste encerrado allí, en Criollos 1527?».

Sacamos de la mochila nuestros aportes a la tal jornada de comunión espiritual, el tanat tinto infaltable y un quilo de pan casero de mi flor. La hija Laura comienza a probar la masa y enseguida reacciona: «Te contrato para que me hagas el pan de todos mis desayunos».

«Éramos un grupo de amigos», dice Paco y repite Claudia. Las mismas palabras se las había oído hace 35 años. «No había más nada, éramos un grupo de amigos, todo lo que quedaba después de... ¿cómo es que se llama ahora?», pregunta Claudia, y le completo medio a coro: «la Operación Morgan». «Eso mismo –continúa la asadora–, aunque...» Queda pensativa, reflexiona unos segundos y retoma: «Esa idea del 'grupo de amigos' suena medio inocente, creo merece alguna preci-

sión. Nuestra idea entonces era algo así como que estábamos entre lo poco que iba quedando de la Juventud [se refiere a la Unión de la Juventudes Comunistas], los vínculos orgánicos medio desaparecidos por las caídas e idas del país. El resolver la casa clandestina se daba en ese marco, por algo la única persona que la conocía era León. De ahí que para lo de ustedes recurrimos a gente que militaba con nosotros (como el gordo Jaime Secco) y a algún vínculo anterior de Paco. En fin, ahora hasta suena grandilocuente, pero vimos nuestra participación en esa historia como una tarea más, de ahí lo de relevar el entorno del Cilindro y hacer lo que pudimos...».

«Éramos amigos que hicimos las cosas como pudimos, estábamos locos, aquello era una locura total si lo pensás desde ahora –insiste Claudia–. Hacíamos una vida totalmente clandestina en medio de todo lo que estaba pasando, mujeres a las que les secuestraban los hijos y a ellas las *desaparecían*».

Pretendemos comenzar por algún punto y precisamos nuestras edades de entonces.

«Yo, dice Claudia, tengo cuatro años menos que mi hermana Alba. Paco y el Gordo tienen los mismos años que ella. Así que sacá la cuenta». Acato su orden y en una veloz operación caigo en las edades que teníamos entonces. Claudia, 26, los demás, 30 y yo 18 años.

«Siempre tuve entendido que la fuga se dio porque quisieron escaparse y nada más –continuó–. El Gordo le dijo a Alba, y ella, como es mi hermana, me lo trasmitió y yo lo consulté con León, que nos respondió que sí, que le dieran para adelante nomás. Después hubo dos intentos que fracasaron, no me acuerdo bien por qué, y entonces León dijo algo así como 'ya está, no se van a fugar nunca', y se desentendió. Después, una tarde gris aparece Alba en la casita de Criollos, donde vivíamos con Paco y nos dice: 'Ahí los tengo a dos cuadras'. '¿A quiénes?', le preguntamos. Y dice: 'Al Gordo y a Miguel'».

De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, estábamos con Paco en la sala de la casa los dos varones, mientras las mujeres se afanaban con el fueguito a la intemperie. Y como tengo el disco duro pronto para ser usado ante una eventualidad como la que se presentaba, comencé a largar precisiones de cómo activamos en la horas finales, previas a la

fuga, tal cual cataratas de evocaciones, algunas revelaciones. La única fuga de presos políticos, organizada y exitosa, en medio de la dictadura uruguaya, convinimos en un recodo del camino conversacional de este día gris y húmedo como aquellos primeros días de junio de 1976. Cuando iba en una bajada vertiginosa para someter al contrincante, me descerraja en pleno rostro: «Vamos para afuera, así contás esto mismo delante de Claudia para que ella participe también».

El frío nos endurece los dedos, nos quedamos parados zapateando alrededor de la parrilla mientras fluyen atropelladas las palabras tratando de comprender y darle un discurso coherente a la acción que nos mantuvo involucrados durante siete o doce días, en dependencia desde dónde se mirara. Primero fue el asilo del Gordo, Alba, Albertito y yo. Después fue el traslado, cinco días más tarde, de Enrique Manini desde su escondite hasta la sede de la Embajada venezolana allí en Bulevar Artigas y Guaná.

En un momento que no logro precisar muy bien, Paco se pone pensativo y en un susurro parece que se va a confesar. Sentados frente a frente los dos, las mujeres de espaldas afanadas en el parrillero, dice: «¿Sabés lo que pasa? Aquí entre vos y yo nada más, me da cierto orgullito que los milicos nunca supieran quiénes participamos en la fuga de ustedes».

Más adelante, ¿o fue en alguno de los días pasados tratando de concretar este encuentro?, en otro cruce del teléfono descompuesto, oigo que en otro murmullo deja caer: «¿Y qué vas a hacer con todos estos testimonios?».

Desde que me propuse reconstruir el relato histórico real con la voz polifónica de todos los involucrados en la fuga más famosa –al menos para mi historia personal–, tenía el miedo secreto de encontrarme con preguntas de este calibre. Por eso mismo también tengo preparada una batería de razones de la noble causa que justifican la empresa de ponerle palabra impresa a aquellos diez días que estremecieron las vidas de un puñado de comunistas uruguayos en la clandestinidad bajo la feroz dictadura que los perseguía desde octubre de 1975 como una jauría de perros asesinos.

Removiendo brasas, Claudia rememora las jornadas en que debieron casarse con Paco. Ya en el penal, la guardia había sacado un nuevo reglamento por el cual ninguna compañera podía visitar a su compañero si no estaban casados. Entonces, lo hicieron por poder. Un día llegan a la panadería del penal y con voz autoritaria gritan: «'2497, preséntese'. 'Sí, mi soldado, usted dirá'. Tenemos fechas distintas del aniversario de la boda. Yo firmé con mi padre dos meses después que lo hiciera 'el 2497', todo enharinado, frente al escribano que fue al penal».

Me había hecho el firme propósito de dejarlos hablar a ellos y guardar mi percepción de los acontecimientos, dejar para lo último mi relato, las conclusiones a las que arribé después de muchas horas, meses, años de dar vueltas, de repasar cada uno de los elementos que confluyeron para el final exitoso de aquella tarea, pero pudo más mi impaciencia. ¿Si eran solamente un grupo de amigos apoyando nuestra fuga, por qué se involucró León en ella? Hubo un informe del Partido haciendo un resumen de la causa por la que se produjo la fuga, y hubo una resolución de la Dirección interior que me fue trasmitida. Los hago dudar y pegan un respingo ante la sorpresa que les causan mis palabras «duras y estructuradas». Paco repite varias veces: «Este tiene una visión idílica sobre las resoluciones orgánicas que se tomaban. ¡Por suerte que no se llevó a la práctica la resolución esa que decís!».

No habíamos terminado de acomodarnos, ni siquiera habíamos podido establecer un orden de prelación de los acontecimientos tal cual se fueron sucediendo, cuando Paco recibe un llamado a su celular. Había más invitados a la reunión de camaradería postergada por casi cuatro décadas. Llega Fernando Britos con su mujer y sus dos hijos pequeños. Fue el chofer de todos mis desplazamientos durante los siete días eternos entre la fuga y el ingreso a la Embajada venezolana para asilarme. En realidad fueron los primeros viajes fallidos, del día después de la fuga, a la casa de la agregada cultural de la Embajada sueca, la verificación tardía de que las oficinas venezolanas no permanecían abiertas después de la una de la tarde, el traslado a la casa del gordo Jaime en 8 de Octubre para hacer unas horas de aguante y el retorno a la casa de Paco y Claudia. Después fue el viaje del último día

a buscar al Gordo, a Alba y a Albertito y arrimarnos a las inmediaciones de la embajada.

Con Paco ya teníamos el testimonio del gordo Jaime en donde nos había recordado que aquel era su auto, una Ami 8 de color gris. Para mí sí lo era, recuerdo un vehículo gris de cuatro puertas no muy grande. Pero Paco no creía que fuera ese, lo recordaba más grande. Fernando apunta con el dedo con una seguridad rotunda que asusta: «Era una Mehari y el dueño era fulanito de tal». Ahí coincidimos con Paco: «Mehari no era». Aunque Paco deja abierta la puerta a la participación del supuesto dueño para el acarreo de alimentación.

A los ladridos de Lola se suman ahora las corridas y las inquietudes de los dos niños que reclaman atención necesaria. La conversa colectiva se vuelve caótica, se desboca en recuerdos cruzados, saltan los años de la cana de Paco, el FUSNA tenebroso, el penal de Libertad, el exilio de Fernando en Colombia, el clandestinaje de Claudia, el casamiento por poder y la grasa que chirriaba en la parrilla convocando a los jugos gástricos de los carnívoros orientales «la patria o la tumba».

Le suena el celular a Paco otra vez. Es el gordo Jaime, que se disculpa por no llegar, pero manda saludos y me recuerda en función de edil-curul-concejal en la lejana década noventa del siglo pasado –cuando tenía sueños casi intactos de una sociedad más justa y solidaria en donde el hombre no fuera lobo del hombre–, cuando nos reencontramos por vez primera luego de los días de junio de 1976. Fue en un congreso nacional de ediles en Punta del Este y él concurría como periodista a cubrir el evento.

Manducamos las delicias preparadas por Claudia –seguramente fruto de aprendizajes lejanos allá, en la infancia del Melo de los padres–; le damos el aplauso de rigor a tal asadora mientras no paramos de poblar el aire con palabras, historias entrecortadas, saudades con hilo; y seguimos tiritando en silencio, aguantando la respiración bajo un cielo de mediodía gris plomizo.

Cuando terminamos a la carrera aquel almuerzo pantagruélico a la manera tradicional de los habitantes de estas pampas húmedas, entramos por fin a la casa a tomar helados con café de cafetera italiana.

También a la manera tradicional, nos sentamos en la sala los hombres, mientras Claudia, con Laura y Mercedes, activan en la cocina. El televisor continúa encendido a un volumen considerable para que los dos niñitos sostengan sin aburrimiento la sociabilidad de sus mayores, faltaba más.

Vuelven a preguntarme curiosidades de los instantes previos a la fuga, y yo, que nunca me he hecho rogar para repetir una y otra vez ante auditorios amigos, amables...

Pero el objetivo de nuestra visita y primer reencuentro luego de 35 años era que hablaran ellos y no yo. La sociabilidad hace que la palabra cambie de dueño de manera permanente. De pronto Claudia introduce unas mechas de lo más sabrosas: eran los días posteriores a la prisión de Paco (setiembre de 1978) y en su casa había un mimeógrafo que debía salir para no comprometer más la vida de aquella joven mujer con un hijo pequeño. Como no había vehículo disponible a la vista, allá salió con el mimeógrafo dentro de una caja a montarse arriba de un ómnibus del recorrido urbano rumbo a la casa de otro compañero.

Mercedes permanece callada, aunque sus propios recuerdos vuelan a la casa paterna, en Gotemburgo, en donde papá tipógrafo imprimía, en un mimeógrafo, los libros de Arismendi que debían enviar, a todos los países en donde hubiera comunistas uruguayos, con el fin de realizar los cursos partidarios; y era por esos mismos meses cuando Claudia limpiaba su casa de aquel elemento subversivo tan comprometedor y tan útil para la propaganda contra la dictadura.

Hablamos de la precariedad de aquella diminuta casa en la que permanecí escondido siete días –entre el 3 de junio a las 19 y 45 horas, día de la fuga, y el 10 de junio a las 10 de la mañana cuando salimos para la embajada venezolana–. «Las paredes eran finas como un cartón», dice Paco, al recordar las recomendaciones cuando me dejaban solo durante las horas del día, «no tires la cisterna, no enciendas radio ni televisor». «Obligado a leer, terminé *Cien años de soledad*, que había empezado en la cana. Lo encontré revolviendo unas cajas llenas de libros que ustedes tenían allí». Paco y Claudia rememoran cuánto era de fina la pared que los separaba del vecino inmediato y, para ilustrar-

lo, cuentan que en cierta ocasión, cuando se les quedó sin audio el televisor, podían ver el mismo programa que estuviera viendo el vecino aprovechando el audio de él, mientras miraban la imagen muda del aparato propio.

«Y bueno, vos dormiste en un colchón tirado en el suelo», dice Claudia dirigiéndose a mí. «Tuvimos cama después que nos embarazamos de Tomás».

«Ahí fue que nos legalizamos para el barrio –sigue Paco–; una parejita joven con un cochecito de bebé era motivo para que todo el vecindario tuviera algo para venir a conversar con total naturalidad».

Les recuerdo un montgomery que me prestó Paco para desplazarme por esas calles del crudo invierno montevideano. «Lo había traído de mi viaje a Yugoslavia cuando todavía estaba en el Partido Socialista. Era mi segunda piel y entró con vos a la Embajada venezolana». La verdad, yo había salido del Cilindro con un buzo de lana como todo abrigo y aquel sobretodo, «montgomery» le llamábamos entonces, fue muy útil para enfrentar las primeras heladas.

Otra llamada al celular de Paco. Habla un rato separado del grupo, que continúa escuchando otras historias de vidas desparramadas por el mundo. Fernando en Colombia, yo en La Habana, Claudia por los caminos del clandestinaje «feliz e indocumentada». «Mis padres querían que me fuera del país hasta que pasara todo. Pero nosotros siempre creímos que la dictadura no duraría mucho tiempo. Aquello de que había nacido herida de muerte por la huelga general, y la gente que nos trasmitía esa confianza y esa fuerza, a pesar del terror y el miedo. Yo nunca me quise ir, y menos con Paco preso y con un hijo tan pequeño».

Vuelve Paco y anuncia: «Era el Chancho [el periodista Raúl Legnani]. Manda saludos para todos. Me llamaba por lo de Nibia». Pronuncia el nombre que había estado sobrevolando todas estas horas previas. Se ha conocido la sentencia del tribunal de apelaciones que confirma el procesamiento de Dalmao y Chialanza, sentencia firme del procesamiento de los dos militares, general en actividad y coronel retirado, por el asesinato de Nibia Sabalsagaray el 29 de junio del año 1974.

«Esto da para otro libro –me apunta Paco con su dedo comprometedor–. Todo comenzó un día del año 2004, estaba el gobierno de Batlle todavía. Estábamos en la Plaza Matriz con la hermana de Nibia esperando para que nos atendiera el abogado Juan Errandonea, y ella me dice: 'Lo único que quiero es que le cambien la carátula al expediente. Que deje de decir 'suicidio' y diga 'homicidio'. Que aunque sea una vez, se diga en la televisión que a Nibia la mataron'. Y después, la presentación del caso ante el juez Vomero. Aquello fue una danza de idas y venidas. Les quemaba, no sabían qué hacer con él».

Casi no hay tiempo para pensar en silencio. La noticia del asesinato de Nibia la escuché por primera vez el día del partido entre Argentina y Brasil por el Campeonato Mundial de Alemania Federal del año 1974. Estábamos en una reunión clandestina de los secretarios políticos de la Juventud Comunista de los departamentos del interior. Era en un apartamento de la Ciudad Vieja. La presidían León Lev, Hugo Altesor y otros que no recuerdo ahora. Al mediodía hubo un receso para almorzar milanesas y los fanáticos del fútbol aprovechamos para meternos en la habitación del dueño de casa, que estaba enchufado mirando la televisión. Partido apasionante, cuatro a dos a favor de Brasil fue el resultado, pero no pudimos verlo hasta el final porque el jefe máximo mandó terminar el cuarto intermedio. De pronto, cuando corrían las intervenciones verbosas, hace ingreso Peter Krosh y pide para hablar a solas con León. Cuando este vuelve a la reunión, nos comunica la terrible noticia. Después, en La Habana viví un tiempo en un edificio bautizado con el nombre de Nibia en el reparto Santiago de Las Vegas, municipio Rancho Boyeros.

Las horas posteriores al almuerzo las pasamos conversando entre seis voces y doce orejas. Laura se fue a hacer la siesta, y a Paco, como buen hombre de Paysandú, se le caen los ojos añorando una siestita reparadora, pero no lo dejamos ni se lo permite el sentido de responsabilidad de ser hospitalario, retomado luego de casi cuatro décadas. Seguramente la próxima vez se anime a pedir permiso, ceremonioso y delicado como es él, y vaya a su habitación a «mirar para adentro un ratito».

«Los bolicheros del barrio ese en el que te tuvimos escondido siete días –dice– eran unos gallegos que habían estado del lado de Franco

cuando la guerra civil española. Hablaban bien cerrado, costaba entenderlos. El día que los milicos sacaron el comunicado requiriéndome y escrachándome, hice la prueba de ir al boliche a primera hora de la mañana para comprobar de una buena vez si nos teníamos que mudar porque me hubieran reconocido. Entré y estaba la gallega. Yo le entendí 'lo vi en el diario'. Por las dudas hice como que no le entendía y le pregunté para que repitiera, y resultó que decía 'qué día más fiero hace hoy'».

Paco tiene ganas de contar, justo ahora, cuando se está yendo Fernando con su familia y nosotros también debemos partir; la tarde comienza a caer, ya van seis horas de este primer reencuentro para hablar de estos temas después de treinta y cinco años. Se ha restablecido la confianza, al menos eso percibo a puro olfato. Queda todo por hablar, por desentrañar, me quedan muchas preguntas, demasiada curiosidad como para colmarlas en una sola conversación aunque haya sido extensa y distendida.

«El FUSNA era más aséptico que el 300 Carlos, por ejemplo», larga Paco casi sin decir agua va y eso está bien, es buena señal de que percibe el oído receptivo, el abrazo pronto y la solidaridad entre hermanos de la vida. «Te dejaban sentado arriba de tu colchón arrollado, encapuchado, por supuesto, con las esposas por delante y atado a una cadena que iba a un gancho en donde estaba tu número. Ahí permanecíamos todo el día, salvo cuando venían a buscar de a uno para los interrogatorios. El almuerzo y la cena eran sagrados, los llevaban en una bandeja para cada uno y mientras tanto suspendían los interrogatorios. Era siniestro todo, igual, pero más limpio, muy científicamente planificado. Venía un tipo arrastrando los pies, jadeando, a buscar de a uno a los que íbamos a ser interrogados, y revisaba una por una todas las cadenas. A través de la capucha se oía el ruido tenebroso, lo peor de todo era que te venían pensamientos egoístas cuando se llevaban a otro compañero, 'por suerte no me llevaron esta vez'».

Le pregunto por la caída. Cuenta al detalle los momentos previos, cómo bajó la guardia luego de que viera la señal prevista, como luz verde, para entrar a aquel edificio de apartamentos adonde se iba a reunir, aunque el sexto sentido del militante clandestino lo había alertado ante la presencia de un carro con flores ubicado a la entrada,

pero no le hizo caso, autoconvenciéndose de que podía estar persiguiéndose sin causa real y, de esa manera, no podría actuar nunca. La voz en el portero eléctrico le devolvió el alerta de peligro pero ya era tarde: lo introdujeron a la fuerza, le pusieron el caño de un arma en la nuca y le dijeron al oído: «La quedaste, Paco».

Estuvo preso seis años en el penal de Libertad, salió casi al final de la dictadura. El delito tipificado por la justicia militar era «asociación subversiva en el grado de tentativa contra la integridad del Estado», más o menos. Lo que importa es que su único delito fue pelear contra la dictadura cívico-militar solamente con la palabra.

La memoria insiste, se pone caprichosa. Claudia había quedado pensativa, y de pronto le surgen otras palabras: «Al mismo tiempo que participábamos en toda la preparación y ayuda de la fuga, hacíamos cosas como *Liberarce*, escribíamos y tipeábamos, armábamos unas planchas que luego los compañeros de la *offset* imprimían... Pero –se interrumpe por discreción o porque ya es muy tarde, vaya a saber uno ahora– esos *chismes* van para otro encuentro».

El 15 de junio de 1976 Claudia fue hasta la casa, en Pocitos, donde permanecía escondido Enrique *Manini* para trasladarlo hasta la Embajada de Venezuela, donde ya estábamos asilados desde cinco días antes.

Varias veces estuvieron amagando con contar el festejo que hicieron una vez que la tarea fuera cumplida en su totalidad. «Paco se acuerda bien del boliche, existe todavía». Quiero arrancarles la promesa de que en un día cercano me lleven hasta ahí, igual que a caminar por la calle Criollos, en el barrio Aires Puros.

El boliche debió ser discreto, en un lugar humilde en donde se pudieran comer milanesas al plato sin llamar la atención. Me quedo estático imaginándolos.

Habían pasado doce días corriendo de un enlace a otro, buscando nuevos contactos, resolviendo casas donde esconder a los fugados. Doce días de muchos nervios disimulados, de contener las emociones, de respirar profundo para que nadie notara las preocupaciones. Ellos habían sido los militantes todo terreno que garantizaron de principio a fin que la operación fuera un éxito.



Francisco Paco *Laurenzo y Miguel Millán conversando, en agosto de 2011, hace poco tiempo, en la casa del primero.*

Para colmar las ansiedades, había sido inevitable, durante esa semana de convivencia, dialogar de primera mano sobre las experiencias de la cárcel y las torturas. Los fugados contábamos detalles, anécdotas, nombrábamos las cosas con todas sus letras. Así nos lo pedían ellos, pero, a la vez, les disparaba la imaginación del suplicio; tanto, que les hacía dudar sobre la pertinencia de tales conversaciones.

Cuando llegó la mañana del quince de junio, se habían levantado temprano como siempre y habían repasado el itinerario final. Claudia debía viajar hasta Pocitos, llamar por teléfono, poner atención a la contraseña de que todo estuviera despejado y tocar timbre tres veces antes de que le abrieran en la casa donde tenían escondido a Manini. Mientras tanto, Paco la seguiría a una distancia prudencial para vigilar que todo fuera saliendo bien. Luego él se les adelantaría y pasaría caminando por frente a la Embajada de Venezuela para corroborar que todo estaba igual que cinco días antes, cuando nos habían asilado al Gordo, a Alba y a mí.

Claudia caminó por la acera del frente de la embajada para mostrarle a Manini la entrada, luego se alejaron y lo dejó volver solo. Mientras tanto, Paco observaba desde lejos caminando.

Los funcionarios de la embajada ya habían sido avisados de que ese día entraría a pedir asilo el otro fugado que faltaba. Como en la ocasión anterior, el único que no estaba enterado era el embajador Julio Ramos.

Pasados los quince minutos de rigor para cerciorarse de que a Manini lo hubieran acogido como asilado, Paco y Claudia se tomaron un mismo ómnibus, cada uno por su lado como si no se conocieran, y se alejaron del lugar. Se bajaron, luego de un recorrido mediano entreverados con otros pasajeros, y caminaron juntos hasta encontrarse frente a la puerta del boliche convenido.

Entraron tomados de la mano como novios recién encontrados, festejándose con risas disimuladas pero evidentes para los demás parroquianos. Fueron hasta una mesa junto a la ventana que les permitía observar la entrada. Observaban las reglas hasta en esas circunstancias.

Sentados frente a frente, cruzaron las manos arriba de la mesa y esperaron al mozo. Eran las doce del mediodía y tenían hambre, llevaban muchos días con los estómagos cerrados por los nervios y los ahorros que tuvieron que practicar para que los fugados tuvieran comida.

«Eran tantas las cosas que se sabía que les hacían a las compañeras cuando caían presas...entonces decidimos tener a Tomás». Estas palabras de Claudia, treinta y pico de años después, suenan como campanas de fiesta, aunque sean dichas al pasar entre muchas otras pronunciadas en aquellas seis horas en donde nos dijimos tantas cosas por primera vez después de tanta agua corrida bajo los puentes.

Aquel festejo secreto, compartimentado, incluía cierto orgullo por una misión inmensa, trascendente, llevada a cabo sin una falla, sin ningún error. Dos años y dos meses después caería preso Paco y nadie lo interrogaría, porque no tuvieron pistas –y él se tragaría la lengua–, sobre aquel operativo de fuga, traslados, contactos con embajadas, con agencias de noticias internacionales.

El mozo, muy ceremonioso, se acercó hasta la mesa con timidez, porque sospechó que estaba interrumpiendo una ceremonia secreta de enamorados. Claudia y Paco* pidieron dos milanesas al plato con un té para cada uno. Tomás tiene la edad de aquellos hechos.

---

* Claudia Coronel y Francisco *Paco* Laurenzo son arquitectos de profesión y trabajan como tales. Paco es, además, un dibujante de aquellos y tiene un largo historial de participación en campañas publicitarias de las organizaciones sociales y de izquierda. Ha dibujado, y dibuja, en publicaciones de circulación nacional. Pero los dibujos-diseños más notorios –por los siglos de los siglos– y por los cuales le he pedido que se acuerde de que somos amigos, son los logos de la FEUU (la Federación de Estudiantes Universitarios) y del PCU (Partido Comunista del Uruguay).

Anexo documental

Parte de Novedades Diarias. Primera Quincena de junio 1976.
DIRECCIÓN NACIONAL DE INFORMACIÓN E INTELIGENCIA. DEPARTAMENTO 5. PARTE DIARIO.

(TOMADO) DE: ***Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985). Tomo II, las violaciones a la libertad de las personas. La vigilancia a la sociedad. Exilio.***
Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias. Centro de Estudios Interdisciplinarios uruguayos (CEIU). Año 2008.)

Página 18:

4. Dirección Nacional de Información e Inteligencia. Departamento No. 5. Parte de Novedades Diarias. Primera Quincena de junio 1976.

«PRESOS FUGADOS. OPERATIVOS POLICIALES DISPUESTOS INMEDIATAMENTE DESPUÉS de la fuga de 4 detenidos en el Cilindro Municipal.

Siendo la hora 22.00 se tuvo conocimiento, que del establecimiento Cilindro, se había producido la fuga de los procesados [...], quienes se encontraban allí recluidos por razones locativas. Atento a ello, de inmediato se dispuso el allanamiento a los domicilios de los mismos concurriéndose a los siguientes lugares:

[...] Domicilio de [...] no pudiéndose llevar a cabo el mismo en virtud de no haber moradores en la finca, no obstante ello se dejó instalado un servicio en el lugar.

[...] Domicilio del prófugo [...], donde concurrió un equipo de Granaderos, arrojando la inspección clave 43 y quedando en el lugar un servicio de ratonera.

[...] Domicilio de [...] donde la inspección arrojó clave 43, no obstante ello, información proporcionada por la vecina del apartamento [...] a la hora 20.00 o 21.00 aproximadamente se notaron movimientos extraños en el apartamento [...]. En el lugar se instaló clave 66.

También fueron instalados servicios de vigilancia discreta en la residencia del Embajador de México, sita en la calle Andrés Puyol y en las inmediaciones de la Embajada ubicada en la calle Juncal No. [ilegible], lugar donde también se encontraban apostados varios equipos de las Fuerzas Armadas enviados por OCOA, quienes efectuaban en la zona claves 8 y 9.

Posteriormente se concurrió al Cilindro Municipal, lográndose establecer que la fuga se había llevado a cabo entre las horas 19.00 y 21.00 aproximadamente y para efectuar la misma, los prófugos procedieron al corte de dos varillas de hierro de una ventana de la puerta No. [ilegible]) del establecimiento que da hacia el lado sur del mismo y con la ayuda de un banco procedieron a saltar la misma logrando salir al exterior.

Es de hacer constar, que de acuerdo a lo expresado por personal de seguridad del Establecimiento, aproximadamente a la hora 18.30, que se efectúa el toque de bandera y se pasa revista, se encontraban todos los detenidos y que luego al toque de retreta a la hora 21.30 en que nuevamente se pasa revista, es que se nota la falta de los mismos.

Al lugar se solicitó la presencia de la Dirección Nacional de Policía Técnica a efectos de los peritajes correspondientes.

De todo lo actuado se enteró al Sr. Juez Militar de Instrucción de Tercer turno.

Posteriormente en el correr de la noche, con colaboración de los equipos de los Departamentos 4, 6 y Guardia de Granaderos, se procedió a realizar los siguientes allanamientos en procura de los prófugos [se describen cinco procedimientos].

Luciano Piñatares. Sub-Comisario [(Firma]».

TITULARES DE LOS DIARIOS *EL PAÍS* DE MONTEVIDEO Y *ACCIÓN* DE MERCEDES DURANTE LOS MESES DE ABRIL, MAYO, JUNIO Y JULIO DEL AÑO 1976. TAMBIÉN DEL DIARIO *EL DÍA* DEL MES DE JULIO.

ABRIL de 1976

«DIRECTORES DE TRES LICEOS REGRESARON DE LA CAPITAL. Señores Demarco, Bellini y Roberts de Dolores plantearon en forma extraoficial el grave problema que originarían remociones de profesores a esta altura del ciclo».

«Operativo para Evitar Ingreso de Extremistas. En los últimos días ha sido apreciable el control que se practica en rutas de Soriano. Responde la medida a una acción tendiente a evitar la presencia de extremistas argentinos».

«También están rigiendo disposiciones para la prensa de las que fue impuesto ACCION en su momento por Jefe del Batallón de Infantería 5 Coronel Luis A. Pírez».[1]

«ARGENTINA: SORPRENDEN TERRORISTAS DE VARIOS PAISES EN UN CONCLAVE [sic].
En la Reunión Había También Sediciosos de Uruguay y Chile»

«Informaciones procedentes de Buenos Aires dan cuenta que las Fuerzas Armadas y la Policía lograron detectar una reunión de terroristas de varios países del continente e irrumpieron en ella. Se suscitó un fuerte tiroteo, con doce muertos. Tres de ellos (sic.) fueron detenidos, en tanto que los restantes, de un grupo de treinta delegados, pudieron huir amparados en la oscuridad».[2]

«MILITAR SEDICIOSO VA 15 AÑOS A LA CARCEL»
«En juicio abierto al público, que fue incluso trasmitido por una emisora radial capitalina, el Supremo Tribunal Militar condenó a quince años de penitenciería al ex -Teniente 1°. Félix Martínez Salgueiro, a la vez que determinó la pérdida de su estado militar para siempre. [...] *al comenzar el juicio el Coronel Silva Ledesma dispuso se leyera la sentencia de primera instancia...».*[3]

«ANUNCIO OFICIAL: PINOCHET LLEGARA EL 21.
Permanecerá Durante 4 Días; no se Firmarán Nuevos Acuerdos».[4]

«SE TERMINO LA CRISIS DE VIVIENDA.
Con Excepción de Río Negro, en Todos Los Departamentos del Interior hay más Viviendas que Hogares Registrados».[5]

«CONFESIONES DE LA NOCHE.
El Profesor Jorge Balseiro y los Platos Voladores».[6]

«DENUNCIAN QUE HAY URUGUAYOS ACTUANDO EN GUERRA LIBANESA. DIPUTADO DE LA FALANGE HIZO LA REVELACION EN EL VATICANO.
Un conocido político libanés de la fracción católica, denunció la presencia de terroristas uruguayos y argentinos en filas de los musulmanes y palestinos [...]».[7]

«CORRUPCION Y MARXISMO AMENAZABAN INTEGRIDAD ARGENTINA, afirmó VIDELA.

[...] *Con estas diez muertes se elevó a 263 el número de víctimas de la ola de violencia política en lo que va del año. Se estima que por lo menos otro centenar ha desaparecido y están presumiblemente en manos de grupos derechistas o izquierdistas. El año pasado los muertos sumaron unos 900".*[8]

«ASUMIO AYER EN EL ES.MA.CO. el Contralmirante Francisco Sanjurjo Bravo».[9]

«EN EMBAJADA DE MEXICO HAY YA CIEN VIAJEROS.

Como sabe el lector, en su mayoría no están requeridos por autoridad alguna, y según se supo en su momento, predominan, en este contingente, los oportunistas que desean simplemente gozar de la protección de esa legación diplomática, conseguir financiación para viajar a México, y otras ventajas».[10]

«EL NUEVO CHILE: PAZ, Repunte Económico y Abastecimiento».[11]

«Videla: La Subversión es una consecuencia de la demagogia.

«La subversión es un fenómeno mundial que requiere también una estrategia global de lucha en todos los terrenos: político, económico, cultural y militar. [...] *La cuota de sangre que las Fuerzas Armadas brindaron para ofrecer seguridad a la República en la lucha contra la subversión debe ser apoyada por todos los sectores sociales, brindando el máximo apoyo para que en el país exista orden y paz», declaró anoche a su salida de Casa de Gobierno el Presidente argentino General Jorge Videla».*[12]

«GOBIERNO Y TRABAJADORES ESTÁN UNIDOS PARA RECONSTRUIR CHILE».[13]

«EL CHACAL PODRIA ESTAR EN URUGUAY».

«UN BUQUE ESCUELA de la ARMADA Chilena llegará el próximo Martes a Montevideo».[14]

«ARGENTINA: ARRECIO EL TERRORISMO; 5 MUERTOS».

«La ola de violencia terrorista recrudeció hoy con los asesinatos de un oficial de la Marina de Guerra, tres policías y un empresario en atentados cometidos por presuntos guerrilleros izquierdistas, dijeron las autoridades».[15]

«CHILE: BUEN TRATO A LOS DETENIDOS».

«Dr. Eyzaguirre (Presidente de la Suprema Corte de Justicia de Chile): El Poder Judicial tiene independencia».[16]

«MERCEDES: DISTORCION [sic] *EN LOS CLASICOS GIROS COMERCIALES.*

«La acción conjugada de la iliquidez que afecta a determinados establecimientos comerciales y la incidencia competitiva de mercaderías de procedencia argentina, ha derivado en una cierta distorsión de los giros.

Ya no es necesario ir a una carnicería a buscar pulpa ni a una librería por cuadernos.

Pululan 'guías Espirituales', 'profesores' [titulados vaya a saber uno en qué Universidades]».[17]

«CHILE: LA MUJER ES PROTAGONISTA. Sra. Lucía Hiriart de Pinochet».

«TERRORISMO. PARADERO de 'El Chacal': Mantienen precauciones».[18]

«MUEREN 3 EXTREMISTAS EN TIROTEO EN BUENOS AIRES. (AP., ANSA, AFP).

«Los muertos elevaron a por lo menos 116 el número de víctimas de la violencia política desde que los militares derrocaron a la Presidenta Isabel Perón en un incruento (sic) golpe de estado el 24 de marzo».[19]

«CHILE: DEFINEN LAS NUEVAS INSTITUCIONES.

El Presidente de la Comisión de Reforma Constitucional Enrique Ortúzar Escobar: 'Una Nueva Democracia sin Intervención del Marxismo'».[20]

«EL CHACAL, AUTOR DE ATENTADOS Y CRÍMENES, ¿EN NUESTRO PAÍS?».[21]

«El Chacal: La Historia Completa de sus Crímenes».[22]

«El Presidente Augusto Pinochet Ultima Detalles de su Sexta Salida al Exterior».[23]

«PINOCHET: NUEVA DEMOCRACIA SIN LA PRESENCIA MARXISTA».

«Para Eliminar al Comunismo hay que Elevar el Nivel de Vida del Pueblo».

«La Campaña Marxista es Como la Tercera Guerra Mundial y no Cederemos», dijo Bordaberry.

« [...] al igual que Chile, Uruguay es objeto de una campaña internacional del marxismo».[24]

«EN MORENO, ARGENTINA, HALLAN CATORCE CADÁVERES ACRIBILLADOS».[25]

«A LAS 15 LLEGA PINOCHET; RECEPCION POPULAR EN 18».
«Cadetes Chilenos Desfilan por la Primera Avenida».[26]

«Bordaberry - Pinochet: Sedición y Terrorismo. Incluyen temario».[27]
«URUGUAY RECIBIO A CHILE.
DOS PUEBLOS UNIDOS.
UNA MULTITUD PARTICIPO EN LOS ACTOS.

Pinochet Afirmó que Uruguay y Chile Triunfarán en la Lucha por Crear una Nueva Democracia».[28]

«Sediciosa Uruguaya Acribillada a Balazos en la Vecina Orilla.
En un barrio del sur de Buenos Aires distante a 15 km de la capital.
Según AFP: Los cadáveres de dos hombres y una mujer fueron hallados por bomberos en la localidad de Sarandí en un arroyo de su jurisdicción. El cuarto cadáver encontrado días atrás en el barrio de Barracas fue identificado como Telba Petronila Juárez Beliz de Fachelli militante de la desbaratada organización subversiva uruguaya «Tupamaros».[29]

«FUE CONFIRMADA PARA EL MES DE JUNIO LA VISITA DE KISSINGER A NUESTRO PAIS».

«CADAVERES MUTILADOS DE 2 HOMBRES Y UNA MUJER HALLARON AYER EN ROCHA».

«Bordaberry y Pinochet con altos mandos militares cumplen Brillante ceremonia en la Sede del Batallón de Infantería No. 13».[30]

«Pinochet RECIBIO LA MAS ALTA DISTINCION MILITAR».

Vadora: «En Uruguay lo Valoramos Como uno Más de Nuestros Generales».[31]

«EL MUNDO YA ADMITE QUE HAY UNA NUEVA GUERRA» [Bordaberry ante 25 periodistas chilenos].

«PINOCHET PASEO POR EL CENTRO, COMPRO UN LIBRO Y BEBIO CAFÉ. En compañía del general Julio Rapela, el embajador Adolfo Folle Martínez y sus edecanes.[32]

«TRES CADAVERES MUTILADOS EN COSTA DE ROCHA. Habrían Sido Arrojados de una Embarcación.

...mutilados, vendados sus ojos y maniatados, como consecuencia quizás de una siniestra ejecución fueron hallados en costas del departamento de Rocha poco después del mediodía de ayer.

A la altura de la Laguna de Garzón fueron rescatados por pescadores de la zona.

Los cuerpos fueron arrojados al mar, de acuerdo con lo que lógicamente se desprende, desde un mismo punto, y las corrientes marinas se hicieron cargo de distribuir la macabra carga.

La muerte datarla de aproximadamente veinte días, pese a ello era indudable que todos ellos habían sido objeto de una muerte violenta».[33]

«Cadena Nacional de Radio y Televisión desde la hora 10 con motivo de la firma de los Acuerdos Bilaterales entre Uruguay y Chile».[34]

«Videla: Es Prioritaria Para las FF.AA. la Lucha Anti Subversiva».[35]

«SON 5 LAS VICTIMAS DE MATANZA OCEANICA».

«Pinochet: En la Hora de la Verdad Hablaré en la ONU».[36]

«Suman Cinco Ahora los Cadáveres Hallados en Costa Rochense.
Otros 2 Cuerpos Mutilados Fueron Rescatados en Aguas Oceánicas».

«Otros dos cuerpos, salvajemente mutilados, fueron rescatados en la tarde de ayer. Un avión de la Marina de Guerra avistó otro cuerpo flotando en las aguas a la altura de la zona conocida como «El Caracol». [...] víctimas de una bárbara masacre llevada a cabo, seguramente a bordo de alguna embarcación de mediano calado.

Las informaciones provenientes del Departamento de Rocha son fragmentarias e impiden abundar en detalles ciertos...

[...] la jurisdicción del caso está en manos de la Sub Prefectura marítima de la Paloma... y el Hospital Departamental de Rocha.

[...] De las informaciones obtenidas anoche surge que los cinco cuerpos corresponden a personas con rasgos orientales. La mujer tendría unos 23 años de edad, en tanto que los hombres oscilaban entre los 30 y los 50 años.

[...] caso que no tiene precedentes en nuestro medio».[37]

«SE DESCARTARIA LA TESIS DEL PESQUERO: ¿MOTIN EN CARGUERO?».

«Enigma: Todos los Cuerpos Maniatados y con Claros Signos de Ultraje, Tortura, Hachazos y Golpes; ¿Qué Motivó Este Inaudito Sadismo?».

«SON ASIATICOS, ASEGURA EL MEDICO QUE HIZO LA PERICIA, Dr. Mario Katz».

[Enviado especial de «El País», el periodista Floreal Bentancour].

«Una nave que cruzó el Atlántico a una 50 millas de nuestra costa.

Por encima de toda suerte de hipótesis que se puedan tejer, el origen de las víctimas está palmariamente comprobado. El rostro de la única mujer hallada hasta ahora conserva claramente las inconfundibles facciones de las personas nacidas en el continente asiático. Pese a que resulte demasiado tétrico hacerlo, su publicación sirve para desvirtuar cualquier otra suposición falsa.».

«... como se desarrollaron las espantosas acciones, la identidad de los asesinados y de sus asesinos, son hasta ahora un impenetrable misterio.

«Las autoridades presentes en el Cementerio de Rocha: Coronel Pascal Cirillo de la IV División Ejército; el Intendente de Rocha, Coronel Ramírez y el Jefe de Policía Coronel Siqueira. Además el Sub-Prefecto de Rocha Teniente Baldomero San Martín.

«EN CUESTION DE DIAS SE SABRA», en la medida en que la información se conozca internacionalmente y se ponga el episodio en conocimiento de autoridades portuarias de todo el mundo».

«El puestero Pedro Artigas Moreira Olid muestra la tela que vendaba los ojos del primer asesinado que apareció en la costa (de la estancia de los Aguiar)».[38]

«Universidad de la República. Llamado a aspiraciones.

[...] 3) En el momento de la inscripción se deberán presentar los siguientes recaudos:

[...] d) Certificado de Buena Conducta.

e) Adhesión al Sistema Republicano Representativo de Gobierno. Notoria filiación Democrática.

División Administración de Personal.

Sección Selección y Capacitación de Personal».[39]

«PINOCHET DEJO EL URUGUAY TRAS CINCO DIAS DE AGRADABLE VISITA».

«Cinco Cadáveres que Exigen Explicación».[40]

«Persiste el Enigma en Torno al Macabro Hallazgo de Rocha».
«A Nivel Internacional se Indaga Ahora la Procedencia del Barco»[41]

«MASACRE: DACTILARES DE TRES DE LOS MUERTOS».

«Envían a INTERPOL las Huellas; Pericia en una Uña y en las Vendas».

«Policía técnica exhumó los cadáveres y extrajo huellas dactilares de la mujer asesinada y de dos de los hombres masacrados. Las pruebas fueron enviadas a la central de INTERPOL en París.
[...] los cadáveres no estaban comidos por los peces, fueron muertos unos veinte días atrás o más, pero lanzados al mar en fecha bastante posterior».[42]

«Argentina: Asesinan Coronel de Ejército. Lo acribillaron junto a su esposa».
«Con la muerte del Coronel Abel Cavagnaro son ya aproximadamente 70 los militares asesinados por la guerrilla urbana desde el 29 de mayo de 1970, fecha en que fue muerto el Teniente General Pedro E. Aramburu.».[43]

«Vegh Villegas, Ministro de Economía y Finanzas: «Déficit FISCAL SE REDUJO al 20%».[44]

«Procesaron a un Agente Comunista por Espionaje Contra la Policía».

«A través del P.C. Pasaba informes a los Sediciosos».

«[...] un agente del Partido Comunista, Ruben Pérez González (un exfuncionario policial nacido en Montevideo el 30 de noviembre de 1936).
«Y pese a los esfuerzos que realiza [el comunismo] para mantenerse en apariencia, pero siempre muy forzadamente, dentro de la Ley, hay en toda su acción política un trasfondo sucio de traición, de 'tirar la piedra y esconder la mano', de empujar a incautos, resentidos, perversos a ejecutar lo que ellos no se animan a hacer, para no destruir esa imagen de corrección con que se esfuerzan por esconder su verdadera índole de tiranía corrupta».[45]

«Uruguay perdió 2 a 1 con Brasil en Maracaná».
«Reacción celeste ante la provocación de Rivelino».
(Uruguay formó, entre otros, con Corbo, Morena, Nelson Acosta, Darío Pereira, J. C. Giménez, Manuel Keosseián, etc.).

«El Encuentro de Monzón».
«[...] Lo que importa a ACCION a fin de no complicar más el tema, es enfocarlo desde el ángulo de la unión de los grandes caudillos, J. A. Lavalleja y F. Rivera» [...].[46]

MAYO de 1976

«APARECIO OTRO CADAVER EN LA COSTA DE ROCHA».

«Con éste suman seis cuerpos hallados en las costas de Rocha. Como los anteriores pertenece a una persona de origen asiático y también muestra señales de mutilaciones visibles a pesar del avanzado estado de descomposición. La única diferencia radica en la distancia de casi cien quilómetros entre aquellos y este hallazgo, motivado sin duda por las corrientes oceánicas. El misterio continúa...».

«Mientras tanto, parece descartarse la teoría manejada
en algunos medios, según la cual los muertos serían integrantes de una organización terrorista japonesa».[47]

«1°. De MAYO NORMAL Y CON PARQUES REPLETOS».

«AFUBASE, gremio demócrata del sector bancario, emitió una declaración en la que comentaron el día celebrado: contribuimos a la paz social, postergando reclamaciones, confiados en que el país se reencauza liberado de la acción de los marxistas».[48]

«FUE un 1°. De Mayo PARA MEDITAR». «POR ELLO, EN EL NUEVO URUGUAY, AHORA EL 1°. De MAYO LO CELEBRAMOS TODOS».[49]

«DIA de los TRABAJADORES».

«[...] Porque la vida es vida digna cuando ella se vive desde el trabajo y por y para la libertad y la justicia».[50]

«Rocha: Crece el Misterio, en Tanto Conjeturan Sobre Nuevos Cadáveres».

«Rocha: Nadie Puede Predecir que Este Sea el Ultimo Cadáver».

«Elbio Amaral Viera en compañía de otros pescadores encontró en la playa La Esmeralda, a 16 km de Castillos, un bulto semienterrado en la arena. Era un hombre corpulento de unos 50 años, de Origen Asiático.

Reconocieron el cadáver el domingo 2 en el Hospital de Castillos, los doctores Mario Katz y el de Policía de la 4ta. Sección de Castillos Dr. César Turenne.

El técnico dactiloscópico logró tomar algunas huellas dactilares.

«[...] La otra posibilidad de descubrir los horrorosos asesinatos, es que alguien denuncie desapariciones. Cosa muy difícil. Dijimos que los cadáveres nunca nos parecieron marineros, puesto que ninguno de los cuerpos (tampoco este último) tenían algún tatuaje revelador de hombre de mar».[51]

«DEFINEN ENEMIGOS DE LAS FF.AA. ARGENTINAS».

Gral. Roberto E. Viola: los corruptos, los deshonestos y los delincuentes subversivos son los únicos enemigos reconocidos por el gobierno de las Fuerzas Armadas».[52]

«Su nombre en la CIA es 'Cóndor' y tiene 72 horas para escapar de la muerte».

«LOS 3 DIAS DEL CONDOR», con Robert Redford y Faye Dunway.[53]

«Gallup: 65 % aprueba al Gobierno».[54]

«Sediciosos procesados». «Ocho integrantes de la proscrita Unión de la Juventud Comunista».

Entre otros, «Eva Ana Tost Bueno, uruguaya soltera de 18 años y Diego Damián Mattos, uruguayo, soltero de 22 años. Procesados por el artículo 60 (XII) en relación con el Art. 60 (V) del Código Penal Militar (Conspiración de Asociaciones Subversivas).[55]

«Por su Actividad Marxista fue Disuelto «El Galpón»; la Sala «18» Pasa a la Universidad».

«El Presidente de la República (Juan María Bordaberry) en acuerdo con los Ministros del Interior, de Defensa y Educación y Cultura, decretó:

«El Galpón», una típica organización de fachada montada por el marxismo-leninismo en el Uruguay, para la infiltración de los medios culturales».[56]

«¡Hoy-Gran Estreno-Hoy! Tres cines céntricos de Madrid ofrecen por primera vez en España, 36 años después, la película 'El Gran Dictador' de y con Charles Chaplin».[57]

«Blanco en Argentina: Los Presidentes Deben Mantener Frecuente Contacto».

«En la zona militar de Aeroparque fue recibido el Dr. Juan Carlos Blanco, Ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay, por altos funcionarios de la Cancillería Argentina y por el embajador uruguayo Gustavo Magariños.

En la mañana de hoy parte de regreso».[58]

«PREPARAN EN BOLIVIA VISITA DE BORDABERRY».

«Declararán Huésped Ilustre el Jefe de Estado Uruguayo».[59]

«Otro Cadáver Atado de Pies y Manos».

«Ahora en el Banco Inglés.

Maniatada y con evidentes signos de mutilación en diversas partes del cuerpo.

El misterioso caso de los cadáveres, de origen asiático...».

«[...] aunque este cadáver llevaría aproximadamente dos días en el agua y habría sido muerto pocas horas antes. Este cadáver fue llevado a la subprefectura de Trouville. También fue hallado desnudo.».[60]

«Bordaberry parte a Bolivia: Hoy Asume el Dr. A. Demichelli».[61]

«No era Uruguaya la Mujer Cuyo Cadáver Hallaron el Domingo Frente a la Floresta».

«Participaron: el Juez de Instrucción de Quinto Turno, Dr. Milton H. Cairolli y el prefecto del puerto capitalino Teniente 1°. (PNN) Enrique Bastreri Roig.

«Mujer de poco más de treinta años, de cutis blanco, pecosa, de cabellera casi rojiza, estatura y complexión regular, rasgos agraciados y cuerpo exuberante, se hallaba completamente desnuda...».

«Las huellas dactilares, perfectamente logradas fueron cotejadas... y no corresponden a ninguna uruguaya...».[62]

«ASESINARON EN PARIS AL EMBAJADOR DE BOLIVIA.

El Diplomático Muerto Había Sido el Aprehensor del «Che». [Era el General Joaquín Zenteno Anaya].»

«El pueblo Aclamó a Bordaberry en Santa Cruz.

Bordaberry: En América Estamos Defendiendo la Libertad y Civilización».[63]

«Washington Lockhart: Alberto Zum Felde ha muerto».

Cine Rex: «Romeo y Julieta» de Franco Zeffirelli.

Cine Glucksmann: «La prima Angélica» de Carlos Saura.

«ARINSA produce 30 mil Toneladas de Azúcar».[64]

«Bordaberry en Bolivia: 'CON LAS FUERZAS ARMADAS ESTUDIAMOS LAS NUEVAS INSTITUCIONES».

«Anunció que Entregó un Documento con su Pensamiento Político».[65]

«Videla: El Objetivo de las FF.AA. es Poder Facilitar la Plena Democracia Republicana».[66]

«Maniatado y Mutilado Hallan Octavo Cadáver a 5 Millas del Pontón».

«[...] hombre de aproximadamente 35 años, de raza blanca aunque de facciones «achinadas», al igual que en los casos anteriores... hallado por el pesquero de bandera uruguaya 'Samanang'. Tomaron cartas en este caso: el Sub-Prefecto Teniente (PNN) Agustín Pravia y el Juez de Instrucción de Primer Turno Dr. Waldemar Walter Burella y el concurso de la Policía Técnica y del Médico Forense Dr. Rodríguez Sica.

La información sostiene que se envían desde la Sección Interpol uruguaya a su central en París las huellas digitales.[67]

«El Coronel Juan C. Salaverry se reunirá el 20 con Delegados e Interventores de Juntas Locales».

«Hoy Cacho Castaña en el Club Praga».

«Gran Estreno en Cine Glucksmann: «La Raulito» con Marilina Ross.»[68]

«[...] me gustaría saber si en Mercedes o algún otro punto del departamento alguien tiene presente a un mercedario que fue Juan Tuya y que murió combatiendo como piloto de caza en España».[69]

«Se trata de la primera serie de 'Recuerdos del Terruño' de Eusebio Giménez publicado en 1913".[70]

«COLONIA: HALLAN EN LA ESCOLLERA NOVENO CADAVER».

«El cuerpo de un hombre totalmente desnudo, atado por la cintura con un alambre a un pequeño bloque de cemento... a 700 metros del puerto de Colonia.

Intervino el Prefecto, capitán (PNN) Antonio Odizzio».[71]

'«La Batalla de Las Piedras», Manuel Santos Pírez. "[72]

«VADORA: PARTIDOS POLITICOS SEGUIRAN SUSPENDIDOS; NUESTRO EJERCITO SERA ALERTA CUSTODIA DEL CAMINO A SEGUIR».[73]

«COLONIA: HALLAN EL DECIMO CADAVER. SIGNO COMUN: MUTILACION Y LIGADURAS CON ALAMBRE».

«[...] ¿será el último?»[74]

«Perspectivas de Elecciones»

«Ambos órganos de prensa (El Día y El País) alegan a favor del reconocimiento de los partidos políticos tradicionales 'sometiéndolos a normas

estatutarias que salvaguarden la unidad de su orientación y su funcionamiento'».[75]

«Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini son secuestrados».

«También Liberoff, Ayer en Buenos Aires».

«Fueron sacados de sus domicilios el lunes 17 por un grupo de quince hombres de civil armados con ametralladoras. Liberoff fue secuestrado la madrugada del jueves 20 de su domicilio céntrico».

«[...] secuestrados por un comando extremista».[76]

«No hay novedades de los ex parlamentarios uruguayos Z. Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz que fueron secuestrados. Un comando civil fuertemente armado irrumpió en la madrugada del martes en hotel céntrico de B. Aires para llevarse a ambos. Autoridades policiales y militares de Argentina han expresado que ninguno de los dos fue detenido por orden superior».[77]

«El 8° Cadáver Sería de un Argentino».

«Se trataría de homicidios de intención política, cometidos en el país vecino...»

«El secuestro en la Argentina, hoy día, está asociado a tormentos y la muerte segura, y la 'técnica' de echar los cuerpos a las aguas del río parece estar predominando ahora dentro de las organizaciones extremistas».

«EFE. B. Aires, 21: un ciudadano argentino se presentó ante el juez federal Guillermo Rivarola. Juan Carlos Álvarez dice que su hermano, César Godoy Álvarez fue secuestrado hace aproximadamente un mes y tiene un tatuaje como dice la prensa que tiene uno de los cadáveres encontrados en la costa uruguaya»

«ORDENAN INVESTIGACIÓN A FONDO DE SECUESTROS DE IZQUIERDISTAS Y EXILIADOS (Agencias AP, EFE y ANSA)».[78]

«Cine Rex: «Los Girasoles de Rusia» con Sophia Loren y Marcelo Mastroianni. Director: Vittorio de Sica.»[79]

«FUERON ENCONTRADOS, ACRIBILLADOS A BALAZOS, LOS CADAVERES DE ZELMAR MICHELINI Y HECTOR GUTIERREZ RUIZ».[80]

«SEDICIOSOS 'Asesinados' con la Prensa: Un Desmentido Rotundo a Falaz Acusación».[81]

«Matan a Oscar «Ringo» Bonavena en Reno, Nevada».[82]

«B Aires. Ninguna representación diplomática pudo confirmar la noticia de que el político uruguayo había solicitado asilo político. Mientras tanto el diario de habla inglesa, Buenos Aires Herald, informó que W.F.A. (Wilson Ferreira Aldunate) hace 2 días está asilado en la Embajada de Austria».[83]

«Con la excepción de los cargos para los cuales la Constitución de la República o la Ley establecen un régimen de nombramiento, nadie puede ingresar al Organismo sin reunir las siguientes condiciones:

[...]

4) Formular una declaración:

a) de adhesión al sistema de gobierno democrático republicano instituido por la Constitución de la República.

5) No tener antecedentes judiciales, policiales o relativos a la seguridad nacional que inhiban para la función pública.

[...]

7) Haber dado cumplimiento a las obligaciones de las normas de instrucción militar y sufragio obligatorio, así como haber prestado juramento de fidelidad a la Bandera Nacional.

Causas que determinan la cesantía de funcionarios:

[...]

e) la realización de actividades prohibidas, consideradas ilícitas o contrarias a la Constitución de la República.

2) Quedan especialmente establecidas entre las causas mencionadas las siguientes:

[...] *los actos contrarios a la moral o las buenas costumbres o la incorrección..., tratándose de docentes se considerará causal de cesantía la posesión de antecedentes negativos que inhiben para la formación moral y cívica de los educandos».*[84]

«HALLAN UN NUEVO CADAVER FRENTE A COLONIA».

«Ferreira Aldunate Se Asiló en la Embajada de Austria en Buenos Aires, según un cable de la agencia EFE».[85]

«UN NUEVO CADAVER fue Hallado en las Aguas Frente a Colonia; Otro Cuerpo fue avistado por Pescadores».[86]

«SEDICIOSOS A LA CARCEL».

«José Enrique Baroni; Gustavo Alsina, Julio César Puga, Roberto Markarián, Américo Gastón Roballo, María Ofelia Fernández, Juan Francisco Errandonea, Federico Falkner, Rafael Faedo, Alberto Grille, Jorge Manfredi».[87]

«Tres Cadáveres Flotando en Aguas del Plata frente a Buenos Aires».

«Con Gran Despliegue de Seguridad, Ferreira Aldunate
Viajó a París».[88]

JUNIO de 1976

«Por más de veinte minutos se reunieron ayer en Casa de Gobierno el presidente Juan María Bordaberry y el vicepresidente de la República Dr., Alberto Demichelli».[89]

«Sin Noticias Sobre la Desaparición del General Boliviano Juan José Torres».[90]

«ASESINARON AL EX PRESIDENTE DE BOLIVIA GENERAL JUAN J. TORRES»[91]

«Pediculosis se Combate con Jabón, Agua y Pelo Corto».[92]

«MAPA IDEOLOGICO DE AMERICA LATINA».[93]

Cine Plaza: «Nos Habíamos Amado Tanto». Con Vittorio Gassman, Nino Manfredi, Stefania Sandrelli. Dirección de Ettore Scola.

«AHORA SUMAN 12: OTRO CADAVER EN CARMELO».[94]

«La Fiebre Homicida en Brasil y Argentina»[95]

«La Tortura Como Sistema en el Tercer Mundo»[96]

«Atentado contra embajador Carlos Abdala en Asunción. Lo perpetró un «terrorista» croata. Abdala fue atacado, «por error», de un balazo en el cuello».[97]

«Murió Abdala»

«Según Ferreira Aldunate la Mitad de los Uruguayos Hemos Estado en la Cárcel».

«El Uruguay de todos los días... el de los fines de semana con sus cines y estadios desbordantes de público es, para un uruguayo radicado en el extranjero, 'un pequeño país sometido a un ejército de ocupación».[98]

«Kissinger: Impedir la Acción Terrorista».[99]

«DEMICHELLI PRESIDENTE»

«Nombran Consejo y en 70 Días Asumirá un Nuevo Presidente».

«Rechazó anoche la Renuncia de los Ministros»

«Se mantendrán los lineamientos de la política Social, Internacional y Económica».[100]

«Washington Lockhart: Haedo Cuenta su Vida».[101]

«NUEVA CONSTITUCION SE SOMETERA A VOTO».

«Crearon el Consejo de la Nación».

«NO HABRA RENDICION DE CUENTAS SINO AL FINALIZAR EL MANDATO».[102]

«El Coronel J.C. Salaberry (Intendente de Soriano) Estuvo en Acto de toma del mando del Dr. Demichelli».[103]

«ARTIGAS». En el diario «Acción» de mi pueblo escribía sobre el prócer mi profesor de historia Manuel Santos Pírez destituido por la dictadura...[104]

«FF.AA: Que Nadie se Engañe, el Proceso Revolucionario Continúa».

«EMISORA COMUNISTA INTERFIRIO ACTOS; FUERON DETENIDOS».

«Comunista odontólogo de El Sauce, radioaficionado interfirió el acto. Fue detenido».[105]

«Consejeros y Agregados Militares, Salvo el Soviético, Visitan el Penal de Libertad».

«LIBERTAD: SEDICIOSOS CUESTAN AL PAIS N$ 7:»[106]

«IMPLANTARON LA PENA DE MUERTE POR FUSILAMIENTO EN ARGENTINA»[107]

«CONSEJO DE LA NACION: CON UN ACTO SOLEMNE HOY QUEDA INSTALADO».

«Integrado por los Consejeros de Estado y Oficiales Generales».[108]

«PIDEN COLABORACION PARA UBICAR «V W» QUE PROTAGONIZARA GRAVE INCIDENTE».

La Jefatura de Policía de Montevideo, solicita la colaboración de la población para localizar y/o identificar el automóvil «V W», color verde, cuya matrícula termina en 714, por haber protagonizado sus ocupantes un incidente grave en la inmediaciones de Bulevar Artigas y Guaná, el día 28 de junio, a la hora 10.15.

Uno de los ocupantes responde a la siguiente filiación: sexo masculino, cabellos rubios, de unos 25 años, estatura aproximada 1m. 75, cuya captura también se procura.

Se agradece que cualquier información, se haga por los teléfonos 8 95 11 o al 890.[109]

JULIO de 1976

«URUGUAY EXPULSÓ AL EMBAJADOR DE VENEZUELA; RELACIONES SUSPENDIDAS.
Investigaba Clandestinamente a una Terrorista Fugada del País.
ACUSAN AL DIPLOMÁTICO DE VIOLAR NUESTRA SOBERANÍA».

Del propio diario en una parte de la información de Primera:
«[...] Oportunamente el gobierno uruguayo expresó su pesar, y repudio por este incidente y dispuso se practicaran las investigaciones del caso para el esclarecimiento de los hechos».[110]

POLÍTICA INTERNA PRECIPITÓ LA RESOLUCIÓN DE VENEZUELA.
El Dr. Álvaro Álvarez, Director de Política Exterior brindó una conferencia de Prensa sobre los hechos.

EDITORIAL PRINCIPAL DEBAJO de los nombres de los «DIRECTORES» Martín Aguirre, Washington Beltrán y Daniel Rodríguez Larreta.
«El país ha cambiado. Todos lo sabemos. Y ha cambiado para bien...»[111]

Agencia AP. Caracas. «El embajador uruguayo Julio César Lupinacci lamentó hoy la ruptura de relaciones diplomáticas entre su país y Venezuela y expresó su esperanza de una pronta reanudación de estos vínculos.».
Fotos del Embajador Lupinacci y del Ministro de Relaciones Exteriores Juan Carlos Blanco con un pie de foto: «El Canciller, de larga actuación en el Ministerio enfrentó ayer el primer episodio de crisis diplomática».

En la misma página, un cable extenso de AP con declaraciones del Canciller venezolano Ramón Escovar: «La única motivación (de la ruptura de relaciones diplomáticas con Uruguay) es la defensa del derecho de asilo».
En una parte del extenso reportaje le preguntan por los «intereses de Venezuela en Uruguay, y, concretamente, por los asilados». Responde el Canciller: «En cuanto a los asilados, éstos tienen que ser trasladados de acuerdo con el Derecho Internacional. Colombia se ocupará de los asuntos de Venezuela en Montevideo y los asilados tienen que ser plenamente respetados, de acuerdo con el Derecho Internacional».[112]

Comunicado del Ministerio de Relaciones Exteriores fechado el 6 de julio de 1976.

«Expulsión del Embajador venezolano Julio Ramos y del Consejero Francisco Ricardo Becerra». El comunicado hace una interpretación de los «hechos ocurridos en la Embajada venezolana en Montevideo el día 28 de junio. Nombra a Elena Quintero de Díaz, de 31 años de edad, de profesión maestra de escuela...».[113]

Foto del Embajador venezolano y comitiva en el aeropuerto de Carrasco.[114]

«Los diplomáticos expulsados viajaron ayer; Venezuela desea mantener comercio».

«Tres Embajadores fueron a despedirlo: el colombiano, Diego Tobar Concha, el de Panamá David Peré y el de México, Vicente Muñiz Arroyo. Colombia quedó desde ayer encargada de los asuntos venezolanos en el Uruguay, y cumpliendo con disposiciones del tratado de asilo político, ella tramitará la salida de las cinco personas que habían solicitado asilo en las oficinas venezolanas».[115]

«MONZÓN Y SUSANA POR LA VÍA VENETTO».

Pie de foto: «El campeón mundial de los pesos medianos, Carlos Monzón pasea veraniego por la Vía Venetto de Roma, como siempre acompañado por la espectacular Susana Giménez».

«Consejo de la Nación decidirá Hoy que sus Sesiones sean Secretas».[116]

EDITORIAL CENTRAL

«ANÁLISIS DE UN INCIDENTE DIPLOMÁTICO»

«Lo ocurrido en los jardines de la Embajada de Venezuela en Montevideo, el 28 de junio, no pudo ser superado mediante las negociaciones diplomáticas y desembocó en la declaración de «persona no grata» que el gobierno uruguayo hizo del Embajador y el Consejero de la mencionada misión diplomática, y la posterior resolución adoptada por Caracas, de suspender las relaciones con el gobierno del Uruguay». [...]

«Lo ocurrido en los jardines de la Embajada sigue siendo para todos, para autoridades y para el Embajador de Venezuela, una incógnita. Una incógnita que se trata de investigar...» [...]

«Venezuela en su versión oficial y en las comunicaciones que hizo a la OEA sobre la suspensión de las relaciones con el Uruguay, da como razón de las mismas, la necesidad de mantener la defensa del derecho de asilo y el deber de reaccionar contra toda violación del mismo.

El Uruguay en materia de asilo, como bien lo muestra su tradición y no sabemos que Venezuela posea credenciales similares, no tiene ninguna lección que recibir al respecto».[117]

«VIDA MUNDANA». Foto con pie que dice: «El Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Juan Carlos Blanco con la Sra. Elizabeth Golsak Ramage, en la recepción de la Embajada de los Estados Unidos, el 4 de Julio».[118]

El editorial central aboga para que el gobierno «cívico-militar» imponga la misma regla a las agencias de noticias extranjeras que las que aplica a los medios locales. O sea, en buen romance: Solicita la censura para todos por igual.[119]

TITULARES DEL DIARIO *EL DÍA* DE MONTEVIDEO

«Del Ministerio de Relaciones Exteriores [arriba izquierda pequeño recuadro]. Comunicado sobre secuestro de 'persona' en Embajada de Venezuela».[120]

«Procedente de Asunción arriba hoy a las 10 el Ministro Juan Carlos Blanco».[121]

Información con muy poco destaque.

Está en Uruguay nuestro embajador en Venezuela.

El Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Juan Carlos Blanco y el sub-secretario doctor Guido Michelin Salomón cumplieron en horas de la tarde pasada intensa labor en la Cancillería.

Recibieron al Embajador de nuestro país en la República de Venezuela, doctor Julio César Lupinacci que viajó llamado en misión de servicio, habiendo arribado ayer procedente de Caracas.

Los tres concurrieron por la tarde a una importante entrevista donde habrían participado los comandantes en jefe de las tres armas».[122]

«Primer embarque de azúcar para Venezuela.

Negocio de la empresa RAUSA que le dejaría 3.225.000 de dólares».[123]

«Descontrolada violencia en Buenos Aires».[124]

Título y artículo del diario: «La independencia de Venezuela.»

Abajo en un pequeño recuadro una solicitada: «Participamos al público que ha sido suspendida la recepción del 5 de julio de nuestra Embajada y presentamos nuestras disculpas a todos los invitados a Ella. Embajada de Venezuela».[125]

A toda página:

«Gobierno de Venezuela resolvió suspender sus relaciones diplomáticas con Uruguay.»

«La posición oficial del Gobierno uruguayo en un comunicado del Ministerio de Relaciones Exteriores» de doce puntos:

Reconoce que «el dia 28 de Junio «personas no identificadas» ingresaron a la Embajada de Venezuela y se llevaron por la fuerza a una mujer.».

En el punto cinco dice que «el Embajador Julio Ramos presentó recién el 2 de Julio una nota al Ministerio de Relaciones Exteriores donde solicitaba la identificación de Elena Quinteros de Díaz de 31 años, de profesión maestra.».

El comunicado la identifica como «militante anarquista y del MLN» y asegura que «abandonó el pais el 24 de enero de 1975 y no regresó más».

En el punto nueve declaran persona no grata al embajador Julio Ramos y al Ministro Consejero F. Ricardo Becerra.

En el punto once ofrecen al gobierno de Venezuela, como «gesto de buena voluntad» la visita del Ministro Juan Carlos Blanco. Venezuela lo rechaza.[126]

«Se registró ayer el dia más frio de 1976. 6 grados bajo cero en Mercedes y Durazno».[127]

«Está en sesión permanente para nombrar jefe de Estado, el consejo de a Nación».[128]

«Retorna hoy de Caracas el Embajador Lupinacci».[129]

Referencias

1 Diario *Acción* (fundado en 1935), Mercedes, 1 de abril de 1976, página 1. Redactor Responsable: Fernando Fernández (h). Administradora: Gladys López de Fernández.
2 *El País*, 2 de abril, pág. 1. Diario *El País* (fundado en 1918). Directores: Martín Aguirre, Washington Beltrán, Daniel Rodríguez Larreta.
3 *El País*, id. pág. 9.
4 *El País*, 4 de abril de 1976, pág. 5.
5 Íd., pág. 8.
6 Diario *Acción*, 4 de abril de 1976, pág. 1.
7 *El País*, 6 de abril, pág. 1.

8 *El País*, id., pág. 1
9 *El País*, id., pág. 5.
10 *El País*, 10 de abril de 1976, p. 1.
11 *El País*, 13 de abril, titulares.
12 *El País*, 14 de abril, pág. 1.
13 *El País*, 15 de abril, titulares pág. 1.
14 Íd. pág. 3.
15 Íd., pág. 4.
16 *El País*, 17 de abril, desde la ciudad de Mercedes, corresponsal Alfredo Saez Santos.
17 *El País*, 18 de abril, pág.1.
18 Íd. pág., 2.
19 Íd. pág. 4.
20 Íd. pág.. 7.
21 *El País*, 19 de abril, pág. 1.
22 Íd. pág.. 4.
23 *El País*, 20 de abril, pág. 1.
24 Íd. pág.. 4.
25 Íd., 21 de abril, pág. 1.
26 Íd., pág.5.
27 *El País*, 22 de abril, páginas 1,2,3,4 y 5.
28 Íd., pág. 6.
29 *El País*, 23 de abril, pág. 1
30 Íd., pág. 2.
31 Íd., pág.3.
32 *El País*, 23 de abril, pág. 6.
33 Id.
34 Id., pág. 8.
35 *El País*, 24 de abril, pág. 1.
36 Íd. pág. 6.
37 *El País*, 25 de abril, toda la primera página.
38 Íd. pág. 13.
39 *El País*, 26 de abril, pág. 1.
40 Íd. pág. 9.
41 Íd., 27 de abril, pág. 1.
42 Íd. pág. 4.
43 Íd. pág. 6.
44 Íd., 29 de abril, Pág. 1.
45 *Acción*, 29 de abril.
46 *El País*, 2 de mayo, pág. 1.
47 Íd., pág. 7.
48 Íd., toda la página 21, sin firma.
49 *Acción*, 1 de mayo, pág. 1.
50 El País, 3 de mayo, páginas 1 y 9.
51 Ibíd., pág. 5.
52 *El País*, 3 de mayo (¡Paradoja!, ¡ironía!) Cartelera de cine.
53 *El País*, 4 de mayo, Pág. 1.
54 Íd., 6 de mayo, pág. 10.
55 *El País*, 7 de mayo, pág. 1.
56 Íd. pág., 3. (¡Cuánto cinismo!).
57 Íd. pág. 8.
58 *El País*, 9 de mayo, pág. 5.
59 *El País*, 10 de mayo, pág. 1 y 9.

60 Íd., pág. 1.
61 *El País*, 11 de mayo, pág. 1.
62 *El País*, 12 de mayo, pág. 1.
63 *Acción*, 12 de mayo, pág. 4.
64 *El País*, 13 de mayo, pág. 1.
65 *El País*, 14 de mayo, pág. 2.
66 *El País*, 15 de mayo, pág. 1.
67 *Acción*, 15 de mayo, pág. 1 e interiores.
68 *Acción*, 16 de mayo, pág. 2.
69 Íd., pág. 5. Se trata de un 'pedido' público realizado por Manuel Santos Pírez.
70 *El País*, 18 de mayo, pág. 1.
71 *Acción*, 18 de mayo, pág. 3.
72 *El País*, 19 de mayo, pág. 1.
73 Íd., 20 de mayo, pág. 1.
74 *Acción*, 20 de mayo, pág. 1.
75 *El País*, 21 de mayo, pág. 1 y 4.
76 *Acción*, 21 de mayo, pág. 2.
77 *El País*, 22 de mayo, pág. 1.
78 *Acción*, 22 de mayo.
79 *El País*, 23 de mayo, pág. 1
80 Íd. La foto de cuatro presos políticos en conferencia de prensa montada en el penal de Libertad.
81 Íd.
82 *Acción*, 26 de mayo, pág. 1.
83 Íd., pág. 7, comunicado del CONAE (Consejo Nacional de Enseñanza): «Cese e ingreso de funcionarios».
84 *El País*, 27 de mayo, pág. 1.
85 Íd., pág. 13.
86 *El País*, 28 de mayo, pág. 9.
87 Íd., pág. 1.
88 *El País*, 2 de junio, pág. 5.
89 *El País*, 3 de junio, pág.1.
90 *El País*, 4 de junio, pág. 1.
91 *Acción*, 4 de junio, pág. 4, extenso artículo sobre el tema.
92 *El País*, 5 de junio, pág. 5, editorial.
93 *El País*, 6 de junio, pág. 1.
94 *Acción*, 6 de junio, pág. 1. Sobre el asesinato del General Juan José Torres.
95 Íd., pág. 4, largo artículo sobre el tema.
96 *El País*, 8 de junio, pág. 1.
97 *El País*, 9 de junio, pág. 1.
98 Íd. pág. 6. Fotos de Kissinger con Juan Carlos Blanco y con Augusto Pinochet en Santiago de Chile, en la Asamblea de la OEA.
99 *El País*, 13 de junio, pág. 1.
100 *Acción*, 13 de junio, pág. 5.
101 *El País*, 15 de junio, pág. 1.
102 *Acción*, 15 de junio, pág. 2
103 *Acción*, 19 de junio, primera página, artículo de Manuel Santos Pírez.
104 *El País*, 20 de junio, pág. 1.
105 *El País*, 22 de junio, pág. 6
106 *El País*, 26 de junio, pág. 1.
107 *El País*, 27 de junio, pág. 1.
108 *El País*, 30 de junio, pág. 8.

109 *El País*, 7 de julio de 1976, pág. 1.
110 Íd., pág. 1.
111 Íd., pág. 5.
112 Íd., pág. 6.
113 Íd., pág. 7.
114 *El País*, 9 de julio de 1976, pág. 1
115 Íd., pág. 5.
116 Íd., pág. 1.
117 *El País*, 10 de julio de 1976, pág. 5.
118 Íd., pág. 10.
119 *El País*, 13 de julio de 1976, pág. 5 Editorial central.
120 *El Día* (fundado en 1886 por José Batlle y Ordóñez. Dejó de salir en 1995), 1 de julio de 1976, pág. 6.
121 *El Día*, viernes 2 de julio, pág. 3.
122 *El Día*, sábado 3 de julio, pág. 3.
123 Íd., pág. 7.
124 *El Día*, lunes 5 de julio, pág. 3.
125 Íd., pág. 5.
126 *El Día*, miércoles 7 de julio, pág. 1.
127 *El Día*, viernes 9 de julio, pág. 1.
128 *El Día*, sábado 10 de julio, pág. 1.
129 *El Día*, domingo 11 de julio, pág. 7.

Impreso y encuadernado en ZONALIBRO
San Martín 2437 - Tel. 2208 7819 - E-mail: zonalibro@adinet.com.uy
Dep. Legal Nº 361.359 / 13 Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)
Marzo de 2013

www.findesiglo.com.uy
www.entrelibros.com

Fue una fuga insólita, limpia, exitosa. La única protagonizada por comunistas con el apoyo de su organización, y en aquel año 1976 especialmente duro para ellos.

Pero estos cuatro jóvenes audaces e inquietos; ¿cómo lo consiguieron?

En el libro no hay *una* versión: hay una serie de relatos obtenidos por Miguel Millán —uno de los fugados— de los que se escaparon, de los que quedaron presos, de los que colaboraron de diferentes maneras.

El compromiso fue de sinceridad absoluta, contar "desde el corazón" y el de respetar totalmente lo que cada uno dijera.

Los testimonios no son idénticos, unos recuerdan hechos que otros no mencionan, y tampoco faltan contradicciones.

Cada uno dé los entrevistados va revelando su personalidad, su forma de encarar la vida en aquel momento y en los años que siguieron.

Intensas y auténticas experiencias de vida que, contadas, logran reconstruir casi a ritmo de novela policial la fuga y el ominoso entorno de la dictadura.

FIN DE SIGLO
EDITORIAL

ISBN 978-9974-49-587-6
9 789974 495876